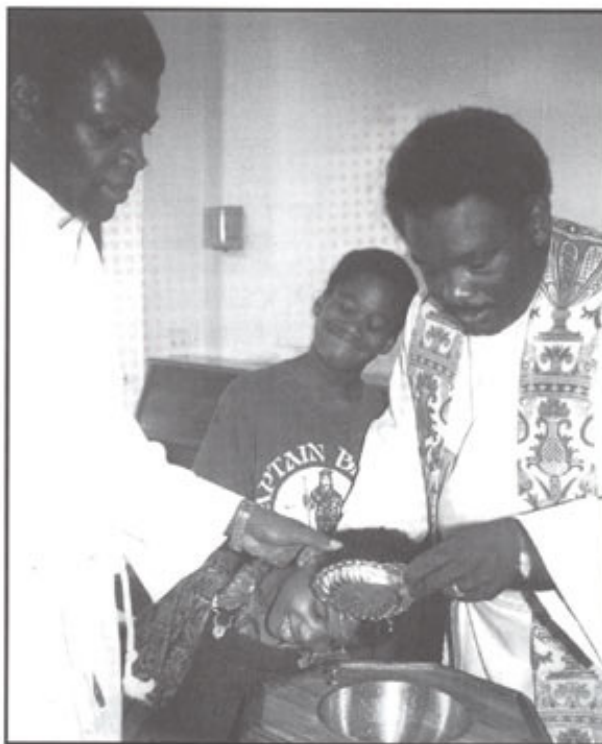




INTRODUCTION

A Mandate from and for the Episcopal Church



UN LLAMADO A ENSEÑAR Y APRENDER

A mediados de los años 80 un creciente número de personas en la Iglesia Episcopal admitía que el continuo cambio social y cultural demandaba nuevos métodos y recursos educativos para asegurar que las ilimitadas verdades del Evangelio seguirían siendo accesibles. La Convención General de 1985 pidió que se creara un equipo de trabajo de educación cristiana compuesto de diecisiete miembros, y lo comisionó a entablar conversaciones con personas representativas y líderes en el campo de la educación, y que luego procediera a preparar una perspectiva y unas recomendaciones para ayudar a la Iglesia Episcopal a abordar este problema fundamental de su vida comunitaria. Los miembros del equipo de trabajo fueron nombrados por el Obispo Primado en 1986, y luego de dos años de labor, el equipo presentó sus resultados a la 69a. Convención General en Detroit:

La educación cristiana es un proceso progresivo cuyo fin es sostener al pueblo de Dios mientras procura vivir el Pacto Bautismal y expresar su singular llamado como seguidor de Jesucristo. Uno de los mayores retos al liderazgo de la Iglesia es la capacitación de todos los cristianos mediante oportunidades de aprendizaje formales e informales. Es responsabilidad del liderazgo de cada congregación establecer y desarrollar un ambiente que permita a las personas descubrirse como pueblo de Dios y llevar a cabo los ministerios a los que son llamados. Es mediante tal visión y liderazgo que toda la congregación puede llegar a sentirse responsable de la comunidad y del ministerio total dentro de la vida de la Iglesia.

Las congregaciones que efectivamente educan a sus miembros imparten un claro enfoque de la misión; cultivan una visión compartida de lo que la Iglesia está llamada a ser; aprecian y hacen partícipes a todos sus miembros, afirman, celebran y hacen uso de su diversidad: racial, cultural y lingüísticamente; hacen posible un profundo sentido de comunidad centrado en Dios; y equilibran la formación de su feligresía con su ministerio en la comunidad mayor en la cual viven, y en el mundo. En tales congregaciones todo individuo es un educando y es instado y formado mediante la educación, el culto, la liturgia y la acción. Los miembros llegan a ser conocedores de la fe cristiana y reciben dirección espiritual y una sólida base teológica gracias a su participación en los sacramentos, el estudio bíblico, la reflexión, la oración y la acción. Estas congregaciones se asemejarán a la descripción que hace Pablo de la iglesia de Corinto.

Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús; porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia; así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros, de tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo (I Corintios 1:4-7).

Cuando la congregación local desarrolla un sentido claro y sensible de la misión, puede llegar a ser un oasis tanto como un catalizador, un lugar para el reaprovisionamiento y el crecimiento espirituales, y un centro para la proyección y el cambio sociales. Es una comunidad en la cual se ayuda a los miembros a integrar la Escritura en su interpretación de acontecimientos contemporáneos y a basar sus acciones en las

nuevas percepciones que adquieren. Miembros de congregaciones como éstas suelen estar profundamente conscientes de que Cristo les reconoció en medio de la gente esforzada del mundo (Mat. 25). Como resultado, poseen un robusto sentido de relación y servicio con todas las personas. Para ellos la Iglesia rebasa los límites de cuatro paredes y abarca toda su vida.

Con estas ideas en mente, es importante que centremos nuestra atención en la vida total de la congregación como contexto para el aprendizaje. Es la vida compartida como pueblo cristiano en las congregaciones de nuestras iglesias la que enseña -o deja de enseñar- los valores y la orientación del Evangelio. La manera en que recibimos al extranjero, cuidamos al niño, arreglamos nuestras diferencias y tomamos decisiones es parte integrante del «programa» de educación cristiana de la congregación. Deben ofrecerse períodos centrados en el aprendizaje, de manera que los miembros de la congregación puedan cobrar sentido de los acontecimientos de su vida en comunidad. El objetivo de los acontecimientos que se traten debe ayudar a las personas a ver como nunca antes hayan visto. Todo el mundo en las congregaciones es educando y todo el mundo es educador.

En el pasado, muchas iglesias han tendido a segmentar la vida congregacional en áreas de programas específicos. Hemos creado programas de mayordomía, programas de evangelización, programas para la educación infantil, y programas dirigidos a problemas de justicia social -por ejemplo, el hambre y los derechos de las minorías. Nuestros empeños en el futuro deben tender a ver la vida congregacional como un tejido enterizo. Debemos apreciar las relaciones entre todos los aspectos del ministerio y el testimonio si hemos de llegar a conocer la plenitud del impacto del Evangelio en nuestras vidas. Tal como el obispo Browning dijera en su alocución al Consejo Ejecutivo en marzo de 1987:

¿Cómo hemos de integrar las muchas facetas de la educación -educación con vistas a la identidad, educación como instrumento concientizador, educación para resolver los problemas- en un sistema universal?. . . , Qué herramientas se necesitan para que la Iglesia Episcopal ejerza su ministerio de la educación y capacite y faculte a todas las personas para la misión?

Sumado al énfasis que oímos alguna vez de encontrar vías para expresar el ministerio y la misión de las congregaciones de manera integral, había algunos otros problemas recurrentes. Acaso el más importante de estos problemas era la importancia fundamental del conocimiento bíblico. A menudo se dice que los cristianos somos un «pueblo formado por una historia». Nuestra conciencia y nuestra identidad provienen de la historia de la salvación tal como está contenida en la Escritura, una historia que se rememora cada vez que nos reunimos para celebrar la Eucaristía. Mientras el pueblo de la Iglesia no llegue a estar íntimamente familiarizado con esa historia, nos arriesgamos a pasar por el presente con una vaga visión de lo que somos y adónde vamos más bien que con la clara visión que la Escritura ofrece, una visión de esperanza para el futuro y una visión que puede prestarle significado y dirección al momento presente. «¿Quiénes somos como pueblo del Libro?» debe ser la pregunta que nos hagamos mientras preparamos los programas de educación del futuro. Los episcopales debemos estar instruidos en los dogmas de nuestra fe.

Una comprensión de lo que somos como cristianos vinculados a la tradición anglicana es un segundo interés que surgió de nuestro estudio. Las típicas perspectivas teológicas anglicanas deben moldear nuestra interpretación. El conocimiento del Libro de Oración y un aprecio de nuestra herencia y organización como episcopales son ingredientes esenciales en nuestro enfoque educativo. Esto en modo alguno niega el llamado al ecumenismo con el que estamos igualmente comprometidos; significa simplemente que si hemos de contribuir al diálogo ecuménico debemos conocer antes quienes somos y qué vamos a

aportar a ese diálogo. Significa que si creemos que los episcopales tienen algo que contribuir a un mundo en busca de la verdad y la justicia de Dios, debemos ser conscientes de la herencia que configura el modo en que tomamos decisiones juntos, interpretamos la Escritura, enfrentamos el sufrimiento y la ambigüedad, y damos testimonio de un Dios amoroso que interviene en la historia. Los cristianos episcopales, atentos al llamado a un sentido renovado de la misión, debemos conocer los fundamentos de nuestra herencia anglicana así como debemos conocer la Escritura y el singular Libro de Oración que ayuda a vivir y a interpretar la Escritura.

Nuestro estudio nos ha hecho recordar quiénes somos como Iglesia Episcopal. Somos una Iglesia compuesta predominantemente de pequeñas congregaciones en todo el país. Por tanto, mientras pensamos en crear programas y medios educativos en el nivel nacional, tenemos que tener en mente las necesidades particulares de las congregaciones pequeñas. Somos una Iglesia con una presencia y herencia negra, representada por raíces afroamericanas y caribeñas. La influencia de hispanos y asiáticoamericanos también está aumentando en la Iglesia. Y los nativos norteamericanos hacen importantes contribuciones a nuestra comprensión de quiénes somos como episcopales hoy en día. Cualquier programa educativo que concibamos o produzcamos para la Iglesia Episcopal debe tomar en serio esta rica diversidad.

Expresar el «pensamiento de la Iglesia» puede ser una tarea difícil al reconocer nuestra diversidad; pero esto no es un fenómeno nuevo. Las antiguas divisiones entre «iglesia alta» e «iglesia baja» fueron una preocupación para los que se esforzaron en elaborar un currículo nacional y formar el ministerio educativo de la Iglesia hace treinta años. Aunque a veces nos quejamos de nuestra diversidad teológica en la Iglesia Episcopal, es nuestro ruego que en lugar de ver nuestras diferencias como barreras las veamos como aportes a una relación más creativa entre nuestras vidas y la teología.

Los apóstoles se dieron cuenta de que eran enviados al mundo pero que no eran del mundo; la Iglesia del Nuevo Testamento tomó ese llamado seriamente (Juan 17:16). La preparación para el bautismo en la Iglesia primitiva era un proceso intensivo de formación en la Palabra de Dios. Como Equipo de Trabajo del Obispo Primado para la Educación Cristiana, exhortamos a los líderes de las congregaciones a tomar en serio el compromiso de llamar a la gente a un ministerio moldeado por el Pacto Bautismal. El bautismo de niños, jóvenes y adultos, y la renovación de los votos bautismales debe verse como un momento significativo de conversión y dedicación en la vida de toda la congregación. El año litúrgico ofrece un modelo natural de educación que sostiene este esfuerzo. El énfasis se pone en la formación cristiana: la formación de una conciencia cristiana en un pueblo llamado a salir del mundo para ser devuelto al mundo a reflejar a Cristo en palabras y hechos. Es a partir de tal proceso de formación que la Iglesia y los cristianos individuales dan un testimonio profético en la sociedad. Porque cuando los cristianos comienzan a percibir una relación con los pueblos del mundo a través de Cristo es entonces que llegan a comprometerse en la lucha común por la justicia. Por tanto, a partir de un proceso de formación tal es que una posición ética cristiana comienza a tomar forma tanto en adultos como en niños. Una disciplina de oración, estudio, reflexión y dirección espiritual se encuentra en el núcleo del proceso de formación. La evangelización, la renovación, la educación cristiana y el testimonio profético están inextricablemente vinculados en congregaciones donde la conversión, la formación y el testimonio cristianos son los distintivos de la vida congregacional.

El objetivo del ministerio de la enseñanza es atraer a cada persona a la comunión que es el Cuerpo de Cristo: mediante el sacramento, mediante el ministerio y el testimonio de la congregación, mediante el proceso de ayudar a personas a reflexionar y aprender de las experiencias comunes de la vida, y mediante la participación en acontecimientos sociales de actualidad. El contexto para hacer eso es la congregación, la familia, la comunidad, y esa comunidad más amplia que abarca a todas las naciones del mundo. La respuesta modelo es la Palabra bíblica. El llamado a la misión es el Pacto Bautismal. La meta última de la educación cristiana es ayudarnos a cambiar esas cosas en nosotros mismos y en el mundo que no forman

parte del plan de Dios, esas cosas que son opresoras y que no responden al Evangelio de Jesucristo. A partir de esta convicción... presentamos nuestra visión para la educación cristiana en el siglo veintiuno.

QUÉ SE PROPONE Y A QUIÉN VA DIRIGIDO UN LLAMADO A ENSEÑAR Y APRENDER

Una de las recomendaciones fundamentales de este informe fue la preparación de un «manual» titulado *Un llamado a enseñar y aprender* que se publicará y distribuirá para su uso a través de toda la iglesia. La Convención General de 1988 recibió el informe del equipo de trabajo sobre educación cristiana con gratitud y, en una resolución, pidió a la Unidad de Desarrollo de la Educación, la Evangelización y el Ministerio que asumiera la responsabilidad de supervisar la preparación de este «manual». La intención del documento es mostrar una visión de la educación cristiana en las congregaciones episcopales acorde con la visión y los objetivos del informe del equipo de trabajo, que ofrezca directrices claras y prácticas para planificar y llevar a cabo la educación cristiana en diversos contextos.

Una versión provisional de *Un llamado a enseñar y aprender* se concluyó en 1992 y circuló para su evaluación y comentario por más de 2000 individuos y grupos de una mayoría de las diócesis de la Iglesia Episcopal. Esta guía ha sido rescrita a la luz de estos comentarios para su presentación ante la Convención General de 1994.

Un documento de este género resultó extremadamente difícil de escribir. Los lectores aportaron sus propias expectativas y deseos, presupuestos teológicos y educativos, convicciones y prejuicios, junto con sus personalidades, y sus historias. Lo que resultaba claro para uno era confuso para otros. Lo que era una jerga para uno, era la precisión de lenguaje para otro. Lo que era sencillo para uno era complejo para otro. Lo que era auténtico para uno era cuestionable para otro. Muchos no tenían claro cuál era el propósito del documento o para quién se escribía. Cada cual tenía en mente un documento diferente. Algunos habrían preferido una obra inspiradora llena de relatos e ilustraciones. Otros contaban con una guía repleta de sugerencias concretas. Otros querían un libro de texto fácil-de-leer con numerosos pies de foto y bibliografía para estudios ulteriores. Y hubo algunos que esperaban un material de currículo para la educación parroquial.

Somos en extremo diversos, obstinados y pertinaces en nuestras opiniones, personas para quienes ningún documento resultará satisfactorio, pero se espera que *Un llamado a enseñar y aprender* cautive la imaginación e interese a la amplia y centrista población de la Iglesia Episcopal.

Seamos francos, esta guía no pretende ser un manual de discusión y estudio escrito en un estilo popular para el uso general de las congregaciones. Ni pretende tampoco ser una ayuda práctica para los maestros de la escuela dominical. Tales recursos basados en el contenido de esta guía pueden escribirse luego de que la misma se haya publicado. Esta guía pretende ser un documento fundamental y teórico con una práctica implícita. Está escrita por clérigos y laicos con algún conocimiento básico de teología y pedagogía, que tienen la principal responsabilidad del ministerio educativo de la Iglesia dentro de las congregaciones, las diócesis, las provincias, los seminarios y el personal [de la Iglesia] nacional. Como tal, [esta guía] no pretende ofrecer una posición dogmática que deba ser aceptada y conforme a la cual haya que obrar. Pretende más bien ofrecer una visión, un ideal, una dirección y percepciones para estimular y orientar la conversación y la toma de decisiones. Los que escribieron este documento entendieron la encomienda de la Convención General como la búsqueda de una exposición visionaria y retadora en lo tocante al propósito y al rumbo del ministerio educativo de nuestra Iglesia para estimular el pensamiento y la acción. Por consiguiente, [este documento] apuntará hacia un ideal, que puede parecer

inalcanzable. Los llamados al liderazgo educacional en nuestra Iglesia deberán leerlo con atención, sopesarlo con cuidado y discutirlo con simpatía.

Antes de proseguir, es apropiado e importante decir unas pocas palabras acerca del lenguaje catequético que se ha escogido para esta guía. Si bien es un lenguaje que aparece a menudo en los documentos de la Iglesia primitiva y que ha tenido un uso continuo en las iglesias Ortodoxa y Católica Romana, no ha sido usado por otras iglesias cristianas en los tiempos modernos. Es un lenguaje que a algunos no les gusta y con el cual muchos se sienten incómodos. Pero, ha sido el lenguaje de la catequesis a lo largo de la mayor parte de la historia de la Iglesia. Tanto católicos como protestantes lo usaron durante años antes y después de la Reforma.

El lenguaje de la educación cristiana (también educación religiosa y eclesiástica) se ha asociado tradicionalmente con la enseñanza, el saber de contenido intelectual, y las técnicas de instrucción (fundamentalmente con niños). La catequesis, por otra parte, se ha preocupado de ayudar a individuos y comunidades a adquirir y profundizar la vida cristiana de fe. Por tanto, el lenguaje de la catequesis parece ser más congruente con la visión que sustenta este manual, ofreciéndonos una comprensión mucho más amplia e inclusiva del ministerio educativo de la Iglesia.

Confiamos que, en la medida en que el lector se adentre en esta guía, la actual falta de familiaridad con palabras tales como *catequético*, *catequesis* y *catequista* terminará por desaparecer. Es la esperanza e intención de los autores que el lenguaje catequético retornará a usarse en la plena acepción de su significado e importancia, y que será de beneficio para todos los miembros de la Iglesia, tanto en la actualidad como en el futuro.

En este documento se encontrarán los temas, conceptos y convicciones de muchas voces episcopales. Cada una de las cuales, por supuesto, habría escrito una concepción y una guía desde una perspectiva diferente y con énfasis diferentes. No obstante, la Iglesia Episcopal está en deuda con ellos, y ellos podrán constatar sus influencias en este documento. *Sola Gloria*.

GLOSARIO

Para ayuda del lector, ofrecemos los siguientes términos y definiciones:

LOC- *El Libro de Oración Común*.

Lo catequético - El proceso por el cual las personas son convertidas en cristianos dentro de la vida de una comunidad de fe. Esto incluye tres procesos deliberados, interrelacionados y vitalicios:

Formación - Participación en la vida de la fe y práctica de la misma; un proceso natural de adaptación y transformación respecto al cual tenemos plena conciencia.

Educación - Un proceso reformador de reflexión crítica sobre participación y práctica a la luz del Evangelio.

Instrucción/adiestramiento - Procesos de información por los cuales se adquieren conocimientos y destrezas importantes para la vida cristiana de fe.

Catequesis - Una exploración de los objetivos y el <<contenido>> de la fe y vida cristianas. Este contenido se relaciona fundamentalmente con tres dimensiones de la vida cristiana de fe:

Fe - Percepción, o el modo particular que las personas tienen de percibir la vida o sus vidas.

Carácter - Identidad y conducta correspondiente.

Conciencia - Conocimiento interior y subjetivo que sustenta toda experiencia.

Catequista - El que enseña en el proceso del catecumenado en una congregación o iglesia particular.

Proceso del catecumenado - Ese programa de estudio que lleva al creyente desde una indagación original hacia la plena participación de la vida de la Iglesia.

Catecumenado - Período de formación que incluye participación en el culto, estudio de la Escritura, desarrollo de una vida devocional disciplinada, participación en programas de extensión, ministración diaria de los allegados de uno, diezmo y todos los ritos de la Iglesia.

Catecúmenos - Esas personas que desean participar en el proceso del catecumenado en la congregación particular a la cual se incorporan.

Crismación - El símbolo de ser marcado como propiedad de Cristo para siempre, que usualmente hace el sacerdote durante el oficio del Santo Bautismo, imponiendo con aceite (*o crisma*) el signo de la Cruz en la frente del bautizando.

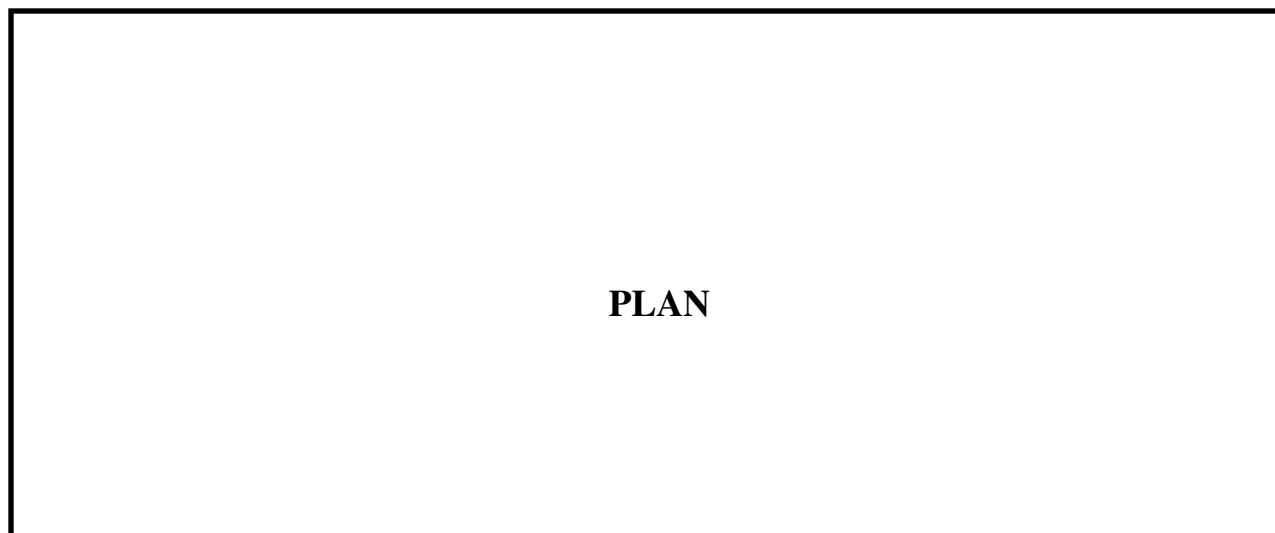
Iniciación cristiana de adultos - Una serie de ritos y etapas de preparación para el bautismo.

Mistagogia - Los cincuenta días que median entre Pascua de Resurrección y Pentecostés.

UN LLAMADO A ENSEÑAR Y APRENDER

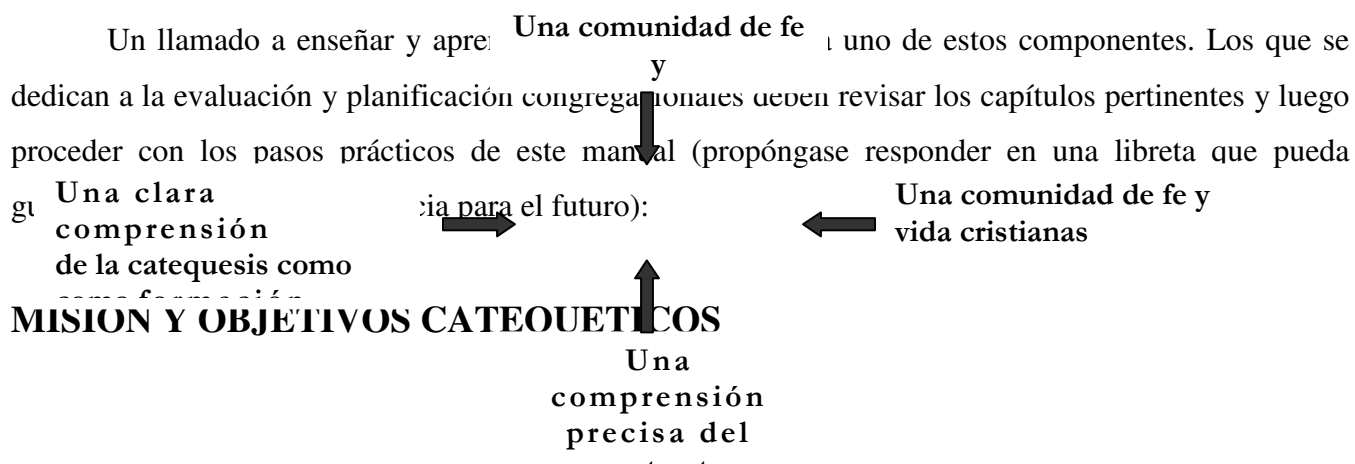
La planificación catequética toma tiempo y esfuerzo. Debe comprometer a personas con la capacidad de describir con precisión y de evaluar la situación actual y concebir alternativas. Requiere personas con una clara comprensión del Evangelio y un compromiso con Cristo y con su Iglesia. Esta guía de planificación se ha diseñado para usarla en una congregación local, porque la congregación es fundamental para el ministerio catequético de la Iglesia. El hogar, la escuela y otras agencias son suplementarias. La guía puede adaptarse para usarla también en ellas.

Se recomienda que el rector nombre un comité de planificación catequética compuesto por los miembros de la congregación que tienen las dotes y la facilidad para esta importante tarea. Al menos un



miembro de la junta parroquial, el rector y cualquier [que pertenezca al] personal catequético pueden prestar también este servicio.

Planificar el ministerio catequético de una congregación conlleva los siguientes componentes:



1. Defina con claridad en sus propias palabras lo que significa para usted la misión de la Iglesia y sus objetivos catequéticos (véase el capítulo uno).
2. Examine cuidadosamente la vida de su congregación, e identifique con la mayor honestidad posible cómo entiende de manera funcional su misión y sus objetivos catequéticos.
3. Describa que apariencia tendrá su congregación cuando enuncie y manifieste de manera más fiel su misión expresa y sus objetivos catequéticos.

UNA COMUNIDAD DE FE Y VIDA CRISTIANAS

(Véanse los capítulos tres y cinco).

Vida litúrgica

1. Describa la vida litúrgica de su congregación y los que participan en ella.
2. ¿En qué medida usted cree que [la vida litúrgica] exprese y apoye su interpretación explícita de la misión y objetivos catequéticos de la Iglesia?
3. Describa la apariencia que tendría su vida litúrgica si expresara y respaldara de una manera más fiel su interpretación explícita de la misión de la Iglesia y sus objetivos catequéticos.

Idiosincrasia anglicana

1. Describa en sus propias palabras lo que usted entiende por idiosincrasia o carácter anglicano.
2. Reflexione sobre la vida de su congregación, y exprese con la mayor claridad posible, lo que entienden sus miembros por idiosincrasia o carácter anglicano.
3. ¿Qué deberá usted hacer para que la idiosincrasia o el carácter de su congregación resulte más acorde con la concepción anglicana de la Iglesia Episcopal?

Comunidad de fe

1. Defina con la mayor claridad posible su interpretación de una comunidad de fe.
2. Describa la naturaleza y el carácter de la vida de su congregación.
3. Describa lo que usted debe hacer para que su congregación se parezca más a una comunidad de fe que a una iglesia institucional.

CONTEXTO CONGREGACIONAL

Contexto histórico

- Explore lo siguiente:
 - Partiendo de la fecha del nacimiento de su congregación y siguiendo hasta el presente, dibuje una línea temporal con los acontecimientos y experiencias memorables de la misma.
- Reflexione sobre esta línea temporal y apunte sus percepciones.

- Explore estas percepciones y apunte una lista de posibles inferencias

para ser más fiel en el futuro.

- Explore lo siguiente:
- Haga un dibujo sobre la vida en el momento actual, o escriba sus impresiones al respecto..
- Medite sobre sus impresiones y apunte lo que le sugieren a su ministerio catequético.
- Explore estas sugerencias y apunte posibles implicaciones para la formación, educación e instrucción.

Contexto social

1. Describa lo siguiente:

- ¿Cómo influye el tamaño de su congregación en la vida de la misma?
 - ¿Cómo afecta a la vida de su congregación el hecho de que crezca, se encuentre estacionaria o decline?
 - ¿Qué edades, estado civil (soltero, casado, etc.) y necesidades especiales tienen los miembros de su congregación? ¿Cómo su congregación refleja la diversidad racial, étnica o cultural? ¿Refleja su congregación las realidades demográficas de su comunidad?
 - ¿Qué ocupaciones, ingresos y niveles de educación formal tienen los miembros de su congregación?
 - ¿Cuál es la naturaleza y el carácter de la vida cotidiana de los miembros de su congregación?
- ¿Cuáles son sus necesidades?

2. Medite sobre estas descripciones del contexto social de su congregación:

- Observe como su ministerio catequético relaciona y no relaciona.
- Repase estas observaciones y apunte sus deducciones.
- Explore estas deducciones y apunte sus posibles consecuencias para la formación, la educación y la instrucción.

Contexto cultural

1. Describa lo siguiente:

- La región del país en que está localizada su congregación y, específicamente, cómo esta circunstancia se refleja en las vidas de sus miembros y de la congregación como un todo.
- El ambiente del pueblo, la ciudad y la comunidad donde está localizada su congregación y, específicamente, cómo éste se refleja en la vida de las personas y en la vida de la congregación.
- El carácter étnico de su congregación y, específicamente, cómo se manifiesta este aspecto en la vida de las personas y en la vida de la congregación.
- La composición racial de su congregación y, específicamente, cómo se manifiesta este aspecto en

la vida de las personas y en la vida de la congregación.

2. Reflexione sobre su descripción del contexto cultural:

- Observe cómo el ministerio de su congregación se relaciona o no con su contexto cultural.
- Repase estas observaciones y apunte algunas percepciones para su ministerio catequético.

Explore estas percepciones y apunte algunas consecuencias para la formación, la educación y la instrucción.

PERSONALIDAD CONGREGACIONAL

1. Describa la personalidad de su congregación:

- Dibuje o haga representaciones de la personalidad de su congregación.
- Compare y discuta sus dibujos y complete la siguiente oración: nuestra congregación se parece a

2. Reflexione sobre su propia personalidad:_____.

- Observe de la manera en que su personalidad se relaciona o no con la personalidad de la congregación.
- Repase sus observaciones y haga una lista de posibles consecuencias para su ministerio catequético.
- Explore estas percepciones y haga una lista de posibles implicaciones para la formación, la educación y la instrucción.

Recursos congregacionales

1. Describa los recursos y limitaciones de su congregación:

- Trace un diagrama del espacio existente y su utilización. Luego haga una lista de los bienes y las obligaciones actuales.
- Haga una lista de los recursos económicos (dinero disponible); personal disponible (personas con el conocimiento, la habilidad y la voluntad de enseñar), y recursos para enseñar o aprender (medios, currículo, etc.). Luego haga una lista de los bienes y obligaciones.
- Haga una lista de todos los otros recursos de que dispone su congregación, y de todas las limitaciones que confronta.

2. Reflexione sobre sus propios recursos y limitaciones:

- Examine su ministerio catequético y cómo se relaciona, o no, con sus recursos.
- Repase sus observaciones y registre percepciones de su ministerio catequético.
- Explore estas percepciones y haga una lista de las posibles implicaciones para la formación, la educación y la instrucción.

CATEQUESIS

(Véanse los capítulos dos y cuatro).

Formación

Describa los esfuerzos que hace actualmente en el terreno de la formación en cada una de las áreas y con cada uno de los grupos de personas que apuntamos a continuación, incluya a los que tienen necesidades especiales:

	NINOS	JOVENES	ADULTOS*
LITURGICA			
ETICA			
ESPIRITUAL			
PASTORAL			

*Nota: Cuando se refiera a la catequesis de los adultos, cerciórese de identificar la respuesta específica de su congregación a los jóvenes adultos así como a los adultos de mediana edad y mayores.

Educación

Describa lo que hace actualmente en beneficio de la educación:

	NINOS	JOVENES	ADULTOS*
LITURGICA			
ETICA			
ESPIRITUAL			
PASTORAL			

Instrucción

Describa los empeños que se llevan a cabo en la actualidad por la instrucción:

	NINOS	JOVENES	ADULTOS*
LITURGICA			
ETICA			
ESPIRITUAL			
PASTORAL			

REPASO Y RESULTADOS DE LA EVALUACION

(Véanse los capítulos del seis al once y las primeras secciones de este instrumento de planificación).

Evalúe la fidelidad de sus tareas actuales tal como aparecen arriba en relación con su interpretación de la misión y objetivos catequéticos de la Iglesia; la naturaleza y carácter de la comunidad de la fe, y su particular contexto congregacional. Anote en el cuadro siguiente los aspectos de su ministerio catequético que deben mantenerse invariables, los que requieren algún cambio, y los que necesitan una reforma radical. Además, tenga presente las áreas que aún no se han repasado.

PLANES PARA NUESTRO MINISTERIO CATEQUÉTICO

Formación

Describa lo que usted pretende hacer con respecto a la formación en cada una de las siguientes áreas y grupos:

	NINOS	JOVENES	ADULTOS*
LITURGICA			
ETICA			

Educación

Describa lo que usted pretende hacer con respecto a la educación en cada una de las siguientes áreas y grupos:

	NINOS	JOVENES	ADULTOS*
LITURGICA			
ETICA			
ESPIRITUAL			
PASTORAL			

Instrucción:

Describa lo que usted pretende hacer con respecto a la instrucción en cada una de las siguientes áreas y grupos:

	NINOS	JOVENES	ADULTOS*
LITURGICA			
ETICA			
ESPIRITUAL			
PASTORAL			

PLANIFICACIÓN FINAL

Habiendo declarado sus propósitos, ahora necesita trazar un plan para llevarlos a cabo y asignarle responsabilidades a los que los han de administrar. Cerciórese de que sus planes son aprobados por la junta parroquial y dados a conocer a la congregación. Haga que sus catequistas den cuenta de su trabajo. Cada año repita el proceso.

Al reflexionar sobre todos los aspectos de la vida congregacional, ¿qué cree que debe hacer en [el terreno de] la formación, la educación y la instrucción si ha de ser fiel en la preparación de cristianos?

Previendo y planificando

Si tiene una escuela, necesita participar en un proceso semejante al de la congregación. Una vez que esté seguro de lo que intenta hacer, y de cómo se propone llevar a cabo esas intenciones, debe empezar a hacer acopio de materiales impresos y otros recursos. Cerciórese de que la junta parroquial y la congregación están al tanto de sus planes y que los han adoptado. Haga que los catequistas y otras personas [que participen] se mantengan responsables de estos planes. Repita el proceso cada año.

OTRAS LECTURAS

A People Called Episcopalians: A Brief Introduction to Our Peculiar Way of Life por el Rdo. Dr. John H. Westerhoff, St. Bartholomew's Episcopal Church, Atlanta, Georgia.

Baptismal Moments, Baptismal Meanings por Daniel B. Stevick, Church Hymnal Corporation, 1987.

The Baptismal Mystery and the Catechumenate por Richard Norris, Aidan Kavanagh, et al; ed. por Michael W. Merriman, Church Hymnal Corporation, 1990.

The Catechumenal Process: Adult Initiation & Formation for Christian Life and Ministry, Office of Evangelism Ministries, The Episcopal Church, 1990.

Celebrating Our Faith: Evangelism Through Worship por Robert E. Webber, Harper & Row, 1986.

Christian Religious Education por Thomas Groome, Harper & Row, San Francisco, 1992.

Fashion Me a People: Curriculum in the Church by Maria Harris, Harper & Row, San Francisco, 1991.

In Dialogue With Scripture: An Episcopal Guide to Studying the Bible, Episcopal Church Center, 1992.
Liturgy for Living: The Church's Teaching Series, por Charles P .Price and Louis Weil, Seabury Press, 1979.

Schooling Christians: Holy Experiments in American Education, por John H. Westerhoff, III, Eerdmans, 1992.

Teaching and the Religious Imagination por Maria Harris, Harper & Row, San Francisco, 1991.

Esta no es una lista exhaustiva. Para más sugerencias sobre su campo de interés particular, consulte con otros educadores cristianos en su congregación y en su diócesis.

Diseño y emplanaje de Marjory Dressler Directora de fotografía: Margaret H. Andersen

PHOTO CREDITS

Jack Abraham: 66

Patricia Aboussie: 93, 114, 122, 137, 139, 140,
142, 143, 144, 145, 147, 150, 153,161,179

Rochelle Arthur: 20 Julian Adams: 74

Emile Andria: 132

Ann Ball: 61, 106

Morton Broffman: 102

Chris Den Blaker: 29

Ed Eckstein: 41, 42, 69, 89, 97, 107, 108,
120, 129, 134, 155, 160, 162, 163, 185

Episcopal News Service: 164

Vince Finnegan and Associates: 55

John Fisher: 80

Emily Freeman: 158

Lucy Germany: 35

Kurt Hegre: 30

Bradford F. Herzog: 159

Frank Kostyu: 146

Andy Matsko: 85, 115

Minneapolis Star Tribune: 47

S. Neale Morgan: 23

New Jersey Herald: 33

Bruce Parker: 15
Herb Pilcher: 124
Mev Puleo: 19, 25, 26, 37, 52, 56, 60
Raleigh News and Observer: 44
James Rosenthal: 63
St. Paul's College, Lawrenceville, Va.: 171
Paul Smith: 3
James Solheim: 27, 46, 50
James Thrall: 58
U. S. Marine Corps: 34
Avery D. Walsh: 135,136
Washington Cathedral: 71
Elizabeth Wilcox: 91
Bob Williams: 103
Jeannie Willis: 167
Paul Winn: 117
David Wolfgang: 156, 173

CAPÍTULO

1

EL SER CRISTIANO

Objetivos catequéticos



UN LLAMADO A ENSEÑAR Y APRENDER

UN MODO DE VIDA PARA LOS BAUTIZADOS

El cristianismo es un modo de vida, la vida de los bautizados. Y los cristianos, escribió Tertuliano, el teólogo del siglo tercero, se hacen (se modelan), no nacen. *Un llamado a enseñar y aprender* es una guía del proceso continuo por el cual los cristianos «se hacen», o puesto en palabras del Informe del Equipo de Trabajo del Obispo Primado «...el proceso continuo cuyo fin es sostener al pueblo de Dios mientras procura vivir el Pacto Bautismal y expresar su singular llamado como seguidores de Jesucristo». Antes de explorar las diversas dimensiones de ese proceso, debemos plantearnos la pregunta: ¿cuál es el modo de vida cristiano? Hacemos eso al explorar nuestra liturgia bautismal, porque es en nuestro bautismo que se nos dice lo que somos y cómo hemos de vivir.

San Pablo nos recuerda que «...somos sepultados juntamente con él [Cristo] para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva» (Rom. 6:4). O, como reza nuestra acción de gracias sobre el agua del bautismo: «En ella, somos sepultados con Cristo en su muerte. Por ella, participamos de su resurrección. Mediante ella, nacemos de nuevo por el Espíritu Santo». (*El Libro de Oración Común*, 1979, p. 227). El bautismo cristiano está arraigado en el ministerio de Jesús de Nazaret, y en su muerte y resurrección. El bautismo es nuestra respuesta al llamado de Jesús, «sígueme». El bautismo marca el comienzo de nuestro viaje como sus discípulos, un viaje en el cual nos asemejamos a él de manera que podamos llegar a ser como él. A través del bautismo somos incorporados a Cristo, que es el Señor de la vida, crucificado y resucitado; a través del bautismo entramos en el nuevo pacto hecho entre Dios y su pueblo. El bautismo es tanto una dádiva de Dios como una celebración de nuestra agradecida respuesta humana a esa dádiva, administrada en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

En el *Bosquejo de la fe, o Catecismo* (LOC, 1979, p. 705) leemos, «El Santo Bautismo es el sacramento por el cual Dios nos adopta como sus hijos y nos hace miembros del Cuerpo de Cristo, la Iglesia, y herederos del reino de Dios» (LOC, 1979, p. 718). Como tal, el bautismo es el sacramento de las iniciaciones: nuestra incorporación a una nueva era histórica y a un nuevo estilo de vida, la vida de todos los bautizados. De aquí que el modo de vida cristiano comience con el bautismo. Ser bautizado es estar en Cristo y compartir una vida de fe común, una vida al estilo de Cristo, que se propone ser radicalmente diferente de la vida de los no bautizados. Es una vida de servicio y servidumbre. Es una vida de acción en pro de la justicia, la paz y la reconciliación. Consiste en ser un fiel testigo de la vida que es posible para todos los que responden a lo que Dios ha hecho posible en la muerte y resurrección de Jesús, y sigue haciendo posible a través del Espíritu Santo para todos los que aceptan a Jesús como su Salvador. Es un modo de vida arraigado en el amor y en la fidelidad más bien que en la ley y en la

obligación. Es una vida que surge de un regalo y de una respuesta agradecida, no del temor y del deber. Es una cuyo objetivo es la pureza, tanto de intención como de acción.

Tal como sugiere *El Libro de Oración Común* ,p.297), es apropiado celebrar bautismos y renovaciones bautismales en ocasiones especiales, siendo la primera importante la **Vigilia de Pascua**, que nos hace conscientes de que en el bautismo somos sepultados con en su muerte, y por ello tenemos parte en su resurrección. El bautismo significa nuestra muerte a la

egocéntrica y la resurrección a la vida que se entrega en Cristo. Otra ocasión adecuada es el **Día de Pentecostés**, el último día de la estación de Pascua, que al tiempo que mantiene el ambiente pascual del bautismo nos recuerda también el don bautismal del Espíritu Santo. Una tercera [ocasión] es el **Día de Todos los Santos** (o el domingo siguiente), que nos recuerda la unión de todos los que han sido bautizados con Cristo y los unos con los otros en la comunión de los santos, y el triunfo de los santos sobre la servidumbre del pecado y de la muerte. Una cuarta [ocasión] es la fiesta del **Bautismo de nuestro Señor**, que nos recuerda que en el bautismo somos ordenados para el ministerio, para amar y servir en el nombre de Cristo; y la última oportunidad de celebrar el bautismo es el día de la visita del obispo, que nos recuerda que el Santo Bautismo es una plena iniciación en el cuerpo de Cristo, la Iglesia una, santa católica y apostólica. Habiéndonos concedido el don de una nueva vida en las aguas del bautismo, somos sellados por el Espíritu Santo, marcados como propiedad de Cristo para siempre, y colocados bajo el gobierno de Cristo.

El bautismo, pues, es un signo del reino de Dios y de la vida del mundo futuro. Nos inicia en la realidad de esta nueva vida en medio del mundo actual. El bautismo es el signo de la nueva vida en Jesucristo; mediante el cual los bautizados son perdonados, limpiados, santificados e investidos para ser pueblo de justicia y paz bajo la orientación del Espíritu Santo.

El bautismo es más que una experiencia momentánea; es el comienzo de un proceso de crecimiento en Cristo que dura toda la vida. Siempre vivimos en nuestro bautismo, es decir, convirtiéndonos más plenamente en lo que ya somos: el cuerpo de Cristo, la presencia de Cristo en el mundo, una señal y un testimonio del reino de Dios, actuando y edificando con Dios el reino de la plenitud y la santidad, tal como San Mateo recuerda la comisión de los discípulos: «Id, y haced

«Ser bautizados es pertenecer a Cristo, ser miembros de su cuerpo, la Iglesia, y, por consiguiente, compartir un modo de vida común. Es un compromiso con un estilo de vida radicalmente diferente del [estilo de vida] del mundo».

Charles Price y Louis Weil en *Liturgy for Living*, Seabury Press,

vida

(1979

y más

Cristo

vida

«El bautismo es ese acto esencial por el cual la Iglesia siempre revela y comunica su propia fe».

Alexander Schmemmann en
Of Water and the Spirit,
St. Vladimir's Seminary Press,
1974.

los Apóstoles- nos ofrece un contenida en la Escritura, y una trino, que ha elegido establecer bautismal nos enfrenta con una por fe acerca de Dios y de sus nosotros.

Pero primero, antes de acciones importantes. En la es decir, renunciamos al poder y en nosotros mismos que luchan por inducirnos a vivir de un modo que nos aliena de Dios, de nuestro verdadero yo, de los demás, y del mundo natural. En la segunda serie, nos dedicamos a Jesucristo y a su influencia, de manera que podamos vivir en unidad y armonía con Dios, con nosotros mismos, con los demás y con el mundo natural.

Respondiendo al inmerecido y transformador amor de Dios y a su deseo de hacer un pacto con nosotros que se nos revela en la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo, nos apartamos de la influencia del mal y nos volvemos a él. Lo reconocemos como el único cuya acción en la cruz nos salva de la cautividad del poder del mal y del pecado, no sólo por perdonarnos de nuestra pecaminosidad, sino también por liberarnos de la compulsión a seguir pecando. Confesamos a Jesús como nuestro Salvador, el único que nos libera para actuar como personas sanas y maduras [hechas] a imagen de Dios. Ponemos nuestra confianza en el poder redentor y transformador de Dios y en su amor, que siempre está presente y activo en cambiar los efectos negativos del mal y del pecado en gracia positiva en la historia y en nuestras vidas. Reconocemos que ya no necesitamos confiar en nuestra fuerza y valor propios, ni en nuestra sabiduría y voluntad. Además, reconocemos que Dios suplirá todas nuestras verdaderas necesidades y nos dará poder para resistir el mal y conocer y hacer su voluntad. Y por último, prome-

discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado». (Mat. 28:19-20).

El Pacto Bautismal (LOC, 1979, pp. 224-225).

En el bautismo Dios nos llama a un pacto indisoluble con él, cuya gracia en nuestras vidas nos posibilita responder con una promesa solemne de vivir un modo particular de vida en la fe. El primer segmento de este Pacto Bautismal -el Credo de



sumario de la fe cristiana tal como está imagen de la naturaleza y carácter del Dios un pacto con nosotros. Nuestro credo narrativa poética tocante a lo que sabemos caminos, incluido lo que Dios ha hecho por

que hagamos ese pacto, llevamos a cabo dos primera serie de votos renunciamos al mal, de esas fuerzas en el cosmos, en la sociedad,



temos seguir y obedecer a Jesús. Es decir, prometemos amoldar nuestras vidas a él a fin de llegar a ser del todo semejantes a Cristo. Habiendo hecho estos votos, entramos en un pacto con Dios.

El marco de nuestro pacto de fe es *creo y amén*. El *creo* de nuestro Pacto Bautismal es tanto personal como comunitario en que si bien cada uno de nosotros confiesa su propia fe, la fe que confesamos es ante todo la fe de la comunidad. El *creo* (*credo* en latín) no es tanto una adhesión intelectual a verdades doctrinales, cuanto un acto de ofrendar nuestro amor, lealtad, devoción y obediencia a un Dios personal trino. El *amén*, el *así sea*, es nuestra pública profesión de que con este acto comprometemos nuestra vida y prometemos usar esta imagen de Dios y de sus caminos como nuestra orientación en la vida de la fe en la que somos bautizados. Hacemos esto al responder a tres preguntas respecto a la naturaleza y carácter de Dios.

En el lenguaje de la poesía, este símbolo de fe nos ofrece una imagen de Dios conservada por la Iglesia desde su nacimiento en Pentecostés, una imagen de Dios centrada en la revelación de Jesucristo. Como el primer paso de nuestro Pacto Bautismal, el *credo* no sólo afirma nuestras convicciones tocante a la naturaleza y carácter de Dios, sino que conlleva también una serie de respuestas idóneas.

El Dios personal trino con quien hacemos este pacto es el único que da origen, rige y ordena toda la vida en soberana y trascendente majestad, y no obstante es como un padre amoroso que nos cuida y alimenta como hijos e hijas. Dios anhela intimar con nosotros y que existan relaciones armónicas entre todas las criaturas de Dios y toda la creación. El mundo que habitamos pertenece a este Dios que tiene un propósito para toda la creación y que está presente y activo en ella, recreando (redimiendo) todo lo que hacemos para negar o distorsionar tal propósito. Y en el momento que estime oportuno, Dios la llevará al fin que se ha propuesto.

Este mismo Dios entró en la vida y en la historia humanas en Jesús de Nazaret para ofrecernos una imagen de lo que somos, a quién pertenecemos y cómo hemos de vivir. Jesús mediante su crucifixión adopta nuestro sufrimiento y en tanto permanece fiel asume las consecuencias de nuestra infidelidad, y su fidelidad destruye el poder del mal. En su resurrección y en el don del Espíritu Santo, el poder de resistir y vencer al mal inherente a él, se pone a nuestro alcance. La muerte y resurrección de Jesús nos libera de la cautividad de las influencias de la herencia y del medio, de manera que podríamos, con ayuda de Dios, llegar a ser lo que Dios quiere que seamos, fieles hijos e hijas, hermanos

y hermanas, morando juntos en el reino de justicia y paz de Dios hasta que él venga en su plenitud. Jesús mediante su resurrección nos levanta a una nueva vida.

Este Dios derrota al mal gracias a un amor sacrificial y anda en pos de los descarriados, vivos y muertos, con un juicio que procura la reconciliación más bien que la retribución.

Este Dios nos orienta, nos incita y nos fortalece mediante el Espíritu Santo según nos esforzamos por habitar en el reino de Dios y vivir según su voluntad. Este Dios sigue presente y activo en el mundo como Espíritu. Esto es particularmente cierto en la Iglesia, que es una comunidad de personas reconciliadas y reconciliadoras, un signo y un testimonio de las intenciones de Dios para la vida y la historia humanas. En este mismo Dios puede confiarse para comprobar que nada evitará que cumplamos el significado y propósito de nuestra vida. Dicho de otra manera, nada nos puede separar del amor de Dios y de la vida sin término conél.

Para resumir, en el Pacto Bautismal respondemos a la gracia de Dios dándole nuestro amor, lealtad, devoción, y obediencia a un Dios personal trino que da vida a todos los seres y que hace a los seres humanos a su semejanza, y libres para vivir en relación con Dios, con los demás y con la naturaleza. Este Dios actúa continuamente para transformar todo lo que hacemos para negar o distorsionar estas relaciones. Este mismo Dios está presente y activo en la vida y la historia humanas y restaura a toda persona a la unidad con él y a la de unos con otros en Cristo, haciendo cumplir en consecuencia las intenciones de Dios para todas las criaturas y la creación.

Nuestra vida con Dios es de respuesta. En gratitud por lo que Dios ha hecho y está haciendo por nosotros, somos capaces de prometer el adoptar un cierto modo de vivir. La voluntad de Dios para nosotros es amar a Dios y amar a todos los demás tal como se nos ama. Con la ayuda de Dios, hemos de morar en el reino de Dios, andar en los caminos de Dios, y hacer la voluntad de Dios. Para esclarecer y especificar lo que esto implica, hacemos cinco promesas concretas.

Primera: «¿Continuarás en la enseñanza y comunión de los apóstoles, en la fracción del pan y en las oraciones?» (LOC, 1979, p. 225). Reconociendo que uno puede estar en comunión con Dios si no vive en una comunidad de fe, prometemos ocupar nuestro lugar en una comunidad estudiosa, solícita, confesante y adorante. Prometemos hacer todo lo que sea necesario para vivir conforme a nuestra vida bautismal de fe, escudriñando las Escrituras hasta que su historia se convierta en la nuestra, disciplinando nuestras vidas para que podamos crecer en relación con Dios cada vez más profunda y amorosa, y participando fielmente en la vida sacramental de la Iglesia de manera que nosotros como Iglesia podamos ser el sacramento de Cristo en el mundo.

«El objetivo de la catequesis es vivir correctamente. Encontramos la ilustración más clara de este objetivo en el catecumenado primitivo, con su corrección gradual del estilo de vida, que sólo concluía cuando el candidato podía contarse como un seguidor de Jesús entre los seguidores de Jesús.»

Michael Warren en Faith, Culture and the Worshipping

no

una

Segunda: «¿Perseverarás en resistir al mal, y cuando caigas en pecado, te arrepentirás y te volverás al Señor?» (LOC, 1979, p. 225). Reconociendo que si bien el mal no tiene poder sobre nosotros, su influencia nos rodea y de seguro sucumbiremos a él; por tanto, prometemos vivir una vida autocrítica y, cuando pequemos, cambiar la dirección de nuestra vida y regresar de nuevo a modelarla por Jesús.

Tercera: «¿Proclamarás por medio de la palabra y el ejemplo las Buenas Nuevas de Dios en Cristo?» (LOC, 1979, p. 225). Reconociendo que tenemos la obligación de compartir con otros los dones y las gracias que Dios nos ha prodigado y sus anhelos para toda persona, prometemos vivir de tal modo que seamos una señal y testimonio de las buenas nuevas del reino de justicia y reconciliación de Dios. Esto es, prometemos que por lo que decimos y hacemos haremos saber al mundo que hay una alternativa para la vida humana, que es la vida con Dios, en el reino de Dios, haciendo la voluntad de Dios. Y prometemos que invitaremos a nuestros hermanas y hermanos de la familia humana a unírseles en la participación y la práctica de la vida cristiana de fe tal como se ejerce en una comunidad adorante, estudiosa, solícita y de servicio que sigue el Camino de Dios en Cristo.

Cuarta: «¿Buscarás y servirás a Cristo en todas las personas, amando a tu prójimo como a ti mismo?» (LOC, 1979, p. 225). Reconociendo nuestra gratitud a Dios por su amor incondicional, hemos de buscar a Cristo, la imagen de Dios, en toda la gente. Especialmente, hemos de ayudar a los que han negado o distorsionado -o ambas cosas- la presencia del amo, y amarlos de la misma manera que Dios nos ha amado. Es decir, hemos de elegir al necesitado, al abandonado, y al que no es amado para estar

«El credo sirve tanto como cántico de alabanza que como testimonio de fe... Confesamos con nuestros labios lo que creemos en nuestros corazones».

*Bernard Marthaler en
The Creed,
Twenty-Third
Publications, rev.
1992*

con ellos de manera que les resulte posible experimentar la gracia de Dios y recibir la plenitud y la salud que Dios quiere para ellos.

Quinta: «¿Lucharás por la justicia y la paz entre todos los pueblos, y respetaras la dignidad de ser humano?» (LOC, 1979, p. 225). Reconociendo que el reinado de es una realidad social tanto como



todo
Dios
paz.
en

personal, nos comprometemos a trabajar en pro de la justicia y de la paz. Hacemos esto al mostrar, con gestos grandes y pequeños, lo que significa morar en el reino de Dios, donde todas las personas viven en unidad con Dios y se respetan mutuamente, y donde todas las necesidades humanas se resuelven con equidad. Y hemos de dar testimonio del reinado de Dios aliándonos con otros para contribuir a transformar la sociedad en una [nueva] en la que todas las personas estén reconciliadas con Dios, unas con otras, y con el mundo natural, y donde impere la justicia para todos. Nos comprometemos, además, en honrar y respetar la singularidad de las personas de todas las edades, así como a las personas con necesidades especiales, de todos los grupos raciales, étnicos y culturales.

La vida cristiana de fe: problemas afines

Habiendo bosquejado la vida cristiana de fe tal como se expresa en el Pacto Bautismal, ahora identificaremos tres de las variadas dimensiones de la vida cristiana que necesitan abordarse si hemos de vivir esa vida fielmente.

Fe y reflexión teológica

El concepto de fe es multifacético. En la Escritura y la tradición se usa de diversos modos. Por ejemplo, desde una perspectiva intelectual, la fe abarca la creencia y el discernimiento tanto de la verdad como de la voluntad de Dios y como tal se ocupa del pensamiento y las convicciones. Desde una perspectiva vocacional, la fe incluye el confiar y el amar, y como tal se ocupa de la experiencia y la lealtad. Desde una perspectiva de comportamiento, la fe abarca la obediencia y la adoración, y como tal se ocupa de la acción y de los cometidos. Sin embargo, la fe es acaso mejor entendida como *percepción*, es decir, la cosmovisión de una persona, su modo de «ver» la vida y la vida de los demás. Estas percepciones están contenidas en los símbolos, historias sagradas y ritos que configuran nuestras creencias, experiencias y acciones. El modo de vida cristiano no puede separarse de la percepción

cristiana de la vida y de nuestras vidas, una percepción de la realidad que no es patente, pero que llega a nosotros como revelación, como una dádiva interpuesta .

Si bien la fe es algo que hacemos, también tiene su contenido. Por consiguiente es más apropiado afirmar que crecemos en la fe, que decir que la fe se desarrolla o crece. La fe es tanto un don como una respuesta humana a la revelación de Dios. Como lo pone el autor de Hebreos (He. 11:1), la fe da substancia (seguridad) a nuestra esperanza y nos asegura (nos convence) de una realidad que no vemos. Es mediante la fe que percibimos (comprendemos) que el universo fue creado por la Palabra de Dios (He. 11:3), y es por fe que varias personas fieles en la historia pudieron creer y aceptar las promesas de Dios. La fe es una virtud, un «hábito del corazón», como el amor y la esperanza, una cualidad y una actividad de la mente, la gracia de percibir la vida y nuestras vidas a través de los ojos de Dios.

La fe y la teología, por tanto, no son la misma cosa. La fe precede a la teología y la presupone. Hay sólo una fe, pero puede haber múltiples teologías. La reflexión teológica es fe que busca comprensión; como tal, es un acto contextual, constructivo y sistemático de tratar de encontrar el sentido y significado de la fe de la Iglesia en un tiempo y lugar particulares. Mientras la reflexión teológica es una actividad necesaria para todos los que sean capaces de razonar, la fe, para la cual tienen capacidad todas las personas, incluso el niño más pequeño, es algo más fundamental. Además, la teología y los enunciados doctrinales siempre necesitan ser sucedáneos a la fe; porque mientras la fe une, la teología puede dividir.

Tomando decisiones sobre carácter y moral

Al igual que la fe, el carácter cristiano es fundacional. El carácter es nuestro sentido de identidad y la manera en que estamos dispuestos a comportarnos. El carácter de una persona se refiere a sus «hábitos del corazón», a su disposición a comportarse de un modo particular, a su distintivo estilo de vida. El buen carácter implica una vida virtuosa que incluye integridad, confiabilidad y congruencia. Un carácter cristiano, si ha de ser a semejanza de Cristo, abarca tanto acciones como motivos.

La conciencia es diferente del carácter. Un acto de conciencia es una decisión racional respecto a lo que es correcto hacer en una situación particular a la luz de los principios y las normas extraídos de la fe y de la reflexión teológica. Una conciencia cristiana presupone un carácter cristiano.

Conciencia y vida en el espíritu

La conciencia es la capacidad de conocer y de estar atento a aspectos particulares de la experiencia, tales como las necesidades de los demás, y de responder a ellas. La piedad, la vida interior de la experiencia religiosa y el conocimiento de la presencia y acción de Dios en nuestras vidas, dependen de la conciencia. La psique, el ego, o el yo es el portador de nuestra conciencia. Es como

resultado de la conciencia que somos capaces de experimentar a Dios, de comunicarnos con él, y de darnos cuenta de su presencia y de su acción.

Sin una conciencia cristiana, el conocimiento de experiencias particulares nos eludirá. Así como la fe antecede a la reflexión teológica y el carácter a los actos de la conciencia, así también la conciencia precede a la vida en el espíritu.

La vida en el espíritu es la que se vive en una relación cada vez más dependiente de Dios y más en amor con él y, por tanto, con uno mismo, con el prójimo y con la naturaleza. Mientras aprendemos a pensar teológicamente, a tomar decisiones morales, y a vivir una vida de oración a través de una serie de procesos particulares, adquirimos la fe, el carácter y la conciencia mediante otros [procesos] muy diferentes. Esto explica por qué es importante diferenciarlos, reconocer su significación individual, y afirmar su interrelación.

RESUMEN

La meta u objetivo del ministerio catequético de la Iglesia es llegar a ser, con ayuda de Dios, comunidades de personas dedicadas a asistirse mutuamente, y que se sientan compelidas a vivir plenamente la vida de la fe en la cual han sido bautizadas.

CAPÍTULO

2

EL HACER CRISTIANOS

El proceso catequético



PANORAMA: FUNDAMENTOS TEOLOGICOS

Jesús, en el relato de las Buenas Nuevas de Dios según Mateo (Mat.28:18-20), le presenta a la Iglesia su gran comisión: «por tanto id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado».

Como bautizados hemos de poner todo nuestro empeño en atraer a todas las personas a seguir a Jesús y a imitar su modo de vida, modelando sus vidas a la suya. Hacemos eso al incorporarles a la existencia de una comunidad de fe, donde podrían participar junto con los fieles bajo el gobierno de Dios y practicar la obediencia a la voluntad de Dios.

En estos versículos, a la Iglesia le es encomendada una tarea evangélica y catequética, un mandato a predicar y a enseñar. La Iglesia es llamada a entregarse a una catequesis evangelizadora que no sólo comunica y nutre la vida de la fe, sino que incesantemente nos confronta y continuamente convierte a los que se encuentran dentro o fuera de la comunidad de la fe a la lealtad, las convicciones y los cometidos del Evangelio.



La catequesis, con sus raíces en el bautismo, es un aspecto de la misión profética de la Iglesia de restaurar a todo el mundo a la unidad con Dios y de los unos con los otros en Cristo. La Iglesia está mandada por Dios y la historia a renovar su compromiso con el ministerio catequético, y a confiar en él, como un elemento básico primordial en el cumplimiento de esa

misión.

El término catequesis proviene de la raíz griega de un verbo que significa «causar un sonido en el oído» traducción literal de causar un sonido en Dios: el relato bíblico y, encarnada, Jesucristo. entender la catequesis desde el punto de vista



o «repetir como un eco». La implica que la catequesis cristiana ha el oído del que aprende la Palabra de en última instancia, la Palabra Infortunadamente, esto puede llevar a como mera repetición de palabras de versículos bíblicos o palabras del

catecismo aprendidos de memoria. Si bien es importante recordar que la catequesis está interesada en hacer de la historia bíblica nuestra historia, el énfasis en hacerse eco de la Palabra también nos recuerda que Jesús es la Palabra y que la catequesis es el proceso por el cual «reproducimos» a Jesús, o «hacemos cristianos». En inglés, por ejemplo, catequesis es «christening» («cristianizar»), el proceso de formar personas semejantes a Cristo.

La catequesis conlleva enseñar como Jesús enseñó. Jesús buscó discípulos (estudiantes) y les invitó a seguirle. Quería que se identificaran con él, que lo acompañaran y observaran su manera de vivir, y luego que participaran y la pusieran en práctica, imitándola. La mejor manera de ejemplificar la catequesis es, por tanto, dentro de la tradición del aprendizaje.

«La educación cristiana consiste en un grupo de cristianos que comparten en diálogo su reflexión crítica sobre la acción presente a la luz de la historia cristiana y su visión del propósito de la fe cristiana que se vive».

Thomas Groome en

Jesús emprendió la predicación y la enseñanza de la llegada del reino de Dios, un estado en el cual la gente viviera bajo el gobierno de Dios y lo manifestara en sus relaciones con Dios y con el prójimo. Esa predicación y esa enseñanza tenían autoridad porque Jesús no sólo se refería a ella como un estilo de vida, él la vivía. Ocurría lo mismo en la Iglesia primitiva; las vidas de los fieles atraían a otros al Evangelio. La catequesis era el proceso de nutrición-conversión por el cual las personas participaban en esta manera de vivir a fin de prepararse para el bautismo. En su bautismo, renunciaban a su pasada manera de vivir y a sus influencias, y tomaban un nuevo rumbo a fin de adherirse a la influencia de Jesús y su modo de vida, y luego hacían un pacto de vivir esa vida más plenamente cada vez.

Con el paso del tiempo, los conversos adultos llegaron a ser cada vez menos, en tanto aumentaba el número de niños bautizados. Sin embargo, pronto la Iglesia se daría cuenta de que existe una diferencia entre ser hecho «cristiano» por el bautismo y ser «cristiano», es decir, vivir la vida de la fe a semejanza de Cristo. La catequesis comenzó entonces a incluir el modo en que formamos a las personas como cristianos luego de su bautismo. Hoy en día, la catequesis incluye todos los medios por los cuales preparamos nuevos cristianos para el bautismo, tanto como el llamado a todos los bautizados a vivir en su bautismo y a llegar a ser lo que ya son -cristianos-, pero en un sentido más profundo y más pleno.

El objetivo de la catequesis es formar personas y comunidades a semejanza de Cristo que vivan en comunión con Cristo y en comunidad los unos con los otros, capacitándose mutuamente para manifestar el modo de vida de Jesús a fin de que otros lo vean, se sientan atraídos y aprendan también a imitarlo.

Recuérdese que desde el principio los que siguieron a Cristo les preocupaba que los llamaran cristianos -personas semejantes a Cristo. Sin embargo, Ignacio, Obispo de Antioquía, dijo a su rebaño antes de ser martirizado, «acepten el nombre, no como algo que merecen, sino como algo a lo que aspiran. Pronto me llevarán a la muerte porque dicen que soy cristiano. Ruego que pueda ser hallado cristiano de hecho y no sólo de nombre».

Con esto en mente, la catequesis se entiende mejor como un triple proceso deliberado, interrelacionado y vitalicio: formación, educación e instrucción o adiestramiento.

I. Formación: participación y práctica

La formación es el participar en la vida cristiana de fe y su puesta en práctica. Es el mismo proceso que nutre (nos ayuda a moldearnos al modo de vida de Cristo) y convierte (nos ayuda a ser transformados de otro modo de vida al modo de vida de Cristo).

La formación es el medio por el cual se transmiten la cosmovisión y el sistema de valores de una comunidad. [Este proceso] se llama *enculturación*, o socialización, cuando ocurre entre una generación y otra; se le llama asimilación cuando implica a una persona que cambia de una cosmovisión y de un sistema de valores a otros. Se le llama *inculturación* cuando conlleva que una comunidad toma una cosmovisión y sistema de valores y se los apropia.

La fe (la manera de percibir la vida y nuestras vidas), el carácter (nuestra identidad e inclinaciones de conducta), y la conciencia (el conocimiento y las predisposiciones a experiencias particulares) son el resultado de tales procesos. Comienzan en el momento en que nacemos, se producen primero en el hogar y en la iglesia, e incluyen posteriormente las experiencias de la escuela, las agrupaciones de nuestros iguales, las asociaciones fraternales, los centros de trabajo, los medios de difusión, y otras instituciones por el estilo.

La enculturación, o socialización, se comprende mejor como un proceso de interacción e influencia. No sólo las personas sí determinan su respuesta a estas influencias, sino que hay múltiples influencias que procuran nuestra lealtad, y que pueden diferir radicalmente. Por tanto,

es de particular importancia que exista cohesión y correspondencia en el modo en que los niños son influidos en sus asociaciones primarias; que en su mínima expresión son el hogar y la congregación.

Cuando somos inconscientes de estas influencias o no intencionados respecto a ellas, se convierten en un «currículo secreto», y explican el por qué la gente a veces parece aprender lo opuesto de lo que nos proponemos enseñar. A continuación incluimos áreas de la formación, cada una de las cuales debe examinarse cuidadosamente a la luz de nuestra comprensión de la vida cristiana de fe. A menos que tengamos propósitos deliberados sobre estos aspectos de nuestra vida común, en el hogar y en la congregación, nuestra capacidad de formar cristianos se verá disminuida.

Participación en los ritos comunales de la Iglesia

El culto ritual es el deber fundamental de la Iglesia, y ninguna otra cosa que haga puede comparársele en importancia. Si la Iglesia sólo se congrega para adorar, no necesita cuestionar su lugar o influencia en el mundo; si pierde la fe en el acto del culto, si es negligente en ordenar y descuidada en la conducta del culto, no puede esperar que sus ocupaciones secundarias la salven, porque tiene el alma muerta. Esto explica por qué históricamente cuando la Iglesia ha discernido que no vivía fielmente, se revivió mediante una reforma litúrgica. Explica también por qué la participación en los ritos de la Iglesia siempre se ha considerado esencial para todas las personas, independientemente de su edad.

Los ritos de la Iglesia son acciones simbólicas, repetitivas (actos verbales y actos ceremoniales), que expresan y manifiestan la historia sagrada de la Iglesia. Hay muchos otros ritos en la sociedad que compiten por la lealtad y el deseo de configurar la vida de la gente: los



deportes y los anuncios de la TV son los que calan más profundamente. Para la Iglesia, sus ritos más importantes son el bautismo y la Eucaristía, pero los Oficios Diarios y los otros ritos y ceremonias de la Iglesia que se encuentran en *El Libro de*



Oración Común y en *El Libro de Oficios Ocasionales* son también importantes para la catequesis. Estos libros formulan cómo adoramos y creamos una comunidad de fe adorante.

La vida congregacional, lo mismo dentro que fuera del aula, está repleta de rituales. Algunos son rituales litúrgicos (quién ocupa qué asientos en la cena parroquial, quién dice la acción de gracias, cómo se fija la hora del café, etc.). Algunos son rituales organizativos (cómo se escogen los líderes, cómo se planifican las actividades, quién desempeña determinado papel). Otros son rituales divertidos, tales como juegos. En todos estos rituales es importante examinar el mensaje oculto que transmiten, así como los mensajes explícitos. Por ejemplo, muchos juegos, al tiempo que son divertidos y que contribuyen al aprendizaje, también preparan a la gente a ser competitivas, cuando acaso es la cooperación [-no la competencia-] el más elevado valor cristiano. Las recompensas, basadas en el mérito, pueden obrar contra las Buenas Nuevas de que Dios nos da lo que necesitamos y no lo que merecemos. Y, cuando las personas ganan recompensas por su trabajo, podríamos estar negando la convicción cristiana de que la gracia es gratuita y que todo lo que somos y tenemos es un don de Dios.

El medio ambiente

Todo lo que vemos, gustamos, palpamos, olemos y oímos, así como la disposición del espacio en el cual nos reunimos y vivimos, influye significativamente en nosotros. Configuramos nuestro espacio, y luego él nos configura. Nuestro espacio, lo que ponemos en él, cómo lo ordenamos y lo arreglamos, alienta o desalienta acciones e interacciones particulares. La reflexión sobre la manera en que utilizamos y atendemos el espacio, a quién alentamos o desalentamos a hacer uso de él, cómo lo decoramos, incluyendo las obras de arte y los cuadros que admiramos, dan idea de cómo influimos en la fe, carácter y conciencia de nosotros y de otras personas.

Por ejemplo, si no vemos representaciones de Jesús desde la perspectiva de diversas razas y culturas, puede costarnos trabajo comprender la universalidad del Evangelio. Puede que no veamos que la vida cristiana de fe no se reduce a las interpretaciones culturales y el modo de vida euroamericano.

Si todos los líderes espirituales que aparecen retratados son hombres y adultos, podemos, de manera inconsciente, aprender a ver a los varones adultos como líderes espirituales, y no reconocer el liderazgo espiritual de las mujeres, los jóvenes y los niños.

Si todas nuestras imágenes del ministerio son cuadros de grupos religiosos institucionales, puede resultarnos más arduo reconocer nuestros ministerios en el hogar, el trabajo, la escuela y la comunidad.

La ordenación del tiempo

La ordenación del tiempo tiene que ver con la totalidad de nuestra vida comunitaria. La Iglesia tiene un calendario basado en una historia, porque nuestra fe, carácter y conciencia se forman, y la comunidad las hizo posible, por la incorporación de una historia. Es importante que la historia de Cristo, la historia de todo cristiano, se vea y se viva en nuestra vida comunal. Pero, competimos con otros calendarios: el calendario secular (el Día de las Madres, el Día de San Valentín, etc.), el calendario civil (el día de Año Nuevo, el Día de la Independencia, etc.) y el calendario escolar. Si no respondemos a un plan deliberado respecto a ordenar el tiempo conforme a nuestra historia, otros calendarios pueden influir en nuestra manera de vivir.

La organización de nuestra vida

Este aspecto de la formación tiene que ver con el modo en que alentamos a las personas a emplear su tiempo, sus talentos y sus recursos. Se expresa en nuestros programas y presupuestos. Por ejemplo, crear un presupuesto y luego hacer una campaña de mayordomía para conseguir promesas para él, nunca puede llegar a formar personas que sean mayordomos genuinos; tan sólo puede enseñarles a decidir en materia de presupuestos.



La pregunta que debemos de hacernos es, ¿cómo nuestra vida en común contribuye al reino de Dios y nos prepara para ministrar en la vida y el trabajo diarios; y cómo las actividades y programas auspiciados por la Iglesia contribuyen a este fin? ¿Alentamos a las personas a mantener sus vidas equilibradas entre el trabajo, el placer y el descanso, el estudio, el servicio y el culto? ¿Alentamos a las personas a ayudar a los necesitados? ¿Apoyamos a los que combaten la injusticia? Cuando participamos en proyectos de recaudación de fondos, ¿recaudamos dinero para nosotros mismos o para beneficio de otros? ¿Se entiende que el diezmo es lo mínimo que todos los miembros deben contribuir a la obra de la Iglesia? Cuando los jóvenes observan a los adultos, y son alentados a participar en tales actividades, estamos reforzando los patrones de conducta que esperamos que ellos sigan a lo largo de sus vidas.

Interacciones comunales

La vida en la congregación debe ser una señal para el mundo de cómo es la vida en el reino de Dios. Se aprecia en la manera en que tratamos a los niños, los minusválidos, los pobres, y todos los que son potencialmente vulnerables en alguna medida. Esto incluye todos los modos de interacción recíproca: cómo saludamos a los recién llegados y nos saludamos entre sí, cómo hablamos los unos de los otros, cómo arreglamos nuestras diferencias, cómo organizamos nuestra vida común, cómo tomamos decisiones, cómo escogemos a nuestros líderes, y si a la hora del café tenemos algo de beber para los niños y asientos para los que los necesitan. Todas estas cosas comunican quiénes somos nosotros entre sí y para los demás que vienen a nuestra congregación.

Una manera independiente de estudiar en la cual se alienta a los estudiantes a progresar a su propio ritmo puede no ayudar a los estudiantes a aprender a ser compasivos en ayudar a otros, ni el valor de las dádivas e intereses de otros. Cuando cada estudiante tiene sus propios lápices, puede no aprender a compartir. Si hemos de ayudar a las personas a aprender que son seres comunitarios e interdependientes, tendremos que hacer hincapié en las actividades docentes comunitarias y de relación.

Modelos a seguir

Los modelos a seguir son esas personas, de ayer y de hoy, que se levantaron para ser ejemplos de algunos aspectos de la vida cristiana. ¿Quiénes son las personas cuyas vidas celebramos? ¿Incluyen ellas a hombres y mujeres, niños, jóvenes y adultos, laicos y clérigos, diversos grupos raciales, étnicos y culturales? No sólo debemos interesarnos en aquellas que celebramos en la liturgia (por ejemplo, las que incluimos en las Fiestas Menores y Días de Ayuno), sino en las que encomiamos o reconocemos públicamente. Típicos modelos a seguir en la sociedad secular de hoy son los atletas y los actores.

Los modelos a seguir son particularmente importantes para los jóvenes, que necesitan del ejemplo de adultos destacados y

«¿Cuándo la «inconciencia» racial o la conciencia de raza enriquecen el lenguaje interpretativo, y Cuándo lo emprobrecen? »

Toni Morrison en Playing in the

D. I. H. I. U. . .

eficaces comprometidos con los valores que encontramos en el Evangelio. Padres, maestros de la escuela dominical, asesores de la juventud, clérigos y otros líderes congregacionales con frecuencia se convierten en modelos a seguir para los jóvenes. Hay que reconocer que los niños y los jóvenes pueden llegar a convertirse en importantes modelos a imitar. Jesús usó a un

niño como modelo para sus discípulos.

Disciplinas

¿Qué conducta estimulamos y practicamos? Aprendemos a ser virtuosos practicando las virtudes. Aprendemos a orar mediante la práctica de la oración; aprendemos a ocuparnos de otras personas, cuidándolas. Necesitamos identificar las características de la vida cristiana (tales como ser buenos mayordomos y el vivir sencillamente) y luego practicar esas formas de conducta.



En tanto la vida cristiana tiene dimensiones sociales y públicas, los cristianos deben ejercitar el pensamiento teológico, evaluando la justicia o las instituciones sociales, y participando en los cambios sociales e institucionales. Somos llamados a preocuparnos por el bienestar espiritual y temporal de otros. De manera que los cristianos profesan un auténtico interés, espiritual, intelectual, cultural, físico y material, hacia todo el pueblo de Dios. Estos intereses se expresan necesariamente mediante la acción para mejorar la vivienda, el alimento, la educación, la salud y las oportunidades de empleo que existen al presente, y conllevan empeños para edificar -en nuestras comunidades locales, así como nacional e internacionalmente- un orden cultural, social y político justo.

Lenguaje

La manera en que nombramos a Dios, al bien y al mal, así como el modo en que hablamos y sobre lo que hablamos son tanto expresiones como formas de nuestra fe, carácter y conciencia. Por ejemplo, cuando la conversación y el canto están dominados por el «yo», reforzamos el individualismo. Por otra parte, si descuidamos el «yo», podemos no aprender a hablar por nosotros mismos. Cuando permitimos que la forma posesiva «yo tengo» domine nuestro discurso, comenzamos a pensar en tener (poseer) amigos en vez de ser amigo. Cuando decimos «no puedo», y significa «no quiero», aprendemos a ser víctimas. Cuando escuchamos comentarios racistas o sexistas y no los objetamos, estimulamos a que prosigan y contribuimos a la opresión de otros. Cuando abandonamos las imágenes femeninas de Dios, hacemos a nuestro Dios demasiado pequeño.

Como cristianos, debe movernos una intención tocante a lo que hablamos y escribimos. La sensibilidad para el lenguaje inclusivo es el fruto de nuestro compromiso con los valores cristianos que se encuentran en las relaciones y creencias que sustentan nuestras vidas. Cada imagen de Dios refleja algo de nuestra experiencia de Dios. Si bien cada imagen es incompleta, las imágenes de Dios están limitadas tan sólo por nuestra imaginación y nuestras propias dudas al reflexionar sobre nuestra experiencia comunitaria. El lenguaje que incluya a las personas, en lugar de excluirlas, llega a ser esencial.

II. Educación

La educación es una reflexión crítica sobre aquello en que participamos en la práctica, en nuestros pensamientos, sentimientos, acciones, y experiencias a la luz del Evangelio y de la vida cristiana de fe. La educación es un proceso que pretende producir un cambio, para ayudarnos a *reformular y renovar* nuestras vidas personales y comunitarias de manera que las asociemos con más vidas semejantes a Cristo. Es también el proceso por el cual continuamente examinamos el modo en que nos comprometemos fielmente en la formación y reflexionamos sobre él.

La Iglesia no consiste tanto en tener un programa educativo, como en ser una comunidad educativa. Los cristianos han de ser personas autocríticas que siempre estén esforzándose en ser más fieles.

En un sentido, los pasos en el proceso educativo son también naturales, y son cuatro: experiencia concreta (cuando llegamos a ser conscientes de las experiencias de nuestra vida y podemos nombrarlas); observación reflexiva (cuando reflexionamos sobre estas experiencias a



fin de discernir percepciones e implicaciones); conceptualización abstracta (cuando nombramos esas percepciones e implicaciones); y experimentación activa (cuando actuamos sobre esas implicaciones, creando por ello nuevas experiencias concretas). Podemos comenzar con cualquiera de estos pasos; los cuatro deben completarse antes de que la educación se haya conseguido. Por ejemplo, podemos comenzar con una experiencia como la lectura de un libro o el asistir a una conferencia; podemos comenzar reflexionando sobre una experiencia de la infancia intentando intuir percepciones o aprendizaje; podemos comenzar con la

formulación de una hipótesis o implicaciones razonadas en base a la experiencia de toda la vida; o podemos comenzar con una acción tal como vivir en un barrio pobre o poner a prueba las convicciones de alguien en un aula; pero dondequiera que comencemos, los demás también deben participar.

El proceso educativo es fácilmente adaptable al consejo pastoral y a la dirección espiritual, el estudio bíblico, la toma de decisión en las reuniones de la junta parroquial o de comités, el ayudar a personas a relacionar su vida cotidiana con el culto y situaciones docentes en el aula. Lo que hace que el proceso educativo sea cristiano es que siempre compromete al estudiante con la Escritura, la tradición y la razón.

El proceso de educación cristiana puede bosquejarse de la siguiente manera:

1. Examina nuestras vidas: centra la atención en alguna práctica, convicción o experiencia de participación especial de manera que pueda reconocérsele y nombrársele.

2. Compromete la fe de la Iglesia: considera la fe de la Iglesia contenida en la Escritura y en la tradición tal como

se relacionan con la práctica, la convicción o la experiencia antes mencionada y compromete nuevamente esa fe.

3. Renueva y reforma nuestra fe: reflexiona sobre nuestras vidas y sobre la fe de la Iglesia a fin de intuir percepciones o conocimiento.

4. Vive nuestra fe: reflexiona sobre estas percepciones a fin de analizar las inferencias y luego actuar sobre ellas. Esto dará lugar a nuevas prácticas, convicciones y experiencias de participación y nos devolverá al primer paso.



Una Iglesia en la cual la educación no es fundamental para su ministerio catequético tendrá dificultades en formar cristianos fieles.

III. Instrucción-adiestramiento

La instrucción es el proceso que nos proporciona el contenido necesario acerca de la vida cristiana de fe que hace posible la reflexión crítica y la genuina formación. Los tres procesos son esenciales para una auténtica catequesis.

La instrucción en el conocimiento cristiano compete al aprendizaje de la Biblia, la teología y la ética cristianas, la vida espiritual, el servicio y el ministerio cristianos. Incluye también el aprendizaje de los métodos de interpretación bíblica, de pensamiento teológico, de tomar decisiones morales, el discernimiento de la voluntad de Dios y las maneras de orar.

Aunque necesaria para todas las edades, la instrucción es particularmente importante para los adultos y debe convertirse en un aspecto fundamental del ministerio catequético de toda

«Imagínese por un momento que usted es un nuevo converso a la fe. Se convirtió durante el verano o el otoño, el rito de bienvenida celebró su entrada en la Iglesia en algún momento antes de Adviento, y ahora en Adviento comienza su formación dentro del catecumenado. Lo que usted experimentará en la vida

congregación. Los adultos deben encontrarse en situación en la que otros cristianos puedan ayudarlos a reflexionar sobre el discipulado, a aprender juntos, a apoyarse unos a otros en oración, y a mantenerse mutuamente responsables por los cristianos que se encuentran en sus hogares, en el trabajo y en sus comunidades.

La instrucción no necesita limitarse a escenarios formales, tales como las aulas. Puede tener lugar en una amplia variedad de ambientes formales e informales, tales como en conversaciones de sobremesa en casa, en sermones, especialmente luego del trabajo diario de la oficina, en pláticas en reuniones, en programas en centros de conferencias y así

por el estilo.

Es importante reconocer que hay dos clases de conocimiento y dos maneras de conocer. Uno es intelectual y el otro intuitivo. Mientras el primero se ha utilizado inadecuadamente en la mayoría de las congregaciones, el segundo se ha visto tradicionalmente relegado. El

conocimiento y el saber intuitivos pertenecen al dominio de las artes y de ellas se nutren. Es también el medio natural por el cual los niños y los jóvenes piensan, aprenden y experimentan a Dios. Se basa en una relación de sujeto a sujeto para todas las cosas de la vida. Abarca el mundo de la imaginación y la creatividad y es esencial para concebir un futuro alternativo, orando, leyendo la Escritura y discerniendo la voluntad de Dios.



El proceso intuitivo sigue estos pasos:

1. Contemplación o renuncia de nuestra necesidad de ejercer control.
2. Dedicación a la vida, como si fuese un material como la arcilla, hasta que algo comienza a surgir.
3. Formación, en la cual ayudamos al proceso de dar a luz.
4. Surgimiento, en el cual se produce la nueva vida.
5. Resolución, en la cual liberamos nuestra creación de manera que podamos crear otra vez.

El modo intelectual de pensar, saber y conocer conlleva procesos cognoscitivos que están sólo parcialmente desarrollados en los niños. Es mediante el uso del intelecto que cobramos sentido de nuestra experiencia de Dios y hacemos actos de conciencia. Para hacer teología es necesario estudiar las Escrituras y tomar decisiones morales. El nivel más bajo del conocimiento intelectual es ser capaz de repetir lo que uno oye o lee. El próximo nivel consiste en poder ponerlo en sus propias palabras. El tercer nivel, es poder usarlo aplicándolo a otras cosas conocidas. El cuarto nivel es comenzar a comprender cómo nace el pensamiento o la idea y poder compararlo y contrastarlo con otro conocimiento. El quinto nivel es tomar varios segmentos de conocimiento y agruparlos de una manera nueva, creando por ende una posición. Y el último y más elevado nivel de conocimiento (en dependencia de haber aprendido todos los demás) es la evaluación, significando la capacidad de hacer un juicio respecto a la verdad y la dignidad. Lamentablemente, muchas personas nunca han alcanzado este nivel y por ello sólo son capaces de dar sus opiniones en lugar de emitir juicios sobre los temas. Esto es lo que hace que tantas conversaciones en la Iglesia resulten irracionales y divisivas.

El proceso instructivo conlleva las siguientes pautas:

1. Una comprensión clara y precisa de los educandos, quiénes son, qué saben, y cómo aprenden.
2. Una conciencia del medio ambiente en el cual tiene lugar el aprendizaje, sus límites y posibilidades, así como el tiempo y los recursos disponibles.
3. Un claro enunciado de metas y objetivos mensurables.
4. Una serie de actividades y medios cuidadosamente seleccionados y sensibles a la diversidad de los educandos para alcanzar estos objetivos.
5. El manejo de las actividades, o un claro sentido de lo que éstas han de incluir y de cómo han de relacionarse con la misión educativa total.

«La iniciación cristiana, o «cristianización», es el proceso que sigue una persona mientras se transforma en una nueva creación modelada a semejanza de Cristo mismo».

Mark Searle en

6. Una evaluación del cumplimiento de los objetivos, que crea un circuito de comprobación para el proceso instructivo.

Uno debe darse cuenta de que tanto el modo de conocimiento y pensamiento intuitivos como el intelectual son importantes. Por ejemplo, en la ciencia se llega a los nuevos descubrimientos mediante el proceso intuitivo y, a través del intelecto, estos descubrimientos adquieren

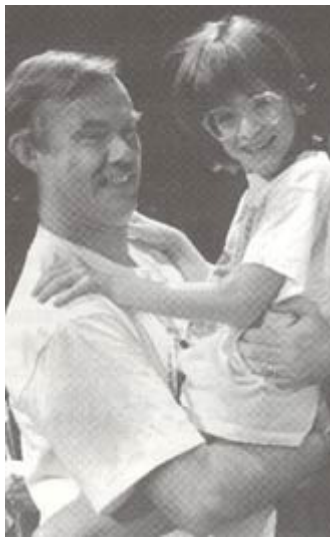
definición y forma. Mediante lo intuitivo, experimentamos y conocemos a Dios. Mediante el intelecto, describimos y explicamos este conocimiento y experiencia.

RESUMEN

Como comentaba Tertuliano, un teólogo del siglo III, «los cristianos se hacen, no nacen». Históricamente, el proceso de hacer cristianos se llamó catequesis. Hoy entendemos la catequesis como tres procesos deliberados, interrelacionados y vitalicios: (1) formación: la participación en la vida cristiana de fe y su puesta en práctica; (2) educación: reflexión crítica sobre participación y prácticas a la luz del Evangelio; y (3) instrucción: la adquisición de conocimiento y habilidades relacionadas con la vida cristiana de fe. Siempre que sean fieles al Evangelio, estos procesos proporcionan las influencias necesarias para hacer que personas y comunidades lleguen a ser cristianos de veras y no sólo de nombre.

Una congregación con un fiel ministerio catequético examinará su vida total en lo que respecta a estos tres procesos y luego ideará medios para ser más fiel al tiempo que diseña planes deliberadamente para atraer a ellos a personas de todas las edades.

Puede encontrarse un modelo de catequesis en el rito de la iniciación cristiana de adultos. Tal como se practica hoy día, consta de una serie de ritos y etapas de preparación para el bautismo. Las personas son atraídas a la Iglesia mediante un testimonio de fidelidad al Evangelio y una cálida invitación a visitar el templo. Usualmente vienen a indagar, cuentan sus historias y escuchan a otros contar las suyas. Los fieles les ofrecen



hospitalidad y escuchan lo que tienen que decir, explicándoles el significado que el mensaje cristiano y la Iglesia -la comunidad formada por ese mensaje- tienen para sus vidas.

Durante este período, los que inicialmente se sintieron atraídos a la comunidad cristiana son llevados a examinar y someter a prueba sus motivos, a fin de que puedan comprometerse libremente a proseguir una participación disciplinada en la vida cristiana de fe. Se les ayuda a comprender que el cristianismo es un modo de vida, que se aprende a través de la participación en la vida de la Iglesia, que se practica a lo largo de toda la vida, y que la manera de comenzar es empeñarse en ese proceso.

Habiendo expresado su deseo de prepararse para el bautismo, los candidatos participan en un acto litúrgico público, que incluye el ser signado con la cruz. Esto les hace entrar en un período conocido como el catecumenado. El catecumenado es fundamentalmente un período de formación que incluye la asistencia al culto dominical, el compromiso con las Escrituras, el desarrollo de una vida de oración disciplinada, la participación en los programas promocionales de la congregación, el reflexionar sobre su ministerio en su vida cotidiana, el diezmo y cosas por el estilo. Durante este período los acompaña un padrino, que representa un modelo a seguir, así como una ayuda en la reflexión sobre sus experiencias [de ellos]. Este período no puede apresurarse. Lleva tiempo el adquirir un nuevo modo de percibir la vida y nuestras propias vidas; una nueva serie de compromisos, actitudes y valores; identidad y formas de conducta nuevas. La disposición personal es un factor decisivo en este período de formación y prueba, y cada persona advendrá a esa disposición de diferente modo y a distinto ritmo.

Cuando la comunidad observa señales de que los catecúmenos han adoptado un nuevo modo de vida, ya están listos para el rito de elección, que les convertirá en candidatos al bautismo. Al ser elegidos, se someten a una disciplina cuaresmal de cuarenta días de intensos autoexámenes, ayuno y oración para prepararse espiritual y emocionalmente para el bautismo. Este es un período de purificación e iluminación, no de estudio ni instrucción. Su objetivo es conducir al converso a la renuncia del poder del mal y a la aceptación de Jesucristo como Salvador. Insta a los conversos a recibir la tradición de la fe, y a comprometerse más plenamente con la vida de la fe. Es una temporada de evocación, reflexión y preparación. Esta rememoración consiste en que ellos revisan su experiencia catecúmena, y reflexionan sobre ella a la luz del Evangelio, de manera que podrían aceptar la vida y la fe, y comprometerse con sus demandas.

Este período culmina con el rito del bautismo, el símbolo del perdón del pecado y de la nueva vida de la gracia; la crismación, el símbolo de ser marcado como propiedad de Cristo para siempre, la incorporación en su cuerpo, la Iglesia, y la investidura del Espíritu Santo; y la recepción del pan y el vino eucarísticos, el símbolo de la vida en el reinado divino de justicia y paz.

Luego del bautismo, los recién bautizados entran en un período final conocido como la mistagogia, los notables cincuenta días que median entre la Pascua y Pentecostés. Habiendo experimentado los grandes misterios de los sacramentos, se les ayuda a adquirir una comprensión más profunda de su significado. A través de una serie de actividades formales e informales, incluida la instrucción, experimentan la plenitud de la vida comunitaria de la Iglesia y adquieren una mayor entendimiento de la vida y el trabajo diarios como ministerios.

Ahora, habiendo aceptado sus lugares en la vida de la comunidad cristiana de fe, comienza su larga peregrinación de vivir en su bautismo. Habiendo llegado a conocer quiénes son y de quién son, y cómo son llamados a vivir, mediante la continua catequesis de la Iglesia, están preparados para convertirse en lo que ya son, es decir, personas que han sido integradas al cuerpo de Cristo, infundidas con el carácter de Cristo, y facultadas para ser la presencia de Cristo en el mundo.

Hoy, cuando bautizamos tanto a adultos como a niños, creemos que el evangelismo es el proceso que atrae a personas al Evangelio y a su modo de vida; y la evangelización, el proceso catequético que los prepara para el bautismo. Para los niños que son bautizados, este proceso se llama catequesis y tiene, desde luego, un componente de evangelización.

CHAPTER
3

CHURCH AND SOCIETY
Catechetical Context



UN LLAMADO A ENSEÑAR Y APRENDER

La catequesis necesariamente tiene lugar dentro de algún contexto sociohistórico particular, un contexto que bien puede sostener o minar los empeños catequéticos, pero que siempre debe inspirar tales empeños. Es importante que intentemos describir con precisión el contexto en que vivimos, junto con las percepciones y las implicaciones resultantes para nuestro ministerio catequético. En este capítulo haremos esto a grandes trazos. Se recomienda estudio adicional.

CONTEXTO SOCIAL: DIVERSIDAD

Raza, cultura y Etnia

Casi todas las razas, las culturas y los grupos étnicos de la tierra están representados en los Estados Unidos y en los países donde la Iglesia Episcopal tiene obra. Por muchos años, el principio de la unidad ha primado sobre la diversidad y se ha intentado desarrollar una población homogénea. La concepción que respaldaba este sentido de unidad estaba determinada por una perspectiva blanca y europea, con la prevaleciente opinión de que debía evitarse la diversidad. Este punto de vista se cuestiona cada vez más. Se ha producido un creciente aprecio de la diversidad y una afirmación de la espléndida belleza y singular riqueza de las numerosas razas, culturas y grupos étnicos que componen nuestra población. Al mismo tiempo, empero, han



surgido tensiones entre las opiniones y el modo de vida de la otrora dominante población blanca europea y la de esos otros grupos.

Religión

Si bien ha habido desde el principio alguna diversidad religiosa entre las personas en los Estados

«Por lo que debemos luchar es por una espiritualidad que inspire tanto el evangelismo como la transformación social. Jesús evangelizó a partir de lo que él era. El era las Buenas Nuevas: por tanto, proclamó buenas nuevas... Debemos descubrir una espiritualidad bíblica que sirva de base a toda nuestra actividad como cristianos, incluida la reconciliación».

William Pannell en The Coming

Unidos y en otros países donde funciona la Iglesia Episcopal, los cristianos eran el grupo dominante. Esta situación ha cambiado significativamente en tanto la variedad de agrupaciones religiosas y el número de sus adherentes ha aumentado. Para complicar las cosas, los cristianos están divididos y a menudo compiten entre sí por [ganar] iembros. Además, mientras un número significativo de personas se bautizan como cristianos, grandes cantidades de ellos no frecuentan la iglesia o la abandonan. Hay también muchas personas que se consideran religiosas, pero que no están afiliadas

formalmente a ninguna denominación. Al mismo tiempo, muchos afirman que el principio del pluralismo religioso tiende a relativizar y privatizar la vida religiosa. Esta gran diversidad religiosa y el gran número de personas que no profesan ninguna religión, apuntan a la necesidad de actividades ecuménicas y empeños evangelizadores adicionales. La catequesis puede fomentar sanas relaciones ecuménicas valiéndose de métodos como éstos: explicando claramente las creencias y valores de la Iglesia Episcopal, mostrando con precisión y honestidad las creencias de otras denominaciones, y mediante la cooperación en proyectos de mutua importancia.

Las relaciones interreligiosas también son importantes para los cristianos que viven en un pluralismo religioso. Los cristianos deben ser especialmente sensibles a sus relaciones con el pueblo judío, con el cual compartimos una herencia bíblica común. Además, la persecución del pueblo judío a lo largo de los siglos, clama por el repudio del antisemitismo y sus causas. Los cristianos y los judíos deben esforzarse en promover una mutua comprensión de sus tradiciones, a través del diálogo continuo, la erudición y la acción social. Del mismo modo, los cristianos deben apreciar los aportes de otras fes y buscar los vínculos comunes que tenemos con ellas, incluidos el islamismo, el hinduismo y el budismo, y colaborar con ellas en el adelanto de los valores espirituales, y en promover proyectos locales e internacionales de justicia y paz.

Significación

La religión y la cultura están profundamente relacionadas. Una religión también puede ser multicultural en su expresión, como el cristianismo obviamente lo es. De manera semejante, pueblos de diferentes religiones pueden compartir gran parte de una cultura común.

El principio del pluralismo social acoge la diversidad de razas, culturas y grupos étnicos dentro de una sociedad y dentro de comunidades religiosas. El cristianismo afirma ese principio con una advertencia: toda raza, cultura y grupo étnico está sujeto al juicio del Evangelio y ninguno es absolutamente cristiano. El reto de la autocrítica profética es grande y el problema de separar la vida cristiana de fe de sus expresiones raciales, culturales y étnicas es aún mayor. Además, existe también el reto de lograr la unidad en la vida de la Iglesia mientras se conserva la diversidad racial, cultural y étnica. Al mismo tiempo, debemos alentar a los distintos grupos culturales a vivir el Evangelio de maneras que expresen sus culturas, en la adoración, la música y otras artes creativas.

El principio del pluralismo religioso enfrenta a la Iglesia con un desafío aún más serio. Una cosa es describir nuestra nación como religiosamente diversa, y otra afirmar esta diversidad, es decir, afirmar que las diferencias entre las religiones no son materia de verdad en términos de fe y vida. Cuando se afirma el principio del pluralismo religioso, hablar de creencias religiosas como verdaderas o falsas, o de acciones morales como correctas o erróneas, es inadmisible. Por ejemplo, muchos cristianos han reconocido que el antisemitismo es un pecado y manifiestan un nuevo aprecio por la singularidad del judaísmo y su relación con el cristianismo.

Durante muchos años el movimiento ecuménico se basó en el principio de un crisol por el cual la unidad de la Iglesia se lograría mediante la fusión de las diversas tradiciones. Sin embargo, en el período actual se ha producido un movimiento para reafirmar el principio del pluralismo dentro del cristianismo, no sólo en términos de raza, cultura y grupos étnicos, sino en términos de mantener la singularidad de varias tradiciones (denominaciones), cada una con su propio carácter. Todas esas situaciones sociales y problemas por resolver influirán y obstaculizarán el ministerio catequético de la Iglesia.



Implicaciones

Un enfoque multicultural del aprendizaje implica la necesidad de trabajar con personas que representen varios trasfondos raciales y étnicos. Esto conllevará programas catequéticos orientados al cambio vocacional y de comportamiento.

Tales programas deberán abordar el racismo, el sexismo, las fobias contra los ancianos y los minusválidos, el clasismo y otras formas de selección estereotípica, prejuicio, fanatismo y discriminación. Debemos tener cuidado de no agrupar a todos los afroamericanos, los euroamericanos, o los asiáticos en entidades homogéneas. Debemos reconocer la diversidad dentro de esos grupos. Debemos incluir relatos, música, arte, danza y teatro de estos diversos grupos culturales. Debemos aprender a apreciar las contribuciones de cada grupo mediante el conocimiento de sus respectivas historias, sus concepciones y modos de vida, y sus experiencias. Es decisivo el respeto y el aprecio de las diferencias junto con una actitud autocrítica hacia el grupo étnico y la cultura de uno mismo, especialmente en lo tocante a la manera que tenemos de relacionarnos con otros.

La realidad multicultural es el resultado de un proceso que dura la vida entera más bien que de un programa o un acontecimiento. Por ejemplo el estilo multicultural de una organización incluirá apertura a los cambios, disposición a correr riesgos, flexibilidad en el estilo de liderazgo, y un persistente compromiso con una agenda multicultural. Para los grupos predominantemente blancos esto significará disposición a ceder el control de la agenda institucional y cambiar la composición de los grupos para que las personas de color participen en todas las decisiones.

Debemos abordar las relaciones judeo-cristianas esforzándonos por transmitir una mejor y más positiva comprensión de nuestras raíces judías y un mayor aprecio al judaísmo actual. También debemos aprender más acerca de otras religiones y cómo entablar un diálogo significativo con ellas.

ORDEN SOCIAL

El rápido progreso en la ciencia y en la tecnología ha puesto en nuestras manos un poder sin precedentes que lo mismo puede aportar grandes beneficios para la raza humana como sembrar destrucción en la tierra. Asimismo, el progreso sin

**«Dios, ahora que
simpatizamos los unos con
los otros, ayúdanos a
entender también que no nos
comprendemos, pero que
podemos aprender a hacerlo.
Dios, ayúdanos a aprender.
Pronta y rápidamente.
Amén».**

*Oración con que concluye Jews
and Christians, The Myth of a
Common Tradition, por Jacob
Neusner, Trinity Press, 1991.*

precedentes en las ciencias naturales, especialmente en la biología y en otras disciplinas afines, ha producido una multitud de nuevos problemas morales. El progreso en las ciencias médicas y de la salud ha creado nuevas posibilidades para el control poblacional, la ingeniería genética, y el aumento de la extensión de la vida humana. Estos factores crean dificultades relacionadas con el cuidado de los ancianos, las personas gravemente impedidas y los minusválidos.

El progreso tecnológico ha creado nuevos problemas en lo tocante a la ecología y a las armas de destrucción masiva. Si bien las realidades políticas y económicas han dado lugar a una creciente interdependencia global así como a divisiones más profundas entre los ricos y los pobres. El aumento de la movilidad y la urbanización ha creado nuevos problemas sociales, como son los problemas rurales de aislamiento, y trabajo y planes agrícolas.

Los medios de comunicación masivos y la tecnología de computadoras han producido efectos positivos y negativos en la sociedad. Las familias, progresivamente, se han aislado y se



han fragmentado. El abuso de menores, alcoholismo y drogadicción, y el creciente número de personas solteras, nos presentan nuevos obstáculos. Racismo, sexismo, clasismo, fobia de la ancianidad y los homosexuales, discriminación de las personas minusválidas, así como cuestiones de justicia económica, incluidos pobreza y desempleo, problemas

de refugiados e inmigrantes, especialmente los indocumentados, falta de vivienda y de acceso a los servicios de salud, y numerosos otros problemas sociales siguen siendo parte del tejido de nuestra sociedad.

Significación

La rapidez del cambio y la escalada de los problemas morales nunca habidos antes aumentan nuestra dificultad de ser fieles al Evangelio. Los que se dedican a la investigación y el desarrollo están cuestionando los límites de su quehacer. Los que deben vivir del fruto de su labor presentan objeciones en lo tocante a una respuesta genuina. La dificultad de llegar a un consenso en estos complejos problemas morales es grande.

Implicaciones

El ministerio catequético de la Iglesia debe informar a su pueblo de estos problemas y ayudarlo a responder a ellos en un contexto de fe. La catequesis coadyuva a descubrir las causas

raigales de la injusticia social, y procura llevarnos a reconocer, como cristianos, nuestras obligaciones individuales y colectivas, así como nuestra complicidad con las fuerzas del mal. Hacer esto no sólo implica que le prestemos mayor atención a la toma de decisiones de carácter moral y a discernir la voluntad de Dios, sino que tendremos que informarnos mejor sobre ciencia y tecnología, medicina, política y economía mundiales, problemas sociales y ecológicos.

Además, algunos problemas, tales como los relacionados con el género y la sexualidad humana, deberán abordarse desde los primeros años. El modo en que usamos la Escritura, la razón y la tradición al tomar decisiones de carácter moral tendrá que convertirse en un aspecto importante de nuestro ministerio catequético.

Los problemas sociales, tales como la cambiante [condición de la] familia y los papeles de hombres y mujeres junto con las nuevas necesidades de niños, jóvenes y adultos, especialmente las personas ancianas, deberán inspirar nuestro trabajo.

MODERNIDAD

Hasta ahora la Iglesia existe dentro de la historia, influida por la historia. Estas influencias se componen de una combinación de factores positivos y negativos. Durante la época moderna que en Occidente se conoce como la Ilustración, se hizo hincapié en la razón y la lógica, el modo intelectual de pensar y conocer. Se puso énfasis en la realidad material, en el progreso, el individualismo y la competencia. En la ciencia y la tecnología, la capacidad de los seres humanos de resolver problemas, y una comprensión de la naturaleza como realidad objetiva para ser manipulada en nuestro beneficio, han dominado el pensamiento. Si bien nos hemos beneficiado de estos énfasis, cada vez son más los que creen que han alcanzado los límites morales de la utilidad.

Significación

No podemos ignorar o negar la significación de las interpretaciones de la modernidad ni los medios en que nuestro ministerio catequético necesitará identificar y enfatizar las alternativas. Debemos reafirmar nuestra imaginación, el modo intuitivo de pensar y conocer, la realidad no material, la comunidad y la interdependencia, la cooperación y la no agresión, las



artes, la naturaleza como realidad subjetiva que nos compromete, la presencia y acción de Dios en la vida y la historia humanas y nuestra dependencia de Dios.

Implicaciones

Las artes tendrán que desempeñar un papel más significativo en nuestro ministerio catequético. Tendrán que aumentar las oportunidades, para personas de todas las edades, de participar en danza, música, teatro, redacción, artes gráficas, cine y producción de televisión. Cuanto más creativo llegue a ser el uso de la tecnología de computadoras en la catequesis, tanta más atención habrá que prestarle a las interacciones de grupos pequeños, las formas alternativas de tomar decisiones, las experiencias comunitarias, el adiestramiento en la diversidad, la solución de conflictos, etc.

RELACIONES DE LA IGLESIA Y EL ESTADO

Durante muchos años, la Iglesia Occidental ha existido en un ambiente amistoso. La Iglesia y la sociedad, para todos los fines y propósitos, estaban unidas. Por ejemplo, los Estados Unidos fueron considerados por muchos una nación cristiana; la bandera nacional ondeaba en la iglesia, y ondea aún en muchas iglesias. Las personas que vivían en un área geográfica (parroquia) creían que tenían derecho forzoso a los servicios de la Iglesia. El bautismo se asociaba con el nacimiento, y habían pocas fronteras entre la vida en sociedad y la vida en la Iglesia. En verdad, había poca diferencia significativa entre ser un buen ciudadano y un buen cristiano. Las escuelas públicas y otras instituciones se tenían por sostenes del «modelo cristiano». El campo misionero quedaba fuera de la nación, y nos acercábamos a ese mundo pagano con un evangelio plenamente integrado en nuestros valores nacionales. La Iglesia suponía que tenía una legítima influencia en el Estado y que el Estado debía responder afirmativamente a su influencia.

Esta situación está cambiando. La sociedad se hace cada vez más ambigua e indiferente, si no antagónica, a la Iglesia. Es difícil defender la afirmación de que no hay diferencia entre ser un fiel cristiano y un buen ciudadano, o que las escuelas públicas sostienen plenamente el modo de vida cristiano. Hay un creciente número de personas que cree que estamos entrando en una nueva era, una era postconstantiniana, o de la postcristiandad, en la historia.

Significación

Esta cambiante situación ha producido diferencias entre nosotros. Algunos desean reconstruir una nación influida por una política cristiana, y siguen afirmando la imagen de la iglesia parroquial, y la vida de la iglesia en gran medida, como de costumbre. Intentan atraer a las masas a la Iglesia gracias a una mejor identificación y respuesta a sus necesidades.

Otros arguyen que necesitamos una nueva imagen de la Iglesia. Esto significa ver a nuestras comunidades como el campo misionero, buscar conversos adultos entre nuestros

«La vocación de la Iglesia es oír hablar a Dios, ver actuar a Dios, y dar testimonio de palabra y de obra de estas experiencias».

*John H. Westerhoff, III, en
A Faithful Church: Issues in
the
History of Catechesis, ed., por
John H. Westerhoff, III y O.C.
Edwards, Morehouse-Barlow,
1981.*

vecinos, dejar de identificarnos con el Estado -o la expectativa de que podamos influir notablemente en su vida [del Estado]- las escuelas parroquiales y la reestructuración de las organizaciones congregacionales.

Nuestro ministerio catequético se verá drásticamente afectado por cualquiera de estas posiciones que mantengamos. Si hemos de ser fieles a nuestro ministerio catequético, necesitaremos discernir con precisión los signos de los tiempos e imaginar los medios adecuados para abordarlos.

Implicaciones

Esto implica el laborar en pro de un consenso sobre la vocación de la Iglesia, del siguiente modo:

LA VOCACIÓN DE LA IGLESIA

La Iglesia es la portadora de un evangelio que anuncia el reinado y la soberanía de Dios. Llama a los hombres y mujeres a arrepentirse de falsas lealtades a otros poderes e influencias, a servir al único verdadero y soberano Dios y así llegar a ser una señal y una anticipación, testigo e instrumento de ese verdadero Dios, viviente y



activo que gobierna toda la naturaleza, las naciones y las vidas humanas. No es un llamado a una segura escapatoria del mundo, sino un llamado a salir de ese mundo para ser formados e investidos por Dios a fin de regresar como agentes de su reino.

Frente a una sociedad crecientemente no cristiana, confrontamos una situación semejante a la de los primeros siglos de la Iglesia. La tendencia principal del cristianismo primitivo fue sectaria en el sentido de que, si bien abarcaba una amplia variedad de razas, clases sociales, estilos de vida, y liturgias y teologías, constituía una minoría relativamente pequeña, unificada y marginal no sostenida por una convención cultural, y carente de prestigio dentro de la sociedad en general. Esta es una situación difícil de entender para los anglicanos.

Durante la mayor parte de nuestra historia, unimos la sociedad con la Iglesia, el gobierno nacional con el gobierno eclesiástico. Nunca nos hemos distinguido claramente de la sociedad como un todo. Mientras la sociedad esté ampliamente permeada de ideas y patrones de conducta cristianos, los cristianos no tienen necesidad de crear comunidades cerradas a fin de transmitir y preservar su modo de vida. Pero en la medida en que la sociedad y sus opiniones y maneras se hacen sólo marginalmente cristianas, la Iglesia tendrá que convertirse en una comunidad más intencional y disciplinada, sin llegar a tornarse sectaria. Acaso las órdenes monásticas y las comunidades religiosas prosperen de nuevo como un modo alternativo de vivir la vida cristiana.

El mensaje de Jesús a la gente de su época fue que, con su presencia, el reino de Dios se había acercado; es decir, la presencia, la acción y el poder de Dios estaban obrando en su medio. Si bien no era obvio a simple vista porque ellos habían tomado la ruta equivocada, Jesús les dijo que si hacían un giro en U (un cambio de rumbo de 180 grados), podrían echarle un vistazo. El enseñó a sus discípulos a orar por el día en que lo que está oculto será descubierto, cuando el reino de Dios será evidente para todos. En el ínterin, ellos habrían de ser un ejemplo de lo que ha venido, está presente y aún ha de venir en su plenitud.

La Iglesia es una comunidad que promete formar su vida en torno a aquel que es el camino, la verdad y la vida: Jesús. El dominio de Dios, la condición en la cual el gobierno de Dios se manifiesta en todos los aspectos de la vida, es algo que no podemos planear, organizar, edificar, hacer, inventar, o siquiera imaginar del todo. Se nos da gratuitamente, y todo lo que necesitamos hacer es heredarlo y habitar en él. Nuestro ministerio no es un fin, sino una reflexión de servicio bajo el gobierno de Dios. Su meta no es hacer el mundo mejor, por nuestro propio

esfuerzo, sino mostrar, a través de nuestro comportamiento, lo que Jesús hizo posible en el mundo. Nuestro ministerio no consiste en ser eficaces, sino fieles.

La Iglesia es llamada una vez más a ser una Iglesia misionera más bien que una Iglesia de conservación. He aquí unas cuantas implicaciones de tal imagen de la vocación de la Iglesia: tendremos que aprender a mejorar la reflexión crítica sobre nuestra sociedad y sus concepciones y modos de vida. Tendremos que aprender a resistir sus influencias negativas y a enseñar a nuestros niños y jóvenes a hacer lo mismo. Tendremos que explorar nuevas estrategias para influir las estructuras sociales, políticas y económicas de nuestra sociedad y obrar para transformar esas estructuras que oprimen injustamente a nuestras hermanas y hermanos. Tendremos que ayudar a todas las personas a que reconozcan su vida cotidiana y obren como si fuese su ministerio, y luego ayudarlos a que aprendan a vivir lealmente en el mundo.

Si hemos de hacer así, debemos convertirnos en una explícita comunidad de fe, una comunidad autocrítica, luchando siempre por reformar y renovar su vida, empeñada en convertir y formar a sus propios miembros tanto como a otros que sean atraídos a la Iglesia. El reto de la fidelidad en nuestro tiempo es grande, y la clave de la fidelidad se fundamenta en un nuevo énfasis sobre el papel de la catequesis en la Iglesia. Para usar una imagen paulina, la Iglesia es llamada a ser una comunidad de fe en la cual se da a conocer el poder reconciliador de Cristo -viviente, consciente y activo- de manera que pueda ser el cuerpo de Cristo, la presencia reconciliadora de Cristo en el mundo hasta el fin. Esta es la misión de la Iglesia, que todo el mundo sea restaurado a la unidad con Dios y de los unos con los otros en Cristo.

COMUNIDAD DE FE

Una comunidad de fe tiene características particulares:

1. Una comunidad de fe tiene una historia común y su vida está conformada por esa historia. Es una historia recitada en la Plegaria Eucarística D (LOC, 1979, p. 263). Las historias forman la comunidad, y la historia de Jesús, al convertirse en historia de la Iglesia, debe configurar la vida de ésta.

2. Una comunidad de fe vive bajo una autoridad común. Está de acuerdo en su autor, su fuente para discernir la voluntad de Dios. A menos que haya un acuerdo en materia de autoridad y un conocimiento de cómo opera esa autoridad ayudándonos a discernir y a tomar decisiones, no hay nada que nos mantenga unidos cuando diferimos, ni que nos proporcione un medio para reconciliar las diferencias y llegar a un nuevo consenso.

3. Una comunidad de fe tiene rituales comunes en torno a los cuales celebra y ordena su vida. Como acciones simbólicas repetitivas (palabras y hechos) que expresan y manifiestan su historia sagrada, los rituales ofrecen la influencia fundamental en la formación de la fe, el carácter y la conciencia. También hacen posible una armoniosa vida comunitaria y ayudan a las personas a hacer importantes cambios en sus vidas.

4. Una comunidad de fe tiene una vida común que se parece más a una comunidad de familia que a una comunidad institucional. Es decir, centra su interés en todos los aspectos de la vida humana y no solamente en los asuntos religiosos; capta continuamente la personalidad completa de la gente, y no tan sólo algunos aspectos de ella durante un cierto período de tiempo; está vinculada por un pacto que nos llama a hacer

todo lo que el amor exija para mantenernos unidos, en vez de un contrato en el cual los términos son si tú haces A, yo haré B; ordena su vida por la costumbre (los hábitos del corazón) más bien que por leyes y reglas; y la dignidad de sus miembros radica en su ser y no en sus contribuciones o en su participación. Cuando surge el conflicto, una comunidad de fe percibe estas diferencias como parte saludable y normal de la existencia humana, y considera el diálogo sincero como parte del proceso para solucionar el conflicto.

5. Una comunidad de fe tendrá un fin más allá de sí misma y de su propia supervivencia. Esto implica que la intimidad no puede ser su objetivo primordial, porque si así fuera, excluiría a las personas que son diferentes. Por el contrario, agrupará a muy distinto género de personas mediante un compromiso a un bien común y no porque se simpaticen mutuamente.

6. Una comunidad de fe aprecia la diversidad. Esto implica que la comunidad acoge en su seno a personas de diferentes edades, culturas, clases y procedencias raciales y étnicas. Tal comunidad ve el valor positivo de las diferencias y alienta sus expresiones en la vida diaria.

«El tuétano del proceso catecúmeno es el viaje de crecimiento y formación emprendido por los que buscan descubrir cómo Dios los llama y cómo Dios actúa en sus vidas y en sus ministerios en el mundo».

*De The Catechumenal
Process,
Oficina de Ministerios de la
Evangelización, Iglesia*



EL CUERPO DE CRISTO

La Iglesia es una comunidad de fe a fin de que pueda formar, equipar y facultar a su pueblo a ser presencia de Cristo en el mundo. El pueblo de Dios es llamado a ocupar su lugar en la vida, el culto y el gobierno de la Iglesia, de suerte que pueda representar fielmente a Cristo y a su Iglesia, ser testigo de Cristo dondequiera que esté y, conforme a los dones que posea, ser portador de la obra reconciliadora de Cristo en el mundo.

Ministrar es hacer la voluntad de Dios dondequiera que estemos: en la iglesia, en el hogar, en la comunidad, en la vida diaria y en el trabajo. Como tal, el ministerio no es un papel a desempeñar -como el de ser laico, diácono, presbítero u obispo- ni consiste fundamentalmente en funciones que realizamos que nos permiten llamar nuestro ministerio a algo de lo que hacemos. El ministerio se explica mejor como rasgos del carácter, una identidad y disposiciones de conducta que nos asemejan a Cristo, hacen que el ministerio sea lo mismo si somos ricos o pobres, sabios o simples, jóvenes o viejos, enfermos o sanos. Cuando la gente nos mire, deben poder ver a personas que se empeñan en imitar y representar a Jesús en todo lo que dicen y hacen, en todos los aspectos de sus vidas. El contenido fundamental del ministerio es por tanto nuestra vida y obra diarias.

Tener un claro concepto de la vocación y misión de la Iglesia y poder nombrar con precisión el mundo en el que la Iglesia existe son puntos de partida esenciales para formar el ministerio catequético de la Iglesia. Como lo definiera el Informe del Equipo de Trabajo del Obispo Primado, «las congregaciones que educan eficazmente a sus miembros comunican una claridad de misión y cultivan una visión compartida de lo que la Iglesia está llamada a ser».

RESUMEN

Continuamente debemos descubrir nuevas maneras de ser la Iglesia. Para hacer eso, tendremos que adquirir la capacidad de vivir con diferencias y aprender la habilidad de usar los conflictos de un modo positivo y creativo. Tendremos que adquirir la capacidad de discernir los movimientos del Espíritu Santo y aprender a vivir un modo de vida alternativo. Tendremos que empeñarnos en la reforma y renovación de nuestras congregaciones mientras luchan por ser

comunidades de fe y, personal y socialmente, el cuerpo de Cristo en el mundo, pero no del mundo.

EPILOGO: PERCEPCIONES DE NUESTRO PASADO

Corría el año 1985. La 68a Convención General estableció la educación cristiana como una prioridad. No había ocurrido desde la 55a Convención General en 1946 ni en las cinco convenciones generales que siguieron. En las décadas transcurridas entre entonces y ahora la Iglesia y el mundo han cambiado mucho, pero el interés por la educación sigue siendo el mismo.

Durante el período de nuestro último intento de hacer de la educación cristiana una prioridad, quedó sentado que una renovación de la vitalidad espiritual era necesaria para que nuestros programas educativos resultaran exitosos; que como la educación cristiana era sólo un componente del ministerio de la Iglesia, resultaba inseparable de la vida total de la congregación, especialmente de su culto; que lo que se hacía en la iglesia y en su escuela tenía que apoyarse en el hogar; que debía haber un acuerdo en lo tocante a la misión y ministerio de la Iglesia; y que debía haber un consenso en lo que la Iglesia había de enseñar.

**«La cuestión que debe
abordarse, por tanto, no es
cómo cuidar del planeta,
sino
cómo cuidar de cada uno de
los
millones de vecindarios
humanos y naturales del
planeta, cada uno de sus
millones de pequeños
lugares y
parcelas de tierra, cada uno
de
los cuales es, de alguna**

Pero habiendo reconocido todo eso, por primera vez en la historia parecía que habíamos aceptado la suposición general de que la reforma escolar puede remediar todo lo que hay erróneo en la sociedad y, en consecuencia, procedimos a hacer reformas educativas radicales basadas en una extraordinaria confianza en lo que la escuela bíblica podía realizar. Si bien se hicieron intentos para incluir la vida total de las congregaciones y familias, el contexto fundamental del aprendizaje llegó a ser la escuela dominical y principalmente, aunque no exclusivamente (recuérdese la Church's Teaching Series) para niños hasta la edad de la confirmación. La creación de medios para un currículo se convirtió en nuestra primordial intervención educativa, al tiempo que se ponía una enorme cantidad de energía en el adiestramiento del liderazgo, concentrándose en la dinámica de grupos y en el crecimiento personal. Suponíamos también que educando al individuo, e incluso cambiándolo, sentaríamos una pauta en la Iglesia y en la sociedad. Desde entonces hemos aprendido que debemos cambiar los sistemas. Cambiar a unos pocos líderes mediante un entrenamiento, o educando aulas de niños o adultos sin cambiar los

sistemas congregacionales, socavaría los intentos individuales para vivir una vida cristiana más genuina. Debemos encontrar medios en los cuales la congregación llamará y sostendrá a los miembros en su ministerio individual y los mantendrá como responsables de su discipulado.

Los primeros años de esta reforma se centraron en la preparación para la vida en la Iglesia. En los años sesenta el énfasis comenzó a cambiar hacia la educación para la misión, pero curiosamente, cuando ese cambio comenzó, el compromiso con la educación cristiana pareció relajarse, y la Iglesia abandonó el negocio de los medios del currículo. Al mismo tiempo, el liderazgo pasó de la Iglesia nacional a las diócesis y a las congregaciones, donde podía contarse con una gran cantera de educadores religiosos profesionales. Habiéndose reducido ya el personal docente de la Iglesia nacional, cuando las finanzas comenzaron a flaquear, el personal docente [de la iglesia] local había de ser el primero en reducirse, sin que ya se contara con una vigorosa reserva nacional (en personas y materiales) para salvar la brecha. Durante este período, hubo dos énfasis en la educación cristiana: discernimiento y respuesta a la acción de Dios en el orden social y alimentación vital de la Iglesia reunida; los cuales, lamentablemente, competían por captar la atención.

En este período intermedio aprendimos que no podemos separar la vocación de la Iglesia a ser una comunidad de fe, que nutre a su pueblo, de ser el cuerpo de Cristo, la presencia activa de Cristo en el mundo. Hemos aprendido que ni la escuela dominical por sí sola, ni un específico medio curricular puede salvarnos; que el aprendizaje es tarea de toda la vida y que muchas de las cosas más importantes que necesitamos aprender no pueden aprenderse hasta la adultez. También hemos aprendido que necesitamos integrar el conocimiento en todos los aspectos de nuestras vidas y no dejarlo como una categoría independiente. Hemos aprendido que hasta que estemos de acuerdo sobre la misión y ministerio de la Iglesia nuestras actividades educativas no estarán lo suficientemente dirigidas a hacer congregaciones y personas cristianas. No hay razón para discutir acerca de los medios hasta que convendremos en los fines. Y no debemos hablar acerca de los medios hasta que comprendamos nuestras oportunidades y el contexto en el cual luchamos para llegar a un acuerdo sobre los objetivos. También hemos aprendido que debemos mancomunar los empeños nacionales, diocesanos y locales si hemos de llegar a tener éxito.

CHAPTER

4

**LITURGICAL, ETHICAL, SPIRITUAL,
PASTORAL, MISSIONAL LIFE**
The Catechetical Ministry



UN LLAMADO A ENSEÑAR Y APRENDER

INTEGRACIÓN DE LA VIDA

Dentro de la teología hay una disciplina conocida como Teología Práctica o Estudios Pastorales que plantea la pregunta, «¿cómo hemos de vivir los creyentes en Jesucristo y en su Iglesia?». Como disciplina teológica de investigación y estudio, se compone de seis dimensiones: liturgia y homilética, ética, espiritualidad, cuidado pastoral, catequesis y ecumenismo (dimensiones misionales de la vida cristiana tales como evangelización y mayordomía, las relaciones entre diversos grupos cristianos, y las relaciones de la Iglesia con el mundo y con otras religiones). Estas diversas dimensiones están integradas e inspiradas por la Escritura, la reflexión teológica, y las percepciones históricas.

En la historia más reciente, esta síntesis se fragmentó, y cada dimensión se convirtió en una especialidad que tendía a asociarse acríticamente con disciplinas seculares semejantes y a centrar su interés fundamentalmente en técnicas prácticas.



Tradicionalmente, la liturgia enseñaba a dirigir el culto; y la homilética, a predicar. La ética se separó de estos intereses ministeriales y se unió con la teología sistemática. Se tendió a ignorar la espiritualidad o a circunscribirla al modo de orar. El cuidado pastoral, asociado con la psicología y la psiquiatría seculares, se concentró en las técnicas del asesoramiento. La catequesis, asociada a la educación secular atendió principalmente la instrucción de niños en el contexto de la escuela dominical. El ecumenismo fue transferido a la teología sistemática y se ocupó tan solo de las relaciones entre las iglesias cristianas. Su lugar fue ocupado por la administración de iglesias, que seguía el modelo de la práctica empresarial. La mayordomía se convirtió, típicamente, en las finanzas y la recaudación de fondos de la iglesia; y la evangelización, en el crecimiento de la iglesia.

Hoy en día existe un movimiento para restablecer la liturgia, la ética, la espiritualidad, el cuidado pastoral, la catequesis y el ecumenismo como dimensiones de una disciplina común que reflexione sobre la experiencia cristiana de fe, uniendo la teoría y la práctica, la teología y la vida. Y si bien siguen estando moldeados por los campos del saber secular, los estudios pastorales ya no están dominados por ellos ni se les asocia solamente con ellos. La comprensión de estas dimensiones de la teología y la vida pastorales puede proporcionar una vía para entender nuestro ministerio catequético.

"La pregunta fundamental que hace la catequesis es esta: ¿qué es ser cristiano en comunidad y en el mundo?"

*John H. Westerhoff, III en
A Faithful Church: Issues in
the
History of Catechesis, ed.
por
John H. Westerhoff, III v*

DIMENSIONES DE LA VIDA

La dimensión litúrgica

La Iglesia es una comunidad adorante en la cual el pueblo de Dios persevera en la enseñanza y la comunión de los apóstoles, la partición del pan y las oraciones. El culto crea, expresa y realiza la Iglesia. A través del culto llegamos a ser continuamente conscientes de la gracia de Dios en nuestras vidas y respondemos a ella. Por medio de su acción nos adentramos en el misterio del Cristo crucificado y resucitado y cobramos conciencia de la gracia de Dios en nuestras vidas.

El culto de la Iglesia se centra en sus dos grandes sacramentos, el bautismo y la Eucaristía, y los oficios diarios. A éstos se agregan sus ritos pastorales -confirmación (reafirmación y recepción), dedicación al servicio cristiano, celebración y bendición del matrimonio, acción de gracias por el nacimiento o adopción de un niño, reconciliación de un penitente, ministración de los enfermos, ministración en la hora de la muerte y rito de entierro- por sus oficios episcopales, y por otras liturgias que se encuentran en el Libro de Oficios Ocasionales.

La dimensión ética

La Iglesia es una activa comunidad moral llamada a luchar por la justicia y la paz entre todos los pueblos y por el respeto a la dignidad de todo ser humano. Como tal, la Iglesia es llamada a ser una comunidad de discurso y discernimiento morales interesada en todos los problemas personales y sociales tales como derechos humanos, justicia racial, sexualidad humana, ecología y justicia económica. Preocupada por las relaciones personales y sociales, la Iglesia debe ayudar a su pueblo a vivir fielmente en su vida y quehacer diarios, y a ejercer una influencia positiva dentro de la sociedad. La Iglesia también debe someter a continua revisión sus planes, programas y estilo de vida, así como el modo en que sus miembros se relacionan unos con otros, para cerciorarse de que es un signo de la vida moral que procura para otros.

La dimensión espiritual

La Iglesia es una comunidad orante, contemplativa, que reconoce nuestra humana necesidad de una relación cada vez más profunda y amorosa con Dios, ayudándonos a persistir en la resistencia al mal y, cuando caemos en pecado, a arrepentimos y regresar al Señor. La oración, personal y comunitaria, profundiza la conciencia de la relación que hemos pactado con



Dios y nos ayuda a vivir en total armonía con su voluntad. Una disciplina espiritual, personal y comunitaria es un elemento fundamental en la vida de la Iglesia. La oración matutina y vespertina diarias, en comunidad, así como todas las otras liturgias de las horas, deben permear la vida de la Iglesia. La gente debe ser preparada y

alentada a cultivar la oración privada y personal, la meditación bíblica y otros actos de devoción tales como el examen de conciencia y el discernimiento de la voluntad de Dios.

La dimensión pastoral

La Iglesia es una comunidad solícita en la cual se procura servir a Cristo en todas las personas, amando al prójimo como a uno mismo. La Iglesia ha de centrar sus actos de caridad y misericordia en personas pobres, desamparadas, desempleadas, hambrientas, incapacitadas, inválidas, ancianas, cautivas, solitarias, viajeras, enfermas, acongojadas y moribundas, en el seno de su propia comunidad y en la sociedad en general. Pastoralmente, la congregación ha de ser una comunidad reconciliadora y restauradora que ayuda a su pueblo a convertirse en personas

sanas e íntegras que han experimentado el amor incondicional de Dios y que son capaces de amar a los que parecen menos amables.

La dimensión ecuménica

La Iglesia es una comunidad confesante que proclama de palabra y ejemplo las Buenas Nuevas de Dios en Cristo. Tal como Cristo es el sacramento de Dios, así la Iglesia ha de ser el sacramento de Cristo en el mundo, un signo externo y visible de la gracia y voluntad de Dios. Como comunidad de apóstoles que han experimentado el amor inmerecido de Dios, los miembros [de la Iglesia] comparten con otros, en gratitud, la historia de la gracia de Dios en sus vidas, y les invitan a entrar en la comunidad de la fe, para que puedan participar de su vida de fe y misión para restaurar a todas las personas a la unidad con Dios y de unos con otros en Cristo. Como comunidad de mayordomos, la Iglesia ha experimentado la abundancia de la generosidad de Dios y, en gratitud, sus miembros llevan una vida sencilla, compartiendo con otros su tiempo, sus talentos y sus recursos, así como cuidando a toda la tierra habitada. Y como comunidad de discípulos, ora y labora por la unidad de la Iglesia.

La vía catequética

En cada una de las dimensiones de nuestras vidas como creyentes en Jesucristo y miembros de su Iglesia, debemos aplicar los tres procesos que componen la catequesis: esto es, (1) formación: es decir, participar en la vida de la fe y practicarla; (2) educación: es decir, reflexionar sobre nuestras vidas de fe de manera que podamos vivir más fielmente; (3) instrucción: es decir, adquirir el conocimiento y las capacidades necesarias para ser fieles. Es esencial al ministerio catequético de la Iglesia que a cada familia, congregación, y escuela le anime un propósito deliberado tocante a cada uno de estos procesos relacionados con cada dimensión de la teología pastoral. A continuación se considerarán unos cuantos ejemplos.

Catequesis litúrgica

Conscientes de que la participación en los ritos y ceremonias de la Iglesia es fundamental para la formación de la vida de la fe, nos interesa que la celebración semanal de la Eucaristía sea tomada con seriedad, y que todos los bautizados (contando los más jóvenes) estén presentes y

«La misión y la teología deben tener un significado para una comunidad. La evangelización es un evento social, un acto de genuino interés por la gente que se encuentra en la misma situación, personas que necesitan pan».

Manuel Ortiz en The Hispanic Challenge, Opportunities Confronting the Church, InterVarsity Press, 1993.



participen plenamente tanto de la liturgia de la palabra como del sacramento, reformando la celebración donde sea necesario para que los niños puedan participar inteligente y jubilosamente. Debe alentarse el culto en el hogar, y debe ayudarse a las familias a encontrar los medios de desarrollar la adoración comunitaria en sus vidas.

Se han de ofrecer oportunidades para reflexionar de manera crítica sobre la vida litúrgica de la Iglesia, tanto en el hogar como en el templo - utilizando como prueba la fidelidad de su pueblo en la congregación así como en su vida quehacer cotidianos a fin de que resulte más deliberada- reformándolas donde sea necesario. También se han de ofrecer oportunidades antes del culto para ayudar a que las personas reflexionen críticamente sobre sus vidas a la luz de la Escritura y a que mencionen las necesidades que traen a la liturgia a fin de que puedan participar de manera más significativa en la misma. Necesitan también aliento y ayuda al reflexionar sobre su experiencia en el marco de la Liturgia y mencionar lo que Dios les ha llamado y facultado a ser y a hacer para que puedan vivir más fielmente en su existencia y trabajos diarios.



Se ofrecerá instrucción sobre la historia, naturaleza, carácter y significado de los sacramentos y su celebración, así como del contenido de *El Libro de Oración Común* y de *El Libro de Oficios Ocasionales*.

Los conversos adultos deben ser preparados para el bautismo mediante la participación en un proceso catequético que incluya formación, educación e instrucción con un padrino fiel dentro de la congregación. Se requieren programas semejantes para preparar a personas para la renovación de su Pacto Bautismal con vistas a la confirmación, recepción y reafirmación en momentos especiales de sus vidas. Merecen especial atención la formación, la educación y la instrucción de padres y padrinos en la preparación para el bautismo de los niños.

Los mismos procesos catequéticos deben ofrecerse como medios para preparar a las personas a participar en los ritos del matrimonio, la dedicación al servicio cristiano, la reconciliación, la ministración a los enfermos, la ministración a la hora de la muerte y la ordenación.

Catequesis moral

Debemos proporcionar y alentar oportunidades de practicar el tener un sentido de la identidad como personas de Cristo en el mundo, y la disposición de comportarse a la manera de Cristo. Estas oportunidades deben ofrecerse de un modo sistemático, en los hogares y en todas las congregaciones.

Se requiere una instrucción en la ética cristiana (los principios y normas de la vida cristiana), la naturaleza y el carácter de los problemas personales, sociales y morales contemporáneos, cómo discernir la voluntad de Dios y tomar decisiones morales en situaciones concretas, y cómo lograr un consenso en la toma de decisiones y en otras áreas de la vida comunitaria.

Catequesis espiritual

Conscientes de que la vida espiritual -es decir, nuestra conciencia de la presencia y de la acción de Dios en nuestras vidas y nuestra relación con él- se forma continuamente, debemos ofrecer la celebración de los oficios diarios y otras oportunidades para la oración comunitaria y personal, tanto en la iglesia como en el hogar. También deben ofrecerse oportunidades para retiros y jornadas de meditación.



Se han de ofrecer también oportunidades para la reflexión crítica sobre nuestra vida de oración comunitaria y las disciplinas espirituales personales, así como también sobre la experiencia de Dios y la relación con Dios. También son importantes las oportunidades para la dirección espiritual.

Se requiere instrucción en una teología bíblica de la oración, las diversas escuelas devocionales, y las características de la peregrinación espiritual, junto con varias técnicas que ayudan a la vida de oración, tales como meditación, contemplación, ayuno, oración y [el estudio de] las Escrituras.

Catequesis pastoral

Conscientes de que nuestro conocimiento de las necesidades humanas y la predisposición a encarar esas necesidades a semejanza de Cristo es una consecuencia de la formación, debemos dar la oportunidad de estar presentes con los pobres, los desamparados, los enfermos, los solitarios, los hambrientos, los oprimidos y otros necesitados, y ministrar con ellos.

Debe haber oportunidades para reflexionar de una manera crítica sobre nuestras vidas personales en términos de salud e integridad, así como el modo en que la sociedad se ocupa de los necesitados. También es importante que existan oportunidades para el consejo pastoral con los individuos y con el grupo.

Las personas que ministran a los necesitados deben poseer el conocimiento y las habilidades que se requieren, así como los medios para lograr una mejor salud personal y comunitaria.

Catequesis ecuménica

Si bien la catequesis por sí sola no puede restaurar la unidad cristiana, puede fomentar el ecumenismo de varias maneras. Conscientes de que nuestras vidas como evangelistas y mayordomos se forman continuamente, debemos proporcionar oportunidades de ejercer el modo de vida cristiano en nuestra existencia y quehacer diarios así como la capacidad de explicar ese modo de vida en términos del Evangelio. Proporcionando información, con honestidad y exactitud, sobre otros cristianos, y comunicando esos valores y creencias que compartimos, los episcopales pueden trabajar con otros cristianos en promover la cooperación en proyectos para el bien común. Asimismo, se han de dar oportunidades y aliento para ser fieles mayordomos de la creación de Dios, y para diezmar (un objetivo mínimo para los feligreses) de nuestro tiempo, talentos y bienes a la misión de la Iglesia.

CHAPTER

5

THE ANGLICAN WAY

Catechetical Ethos



UN LLAMADO A ENSEÑAR Y APRENDER

La tradición anglicana, al igual que cualquier otra tradición cristiana, se asienta en la afirmación de que Jesucristo es el Señor. En verdad, es esa afirmación la que es esencial y básica para la unidad de la Iglesia. Como anglicanos, que junto con otros cristianos sostenemos esa afirmación, creemos que la presencia trascendente de Cristo en el Espíritu Santo ha formado, reformado e inspirado continuamente lo que somos como una rama del árbol que es la Iglesia Cristiana.

El anglicanismo representa una tradición continua de la una, santa, católica y apostólica Iglesia de Inglaterra, que se convirtió en una entidad política separada durante la era de la Reforma, junto a esas iglesias de todo el mundo que deben su nacimiento a la Iglesia inglesa. La Iglesia Episcopal, conocida originalmente como la Iglesia Protestante (no católica romana ni ortodoxa) Episcopal (no protestante) en los Estados Unidos, es una rama.

Esta tradición anglicana, de la cual formamos parte, ha adquirido a lo largo de los años una identidad distintiva que da lugar a predisposiciones a comportarse de cierta manera particular. Estos [hábitos] deben nombrarse y describirse para que podamos ser precisos en delimitar la comprensión episcopal de nuestro ministerio catequético.

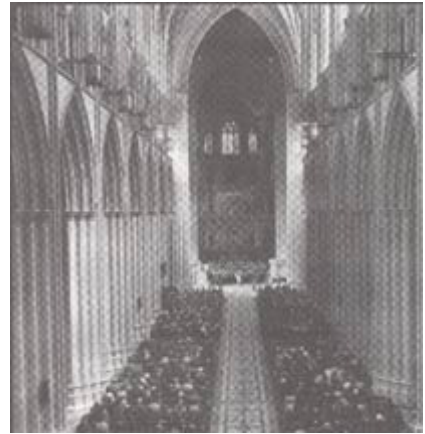
IDENTIDAD

Fundamentalmente, los anglicanos somos cristianos que adoramos según alguna edición autorizada de *El Libro de Oración Común* y estamos en comunión con la sede de Cantórbéry (la cátedra o jurisdicción de unobispo). Somos una iglesia mundial compuesta de muchas culturas. Dondequiera que nos hallemos, nuestra identidad es como una comunidad de práctica [religiosa]. Estamos unidos por nuestra liturgia. Para decirlo simplemente, la mejor manera que tenemos de ser percibidos es como la tradición de un libro de oración. La ortodoxia para nosotros es el culto correcto. Los problemas teológicos y éticos se resuelven mediante decisiones que afectan la liturgia, más bien que la doctrina.

A través de los años, en nuestro llamado constante a ser fieles, hemos revisado *El Libro de Oración Común* y hemos reformado nuestro culto. Con frecuencia esto ha sido doloroso y difícil, porque nuestra liturgia es el alma de nuestra identidad como pueblo cristiano.



En otras ramas del cristianismo, las decisiones de concilios, los escritos de teólogos individuales, los catecismos, las declaraciones confesionales de doctrina, las interpretaciones peculiares de la Biblia, o formas de gobierno tienen una significación que resulta desconocida para los anglicanos. Si alguien quiere saber lo que los anglicanos creen respecto a problemas de la fe y de la vida, deben acudir al *Libro de Oración Común* y empeñarse en el proceso de interpretar ese documento.



Los cambios en el desarrollo histórico de la fe y práctica cristianas se expresan mediante revisiones de ese libro de oración. El actual *Libro de Oración Común* es el libro de oración anglicano más representativo en la historia de nuestra Iglesia Episcopal. Al proporcionar unidad en lo esencial, permite la diversidad y la flexibilidad en los temas no esenciales, y al centrarse en amar a Dios y en amar al prójimo como Dios nos ama, manifiesta importantes elementos de nuestra tradición.

Para los anglicanos, por tanto, la respuesta a la pregunta, «¿qué es ser un cristiano anglicano?» es, «venga, adore y trabaje con nosotros», es decir, únase en la liturgia. Otros, como primera providencia, podían invitar a los que les pregunten, a estudiar la Escritura o explorar la doctrina, pero nosotros reservaríamos estas actividades para después, como medios auxiliares en nuestra reflexión sobre la experiencia del culto y el ministerio. Por consiguiente, *El Libro de Oración Común* será fundamental para toda la catequesis episcopal y un recurso básico para cualquier currículo que preparemos.

AUTORIDAD

Al igual que todos los cristianos, nuestra autoridad suprema es el Dios trino. Dios el Padre, creador de cielo y tierra, de todo lo que existe, visible e invisible; Dios el Hijo, autor de nuestra salvación y cabeza de la Iglesia; y Dios el Espíritu Santo, Dios obrando en el mundo y en la Iglesia, conduciéndonos a toda verdad y capacitándonos para crecer a semejanza de Cristo, un Dios en gloria sempiterna.

Los anglicanos tradicionalmente han funcionado con una comprensión difusa de la autoridad; es decir, hemos señalado tres fuentes de autoridad interrelacionadas: la Escritura, la tradición y la razón, cuya naturaleza y mutua relación puede ser difícil de comprender. Tal vez lo

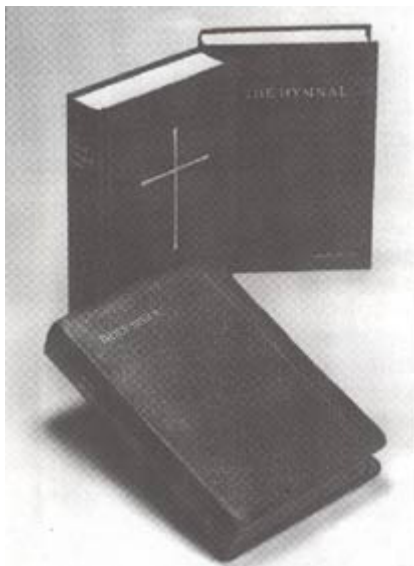
mejor que podemos hacer al respecto es usar una metáfora: la relación entre la Escritura, la tradición y la razón es como la relación entre las tres personas de la Trinidad.

LA ESCRITURA

Los anglicanos tenemos un concepto muy alto de las Sagradas Escrituras, pero no las consideramos la autoridad final en todos los asuntos, ni afirmamos que todo lo que en ellas se encuentra es obligatorio para nosotros. Somos una tradición bíblica, pero no sostenemos ninguna doctrina de supremacía bíblica, inspiración literal, o infalibilidad verbal. Si bien no aceptamos las Escrituras como nuestra única autoridad o guía, sí creemos que proporcionan a la Iglesia los criterios fundamentales de su enseñanza y la principal fuente de orientación para su vida, en términos de principios y normas.

Creemos que las Sagradas Escrituras son la Palabra de Dios. Es decir, que contienen la revelación de Dios, que Dios inspiró a sus autores humanos y que Dios aún nos habla a través de ellas. Interpretamos su sentido con la ayuda del Espíritu Santo que orienta a la Iglesia en su verdadera interpretación (LOC, 1979, El catecismo, pp. 705-723). Estas Escrituras, si bien no son un texto que ofrezca juicios definitivos sobre todas las cuestiones o problemas morales o teológicos, contienen todo lo que es necesario saber o creer para nuestra salvación.

Las Escrituras tomadas como un todo son fundamentales a la revelación de Dios. Cada parte ha de oírse en relación con todas las otras partes y nada ha de aceptarse literalmente, ni entenderse de una manera legalista, ni seguirse a ciegas. El cristianismo es la religión de una persona -Jesucristo- y no de un libro. Porque esto es así, se le da una autoridad especial a los Evangelios, que contienen la narración sobre la vida, muerte y resurrección de Jesús, así como



sus enseñanzas. Aunque Cristo es la cabeza (mente y corazón) de la «Iglesia, que es su cuerpo» (Ef. 1:23), él no pretendió conocer del todo la mente de Dios (Mr 13:32). Sin embargo, él sí prometió que «el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que os he dicho» (Jn. 14:25-26).

Si bien existe un elemento unificador en las Escrituras, hay también una gran diversidad de opinión. Todas y cada una de sus proposiciones están históricamente condicionadas y en

contextos específicos. Las Escrituras son un documento literario e histórico, que requiere un examen e interpretación críticos.

Las Escrituras surgieron de la experiencia de una comunidad que creía que Dios había estado y estaba presente y activo en medio suyo, de manera misteriosa pero clara. A partir de una tradición oral, el pueblo hebreo y la Iglesia gradualmente compilaron y desarrollaron sus textos sagrados y establecieron un canon final inalterable que sirviera de vara de medir o norma para la vida cristiana de fe. Sin embargo, se suponía que estas Escrituras fueran interpretadas y reinterpretadas una y otra vez a la luz del conocimiento y experiencia contemporáneos en el seno de una comunidad creyente y adorante abierta a que el Espíritu de Dios la guíe a una nueva verdad.

LA TRADICION

Nuestro reconocimiento anglicano del papel adecuado de la tradición en discernir la mente y voluntad de Dios, se fundamenta en la certeza de que las Escrituras mismas son el producto de la tradición. Como escribió San Pablo, «porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí» (I Co.15:3). Una tradición oral y las liturgias y prácticas de la Iglesia primitiva se usaron en la formación de las Sagradas Escrituras.

Puesto que estas Escrituras no hablan claramente de todos los asuntos, y por su naturaleza requieren de interpretación, la sabiduría de la Iglesia a través de la historia siempre ha sido una guía importante para nuestra actual vida de fe.

La tradición, por supuesto, es mucho más que la historia de la interpretación y aplicación de la Escritura. La tradición se expresa también en las liturgias de la Iglesia con sus propios, colectas y salmos especiales, lecciones y prefacios, y predicación. El papel de la tradición es ser guardián y testigo de la Escritura, especialmente mediante el culto, por lo cual proporciona un recurso progresivo para discernir la mente y la voluntad de Dios. Sin embargo, así como la Escritura moldea la tradición, la tradición continuamente moldea la Escritura.

Los anglicanos prestan especial atención a los primeros cinco siglos después de Cristo -los años formativos de la Iglesia en los cuales se estableció el canon de la Escritura-, a los siete concilios ecuménicos [que se celebraron] durante ese período, y a los credos, así como a la

«Jesús como educador ha fundado para nosotros la verdadera vida y ha efectuado la educación de aquel que habita en Cristo».

Clemente de Alejandría en Christ

The Educator, Simon P. Wood, traducción de Catholic

obra de teólogos clásicos, los «Padres de la Iglesia», y sus modos diversos e imaginativos de interpretar la Escritura.

Los *Artículos de Religión* de 1571 y nuestros diversos catecismos, mejor comprendidos como comentarios históricos de la Escritura y los credos, y otros documentos históricos tales como los prefacios a las numerosas ediciones del *Libro de Oración Común*, son también parte de nuestra tradición; una tradición que no es ni católica romana ni reformada, sino deliberadamente inclusiva de elementos tomados de ambas.

Así como la Iglesia no es infalible, la tradición también debe ser interpretada y abierta a los cambios. De aquí que sea importante reconocer que nosotros los anglicanos somos un pueblo que en nuestro bautismo se nos incorpora a una tradición viva, establecida por una comunidad de fe que reflexiona continuamente sobre su experiencia.

LA RAZÓN

Nuestro énfasis anglicano sobre el papel decisivo de la razón en el discernimiento de la mente y voluntad de Dios se basa en nuestra conciencia de que la experiencia y la reflexión humanas sobre ella son fundamentales, tanto para la Escritura como para la tradición. La gracia

**«El impulso religioso no
arbitrado por la razón me
aterra, y me parece que
siempre tenemos que mediar
entre las emociones, el
cuerpo,
la razón. De manera que
aunque la teología sistemática
no podría motivarme en
modo
alguno, me gusta su
existencia,
del mismo modo que me
gusta**

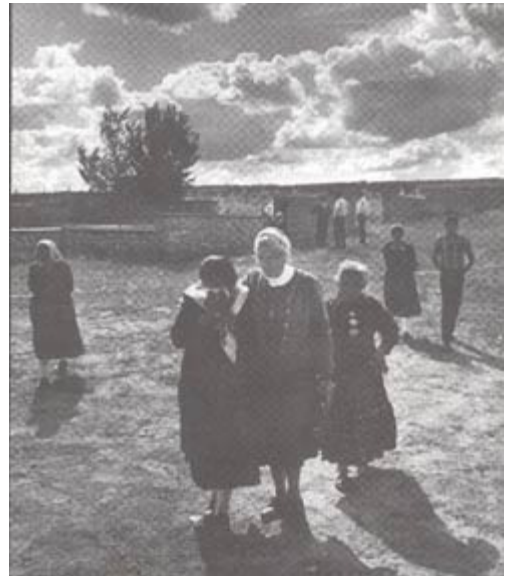
de Dios ha estado siempre presente en nuestra razón, haciendo posible que el Espíritu de Dios nos conduzca a la verdad. Por tanto, podemos recibir y comprender la revelación de Dios en la Escritura, la tradición y la experiencia mediante la razón.

Si bien la razón no es infalible y necesita del juicio de la Escritura y la tradición, sigue siendo el medio dado a nosotros por Dios para juzgar la Escritura y la tradición y discernir la obra del Espíritu de Dios en la experiencia presente.

Las tradiciones proféticas e históricas de las Escrituras enfatizan la rememoración de relatos, el aprendizaje de los mandamientos, la repetición de la historia y otras cosas por el estilo. La tradición sapiencial nos conduce a un modo de pensar significativamente diferente, pensamiento que es una reflexión sobre la experiencia. La tradición sapiencial afirma que la creación es confiable porque Dios la hizo. Podemos confiar en la experiencia humana porque

somos creados a imagen de Dios. Debemos escuchar y tomar seriamente la creación y la experiencia en discernir la voluntad y los caminos de Dios.

La triple naturaleza de nuestra concepción anglicana de la autoridad y de la interconexión de Escritura, tradición y razón cuando se aplica a discernir la mente y la voluntad de Dios, no puede menos que dar lugar a una tensión creadora dentro de la vida de la Iglesia. Por tanto, la Iglesia debe mantenerse unida finalmente por la autoridad del amor, o como San Pablo nos advierte, hemos de vivir una vida «con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz» (Ef. 4:1-3).



POSTDATA

A fin de mantener esta concepción triangular de la autoridad, la Iglesia Episcopal, a lo largo del tiempo, ha arreglado su vida en torno a un conjunto de actitudes y preferencias representadas por un caleidoscopio siempre cambiante de individuos y grupos. Si bien cada una de ellas afirma los papeles propios de la Escritura, la tradición y la razón, apareció una comunidad evangélica para recordarnos la importancia de la Escritura, una comunidad anglocatólica para recordarnos la importancia de la tradición, una comunidad liberal para recordarnos la importancia de la razón, y una comunidad de la Iglesia amplia para recordarnos que si cualquiera de los otros llega a ser dominante y excluye a los demás, caemos en las herejías del biblicismo, el tradicionalismo o el racionalismo.

En tanto cada una de estas tendencias tiene una contribución esencial que hacer, ninguna puede dominar o disminuir la importancia de las otras. Cada una debe considerar seriamente las concepciones de las demás. Cada una debe escuchar atentamente a las otras y reflexionar seriamente sobre sus convicciones. Cada una debe creer que las otras pueden conocer el pensamiento y la voluntad de Dios de un modo más completo que ellas. Cada una debe estar abierta a la obra del Espíritu Santo y dispuesta a cambiar sus convicciones si la comunidad tiene un nuevo discernimiento. Y cada una debe comprometerse a mantener la unidad de la Iglesia. Como San Pablo nos recuerda, el cuerpo de Cristo se compone de muchas partes, cada una de las

cuales tiene necesidad de las otras si el cuerpo ha de ser sano (1 Co. 3 y 12). Y nunca debemos olvidar que San Pablo trabajó entre todas sus congregaciones para conseguir su apoyo económico para la Iglesia de Jerusalén, a pesar de sus diferencias teológicas (2 Co. 8 y 9).

LA ESPIRITUALIDAD

La espiritualidad anglicana, nuestra concepción de cómo enfocamos nuestra relación con Dios y maduramos en una relación amorosa cada vez más profunda con él y, por ende, con nosotros mismos y con nuestro prójimo, tiene numerosas características.

Litúrgica y bíblica

La espiritualidad anglicana se arraiga en la oración comunitaria diaria: la oración matutina, la oración al mediodía, la oración vespertina y las completas tal como se encuentran en *El Libro de Oración Común*. En el intento de definir nuestra relación con Dios, estos oficios diarios se inspiran en la Escritura, y la Escritura predomina en su contenido. El tuétano de los oficios diarios, especialmente la oración matutina y vespertina, es la lectura ritual de la Escritura y la meditación piadosa de los salmos. Somos una tradición que cree en una disciplina diaria de oración ritual y formal y en el escudriñamiento devoto de la Escritura. La espiritualidad anglicana descartaría cualquier práctica espiritual que descuidara las Escrituras.

Comunitaria

La espiritualidad anglicana sostiene que la oración personal surge de la oración comunitaria. Las oraciones comunitarias del *Libro de Oración Común* nos enseñan a orar y los motivos para orar. El calendario de la comunidad designa a personas para que sean recordadas como modelos a imitar para nuestras vidas espirituales. Asimismo, antes de que la Iglesia reunida en concilio tome decisiones, la comunidad se reúne en el contexto del culto, la oración y la meditación de la Escritura para que el Espíritu Santo pueda inspirar e influir nuestras acciones. Somos propensos también a tratar de llegar a un consenso más bien que decidir por votaciones,



escuchando devotamente la interpretación de otros (especialmente los menos importantes de nosotros) más que tratando de convencerlos de que nuestra interpretación es la voluntad de Dios. Además, se supone que la experiencia y el discernimiento religioso personales deben ser confirmados al menos por alguna otra persona. Cualquier interpretación individualista o particular de la vida

espiritual sería antitética a la espiritualidad anglicana.

Sacramental

Los anglicanos entienden los sacramentos como signos externos y visibles de una gracia interna y espiritual dada por Cristo como medios seguros y ciertos por los cuales recibimos esa gracia. Los dos grandes sacramentos son el bautismo y la Eucaristía. A través del bautismo Dios nos adopta como hijos y nos hace miembros del cuerpo de Cristo. La norma o criterio del bautismo del creyente en *El Libro de Oración Común* nos recuerda que el bautismo no es mágico, sino que exige una respuesta moral, y que ha de ser un acto maduro de fe. La ratificación del bautismo infantil en el libro de oración, como una legítima excepción a esa norma, nos recuerda que la fe de la comunidad nos precede, que la gracia de Dios se nos da antes de que respondamos, que siempre vivimos en la realidad de nuestro bautismo (de aquí la renovación bautismal), y que la participación en los sacramentos nos ofrece el don de la fe. Enfatizamos también la importancia de la Eucaristía semanal. Mediante nuestra participación en este acto somos reconstituídos como el cuerpo de Cristo, infundidos de la vida de Cristo y facultados a ser la presencia de Cristo en el mundo. Cada semana volvemos a experimentar de nuevo la vida en el reino de Dios, donde todo el mundo es restaurado a la unidad con Dios y de los unos con los otros en Cristo, y donde la voluntad de Dios se conoce y se hace, de manera que podemos regresar a nuestras vidas y quehaceres diarios y funcionar como señal y testimonio de la realidad del reinado de Dios. Nuestra espiritualidad sacramental inspira nuestras convicciones, de manera que así como Cristo es el sacramento de Dios, la Iglesia ha de ser el sacramento de Cristo en el mundo. Esto implica que nuestra espiritualidad combina lo contemplativo y lo activo en una espiritualidad que se relaciona con nuestra vida social, política y económica.

Pastoral

En *El Libro de Oración Común* hacemos hincapié en la celebración y bendición del matrimonio, la acción de gracias por el nacimiento o la adopción de un niño, la reconciliación de un penitente, la ministración de los enfermos, y la ministración a la hora de la muerte. Estos énfasis, junto con las intercesiones que regularmente hacemos en el culto y nuestras promesas bautismales, sostienen una espiritualidad que afirma que nuestra relación con Dios se mide por nuestra relación con nosotros mismos, con nuestro prójimo y con el mundo natural. La oración como devoción a Dios y la oración como servicio al



prójimo necesitado indefectiblemente van juntas.

Encarnacional

Nuestro énfasis anglicano en la entrada de Dios en la vida y en la historia humanas ha influido en que nuestra espiritualidad sea terrenal. Creemos que lo extraordinario ha de encontrarse en lo ordinario. Afirmamos la vida en este mundo y creemos que el cuerpo, el placer y la realidad material son buenos. Del mismo modo, el mundo natural es una buena dádiva de Dios para nosotros. Lo que importa es lo que hacemos con estos dones. Porque son buenos, necesitamos honrarlos y cuidar de ellos. Por tanto, cuidar de la salud física y atender a la ecología son aspectos de nuestra vida espiritual; así también lo son la diversión y el placer.

Mística

Históricamente, en la espiritualidad hay dos interpretaciones relacionadas con nuestra búsqueda humana de la experiencia de la unión con Dios: el pietismo y el misticismo. El pietismo hace hincapié en lo inmediato, lo emotivo, la experiencia sensorial de Dios y la seguridad de la elección divina. El misticismo describe un viaje largo y lento en la unión con Dios mediante la disciplina espiritual y la oración. La espiritualidad anglicana siempre ha tenido una inclinación hacia el misticismo.



TEMPERAMENTO

El temperamento se refiere al modo característico de pensar y comportarse de una tradición. El temperamento anglicano es amplio, ambiguo, receptivo, intuitivo, estético, moderado, naturalista, histórico y político. A continuación se incluyen descripciones de algunos aspectos de este temperamento.

Amplio

Los anglicanos afirman un principio de amplitud o la *via media* (literalmente, nada exagerado o la posición intermedia), es decir, la convicción de que toda verdad se conoce y se guarda manteniendo la tensión entre dos verdades opuestas. Este principio se ejemplifica en la convicción de que Jesús fue plenamente humano y plenamente divino, en la concepción anglicana de ser plenamente protestante y plenamente católico, y en el deseo de mantener en tensión la libertad personal y la responsabilidad comunitaria para evitar así tanto la anarquía como la tiranía. Por consiguiente, los anglicanos sostienen tanto lo sagrado como lo secular; la realidad material como la no material; la iluminación especulativa de la mente como la

iluminación afectiva del corazón; la posibilidad de una experiencia directa e inmediata de Dios así como de la experiencia indirecta y mediata; y tanto la inmanencia como la trascendencia de la Divinidad. Además, este principio ofrece un modo de resolver lo que pueden parecer graves desacuerdos. Por ejemplo, los anglicanos afirman que incorporamos nuestro bautismo al hacernos lo que ya somos. Este punto de vista permite afirmar dos creencias en conflicto, es decir que nos son dados todos los beneficios en el bautismo y que debemos hacer algo después del bautismo para alcanzar los beneficios que recibimos por medio de éste.



Ambiguo

Afirmar lo ambiguo implica que cuando nos enfrentamos con experiencias nuevas o problemas complejos seamos receptivos a varias interpretaciones y mostremos una disposición de vivir con alguna incertidumbre de significado e intención hasta que se haya dado con una solución. Esto no significa que no nos ocupemos o que nada realmente nos importe; pero sí significa que afirmamos una apertura para experimentar y creer en la capacidad desarrollada de ser sensible y de aceptar lo que nuestros sentidos nos dicen, incluso cuando estas cosas no se ajustan a categorías rigurosamente establecidas, es decir, que son ambiguas, incomprensibles u oscuras. Los anglicanos pueden tolerar un poco de desorden y no necesitan tener todo resuelto o establecido de inmediato. Con una sensibilidad acusada tendemos a ser más inductivos y pragmáticos que deductivos y sistemáticos. Estamos dispuestos a vivir con experimentos y errores como medios para establecer la verdad y no tener problemas con declaraciones aparentemente contradictorias que no obstante pueden ser ciertas, tales como «la fe es el don de participar en los sacramentos y la fe es necesaria para la recepción de un sacramento». Los anglicanos creen que el conflicto, cuando se maneja de una manera reconciliadora es saludable y no debe evitarse.

Esta capacidad de vivir con la ambigüedad nos ayuda a enfrentar situaciones en las cuales dos o más textos bíblicos, principios teológicos, o normas éticas, parecen lógicamente incompatibles. Cuando esto ocurre, podemos esperar pacientemente (ni evadiendo la situación ni enfrentándola), orar con espíritu de discernimiento, y escuchar con una mente receptiva hasta que el conflicto pueda resolverse con la ayuda del Espíritu Santo.

Receptivo



Estimulamos un pensamiento indagador, inquisitivo y razonable abierto siempre a percepciones nuevas. Escuchamos atentamente a todo el mundo, buscamos sabiduría en todas partes, tomamos en serio el mundo secular y su obra, y reconocemos que el saber contemporáneo no está necesariamente en conflicto con la fe, y ciertamente puede brindar sabiduría. Sostenemos una fe razonada.

Intuitivo

Sin llegar a ser nunca anti-intelectuales, los anglicanos estamos más familiarizados con el modo intuitivo de pensar y conocer. Preferimos el arte a la filosofía y nos sentimos más a gusto en el mundo del símbolo, el mito y el ritual que en el de la teología; más cómodos con la liturgia que hace uso de las artes (teatro, danza, música, artes visuales y poesía) que con la prosa discursiva. Reconociendo que la naturaleza y la sociedad humanas resultan más profundamente motivadas por imágenes que por ideas, tendemos a enfatizar la imaginación manteniendo en tensión la conciencia objetiva y las ideas racionales con la conciencia subjetiva y las impresiones no racionales.

Estético

La relación entre la verdad, la bondad y la belleza radica en que la presencia de una de ellas es juzgada por la presencia de las otras dos. En tanto algunas tradiciones comienzan con la verdad o la bondad, los anglicanos hemos hecho de la belleza el puente para la verdad y la bondad. Sentimos un profundo respeto por la belleza de la santidad, y creemos en ella. Por consiguiente, el dinero que se gasta en la belleza de cualquier forma se justifica porque ese es nuestro modo de abogar por la verdad y la bondad. Nuestras iglesias pretenden ser obras de arte y hacemos todo lo posible para garantizar que las artes que se usan en ellas sean de calidad. Los artistas siempre se han sentido acogidos en nuestras congregaciones y siempre han desempeñado un papel significativo en nuestro culto y vida comunitaria.

Moderada

«La tarea social más importante de los cristianos es ser nada menos que una comunidad capaz de formar a personas con virtudes suficientes para dar testimonio de la verdad de Dios en el mundo».

*Stanley Hauerwas en
A Community of Character,
University of Notre Dame
Press,
1981*

Los anglicanos creen que son llamados a vivir una vida piadosa (para dar testimonio de la imagen divina en nosotros), justa (para vivir en buenas relaciones con Dios y el prójimo) y sobria. Eso significa que los anglicanos suelen evitar la extravagancia, los extremos, y el exceso en cualquier aspecto de la vida, el pensamiento o la emoción personales. Somos un pueblo de moderación y comedimiento que proyecta un enfoque templado, equilibrado y razonable de la vida. Se trata de una vida en la cual la oración, el trabajo, el estudio y el juego tienen un ritmo.

Naturalista

Reverenciamos los ciclos naturales de la vida en la tierra, las estaciones y sus cambios, el mundo natural y la creación, y nos regocijamos en ellos. Siempre nos hemos enorgullecido de usar flores naturales y velas auténticas, y de rodearnos de cosas naturales en la iglesia. No sólo hemos afirmado la teología natural y la ley natural, medios por los cuales Dios ha hecho posible que todos los seres humanos tengan algún conocimiento de su voluntad y sus caminos, sino que siempre hemos tomado seriamente la contribución de las ciencias naturales a la vida humana. A través de los años, nuestros poetas nos han imbuido de una conciencia de la naturaleza y de la ecología.

Histórico

Tenemos un gran sentido de la historia y un deseo de preservarla. A veces esto nos lleva a convertir nuestras iglesias en museos, en vez de remodelarlas para el culto contemporáneo; pero sobre todo, ello nos ha estimulado a honrar el pasado y lo que podemos aprender de él, así como a luchar por mantener nuestras raíces en la historia y la cultura anglicanas. Esta conciencia histórica se manifiesta en nuestro interés por la sucesión apostólica como el modo de vincular la Iglesia con su pasado.

Político

Nuestra historia inglesa nos ha hecho una Iglesia política. Es decir, valoramos las virtudes cívicas y respaldamos el debate público, pacífico y libre como base para la unidad. Creemos que tal debate cívico debe alentarse y que la Iglesia es un lugar apropiado para participar en él. Hemos mostrado nuestro interés al asumir la responsabilidad de participar en la vida pública, y hemos aceptado posiciones de liderazgo en la política.

RESUMEN

La tradición anglicana en su mejor expresión tiene las características enunciadas anteriormente, pero hay que reconocer que no siempre nos describen a todos nosotros ni en todas las ocasiones. Sin embargo [esas características] son importantes para nuestro ministerio catequético. La liturgia siempre será fundamental como guía para la catequesis, su contenido y su proceso. Nuestra concepción de la autoridad dictará la importancia de estudiar la Escritura, pero también de interpretarla; de adquirir un conocimiento de la tradición y de como la Iglesia a lo largo del tiempo interpretó las Escrituras; y de aprender a usar la razón en nuestra búsqueda de la verdad, pero de tal manera que no se convierta en racionalismo puro, sino en reflexión piadosa. Nuestra espiritualidad habrá de abarcar tanto los objetivos catequéticos como los medios para lograrlos. El carácter de nuestro temperamento debe ser el mismo.



CHAPTER
6

**INSIGHTS FROM BIBLICAL
THEOLOGY**



UN LLAMADO A ENSEÑAR Y APRENDER

L



a Escritura y la tradición ofrecen importantes percepciones de la naturaleza de los seres humanos. Estas percepciones se construyen en torno a la existencia humana en la imagen del Dios trino y del llamado de Cristo a la condición de personas, y ambas son importantes para establecer fines y medios de comprensión para la catequesis.

Las doctrinas cristianas de la creación y la redención ofrecen una rica estructura para explorar la naturaleza de la existencia personal. Las narraciones de la creación que aparecen en el Génesis establecen que los seres humanos están intrínsecamente relacionados con Dios y los unos con los otros. La humanidad es incompleta antes de la creación de Eva. El Adán solitario no es plenamente humano. Adán y Eva se hacen humanos debido a su mutua relación. La humanidad está sólo en la imagen de Dios cuando se vive en una relación dialógica de mutualidad e interdependencia.

En el relato de la creación leemos, «hagamos la humanidad a nuestra imagen» (Gn. 1:26). En el Dios único hay algo análogo a una existencia comunitaria que después se desarrolla en la doctrina del Dios trino. La imagen divina exige una unidad social, así fue que Dios «varón y hembra los creó» (Gn. 1:27). Según prosigue el relato, la ruptura de relaciones con Dios y de los unos con los otros es el resultado de la libre decisión de los seres humanos de transgredir las fronteras establecidas de una sana relación con Dios y, por ende, de unos con otros. Es decir, la humanidad eligió liberarse de la dependencia de Dios al desear «ser como Dios, sabiendo el bien y el mal» (Gn.3:5).

En la creación, Dios hizo seres humanos «a imagen de Dios», una relación de dependencia y confianza en la cual los seres humanos somos receptivos a la presencia interior de Dios, y se nos da libertad de ser agentes creadores para discernir, con ayuda de Dios, cuál es su voluntad y designio para la totalidad de la creación y de la historia. Pero la humanidad fue infiel a esa relación pactada, deseando vivir a su albedrío sin ayuda de Dios: éste fue el pecado original y sobre el cual se sustentan todos los otros pecados.

En el misterio de la gracia de Dios, los humanos fueron creados como interlocutores de Dios, libres para responder lo que quisieran. Todo lo que los humanos hacemos, a los demás y a nosotros mismos, es en efecto una respuesta a Dios.

«Cristo es nuestra paz. En cada Eucaristía citamos estas palabras en su momento de mayor importancia. No se trata de una esperanza pía, o de una retórica vacía. El ha echado abajo la pared divisoria -entre Dios y nosotros, y entre cada uno de nosotros entre sí».

En nuestra libertad podemos elegir si queremos o no vivir en una apropiada relación de dependencia con Dios. Podemos rechazar, negar o storsionar nuestra relación con Dios, pero no podemos eludir el estar en guna forma de relación.

NUEVA VIDA EN CRISTO

Cristo, la segunda persona de la Trinidad, es plenamente divino y pleamente humano. Cristo es la manifestación de la imagen de Dios en su plenitud. Jesús es la persona humana correctamente relacionada con Dios los demás. Ser plenamente humano a imagen de Dios es parecerse a Cristo. Jesús se hizo humano para que osotros pudiéramos llegar a ser divinos.

Mediante la gracia de Dios, nosotros los humanos emos recibido el don de la fe, y así podemos percibir elor inmerecido, perdonador y transformador de Dios, ue nos posibilita ser,santos y sanos y llevar vidas al estilo e Jesús.

Las respuestas personales a la gracia de Dios se proucen en la forma de conversiones múltiples, a nuevas ealtades, a nuevas convicciones, y a nuevos comprosos. sos. Algunas de estas experiencias se presentan como casiones memorables; otras no son más que un recoocimiento y una realización preliminares de experiencias largo plazo.

En cualquier caso, el llamado al discipulado no es un scurso individualista, sino un llamado a la comunidad, al uerpo de Cristo (la Iglesia) seguido por un momento de ecisión personal de iniciar una relación. Cuando Jesús dijo, «sígueme», él no se refería a elegir un modo de vida para uno mismo. Seguir el camino de Jesús es reconocer que no podemos hacerlo solos, y que no podemos controlar plenamente nuestras vidas. Somos criaturas dependientes que no podemos hacer nada sin ayuda de Dios y el apoyo de otros. Todas las pretensiones a la orientación independiente de uno mismo y la 'lusión de la autosuficiencia se han desbaratado. Somos un pueblo contento de vivir «fuera de control» porque confiamos en Dios.

SERES HISTÓRICOS

Somos un pueblo formado por una historia, la historia de Jesús. Ser discípulo significa compartir la historia de Cristo, participar en la realidad del gobierno de Dios. Aunque aún nos dirigimos hacia la muerte, ya la hemos experimentado; aunque la resurrección está aún en el futuro, ya participamos de la nueva vida en el reino de Dios. Somos un pueblo peregrino, en camino de ser_ lo que ya somos; y debido a la historia que nos forma, llevamos vidas congruentes con la convicción de que Dios es el Señor de la historia y de que con Dios todas las cosas son posibles.

Los humanos somos hechos por nuestra historia, y hacemos la historia. Somos influidos e influimos. Tomamos decisiones, dentro de ciertos límites, que afectan el estado de nuestro futuro



y el futuro de otros. Nuestras decisiones pasadas influyen en nuestro presente y en nuesrto futuro. Somos conscientes de que provenimos del pasado, de

que nos configuran decisiones y acciones pasadas de nosotros y de otros. Y sabemos que nos adentramos en un futuro abierto que estará configurado por decisiones que todavía no hemos tomado. Pero la buena nueva es que Jesús es nuestro Salvador. Jesús nos libra de ser víctimas de nuestra herencia y del medio ambiente. Hay un moda para que empecemos a renovamos, y si bien llevaremos con nosotros los productos externos de decisiones tomadas por nosotros y por otros en el pasado, internamente podemos, con ayuda de Dios, comenzar de nuevo.

«La misión debe verse como un acontecimiento cultural. Celebra lo que Dios ha hecho en Jesucristo por las mujeres y los hombres, y los llama a recibir y compartir el don de la gracia de Dios».

Orlando Costas en The

Las influencias de la herencia y el medio son sólo influencias, no son determinativos. No podemos hacer a otros cristianos contra su voluntad. Podemos, por ejemplo, ejercer influencia; el niño decide aceptar o rechazar esa influencia por sus propias razones, buenas o malas. Los padres saben que a veces sus hijos salen como ellos, y a veces no. Por esta razón Dios nunca juzgará a los padres por el modo en que salen sus hijos, tan sólo por el modo en que ellos se comportan como padres. La tragedia es que algunas personas dicen «no» o «sí» a nuestras distorsiones de la vida cristiana de fe y no a la vida cristiana de la fe misma. Peor aún, algunos nunca toman ninguna decisión en absoluto porque no les ofrecemos nada a favor o en contra de lo cual decidirse.



JESUS Y LA ENSEÑANZA

Otra singular percepción de la Escritura contribuye a nuestra comprensión de la catequesis, a saber, Jesús como maestro. Jesús llama a sus discípulos-compañeros, les promete convertirlos en personas capaces de buscar, llamar, formar y comisionar a otros de manera semejante.

En gran medida, Jesús enseña a sus discípulos mientras viajan juntos en lo que suele describirse como tradición itinerante en contraste con la tradición escolástica. En la primera fase ellos simplemente observan su vida y discuten lo que observan. Se espera que aprendan deberes específicos y que acepten determinadas responsabilidades. De manera que aprenden a hacer cosas antes de aprender el por qué [las hacen]. Participan en la vida cristiana de fe y la practican antes de entender su significado o sus implicaciones. La segunda fase incluye reflexión y conversación a fin de comprender. La tercera fase incluye un discurso significativo y un llamado a la acción.

En cada caso el discípulo-compañero es un participante activo, no un oyente pasivo. No se le exige una escolaridad o educación superior para comprender la enseñanza de Jesús. El no se valió de un lenguaje erudito o teológico técnico. Utilizaba metáforas y relatos, captaba la

imaginación, usaba ilustraciones, y hacía demostraciones. El vivía lo que enseñaba; sus palabras y acciones eran congruentes. No le pedía nada a sus estudiantes que él no lo hiciera primero.

La enseñanza de Jesús no se basaba en la memorización, la repetición, y la recitación, sino más bien en respuestas espontáneas y creativas a situaciones y experiencias. El entremezclaba las experiencias de la vida cotidiana en su doctrina y reflejaba las experiencias de la vida. Y la autoridad con que enseñaba era su vida misma. Cualquier ministerio catequético en el nombre de Jesús debe tomar en serio su ejemplo.

CAPÍTULO

7

PERCEPCIONES DE LA PSICOLOGÍA



UN LLAMADO A ENSEÑAR Y APRENDER

Resultan valiosas las percepciones de la psicología, las otras ciencias sociales y la pedagogía. Sin embargo, no debemos 'maginar que cualquier escuela de pensamiento o [cualquier] teoría es suficiente o que debe aceptarse de manera acrítica. Lo que sigue son breves resúmenes de unas cuantas percepciones que podrían ser de utilidad en la planificación de la enseñanza y el aprendizaje.



La psicología centra su atención en personas individuales y su conducta. Mientras prosigue el debate sobre las influencias de la herencia y el medio ambiente, debemos convenir en que ambos ejercen una influencia significativa sobre nuestras vidas. La naturaleza de esa influencia se complica por el hecho de que la mente de las personas interactúa con su medio y acaso con influencias genéticas, haciendo que el grado de influencia resulte difícil de determinar. Además, si bien pueden hacerse generalizaciones y son útiles, no es útil establecer universales tocante a la conducta de los individuos. Sin embargo, varias escuelas de psicología ofrecen percepciones que pueden resultar útiles para la catequesis.

La psicología desarrollista pretende describir etapas y procesos transicionales de madurez en las personas. Se interesa en la manera característica que tienen los individuos de comportarse a lo largo de su ciclo vital. El enfoque psicosocial del pensamiento desarrollista nos hace conscientes de la importancia de considerar las relaciones intergeneracionales para el desarrollo de la imagen de uno mismo y del papel social. Una implicación importante derivada de esta escuela es que la vida religiosa de nuestros hijos es significativamente dependiente de la que llevamos los adultos. Por consiguiente, es razonable llegar a la conclusión de que si nos interesan los niños, nos preocupará la vida de los adultos, poniendo énfasis en la enseñanza y aprendizaje de éstos, eligiendo con extremo cuidado a los que se asocien con los más jóvenes y los enseñen.

Freud nos enseñó que gran parte de la conducta humana

**«El cristiano es
llamado a
sentir y actuar como
una
persona integral. La
educación cristiana
que no
tome en serio la
conducta estilo de
vida
(de uno) simplemente**

está regida por motivos de los cuales somos inconscientes. La raíz de la angustia en el espíritu humano se encuentra en la niñez y en nuestras relaciones con nuestros padres. Eric Erickson tomó la teoría de Freud y la aplicó al desarrollo humano en maneras que son importantes para la catequesis.

Erickson observaba que, en el mantenimiento de la unidad de cuerpo y alma, había momentos especiales en el ciclo de la vida humana para el desarrollo de cualidades peculiarmente humanas. Cada una de estas [cualidades] se produce como resultado de la tensión creativa de dos fuerzas opuestas. Si bien estas [fuerzas] retornan una y otra vez, la manera en que se resuelven, cuando se enfrentan por primera vez, deja una huella significativa a lo largo de nuestras vidas. Es decir, cada etapa se edifica sobre la anterior. Por consiguiente, los relatos de nuestra vida son muy importantes. Ciertamente, el mantenerse en contacto con las historias personales nos ayuda a crecer. A las etapas y a la oposición de fuerzas de Erickson nos referiremos más adelante, pero primero debemos reconocer que varias culturas abordarán estas necesidades de modos diferentes.

Confianza vs desconfianza

Nuestra primera necesidad humana es amor, afirmación y apoyo. Esta necesidad perdura a lo largo de toda nuestra vida, pero el modo en que la enfrentamos en el primer año de vida afecta de manera significativa toda la vida posterior. Ciertamente, esas experiencias que conducen a la confianza o a la desconfianza con los seres humanos se traducen en nuestra capacidad de relacionarnos con Dios como amante y digno de confianza.

Autonomía vs vergüenza y duda

Durante la "terrible edad" de dos años, las personas expresan su voluntariedad y su "posesividad". En ese proceso, adquieren un sentido de identidad positiva o de identidad negativa y de inseguridad.

Iniciativa vs culpa

Durante los 3, 4 y 5 años de edad adquirimos la conciencia y se forman nuestros valores. Las personas aprenden que es aceptable tomar la iniciativa, seguir sus propias inclinaciones, asumir la responsabilidad de sus acciones; o aprenden a temer el tomar iniciativas personales y se convierten en personas dependientes, cuya moral se basa en el temor de ser cogidos en falta.

Industria vs. inferioridad

**«Todos nosotros
escribimos un
«libreto» que detalla
nuestro
modelo de vida. Hacemos
esto
muy temprano, influidos
por
nuestros padres, abuelos,
maestros que han
resultado
importantes, hermanos y
hermanas mayores o**

llegar a conclusiones prematuras.

Intimidad vs aislamiento

Poco después de formada nuestra identidad, podemos entrar en relaciones sanas con otros. A menos que hayamos adquirido una identidad propia positiva, nuestras relaciones con otros serán distorsionadas y tendremos dificultades en sostener relaciones amorosas y solícitas con los demás.

Iniciativa vs estancamiento

Durante la cuarta década de nuestra vida aprendemos lo que significa ser creativo, productivo y hacer contribuciones a la sociedad. Si no lo aprendemos, nos encerramos en nosotros mismos, concentrándonos fundamentalmente en nuestras propias necesidades, resultándonos difícil entregarnos a otros o a cualquier causa.

Integridad vs desesperanza

En el curso de los años posteriores aprendemos lo que significa ser sano e integral. Si no lo aprendemos, la vida se hará desesperada y sin objetivo o significado.

Erikson afirma la importancia del ritual, de la conducta simbólica repetitiva, y del juego, especialmente durante la infancia, para emprender estas etapas y el desarrollo humano.

Los que planifican la catequesis deben tomar en serio estas etapas y abordar los conflictos de cada etapa de un modo positivo.

Un enfoque constructivista para el desarrollo humano centra sus percepciones en el conocimiento, en cómo la gente aprende y cómo las estructuras mentales experimentan y construyen la realidad mediante la interacción de las personas y su medio. Piaget es el portavoz principal de este enfoque. Uno de sus criterios es que los niños no piensan del mismo modo que los adultos, y que si bien la edad es de alguna manera importante para comprender lo que las

Durante la infancia adquirimos las creencias, actitudes y habilidades fundamentales que son necesarias para la vida adulta. Es importante que adquiramos bien y que tengamos éxito. De lo contrario, las personas tendrán dificultad en actuar como adultos sanos y productivos.

Identidad vs. confusión de la identidad

Durante la juventud forjamos quiénes somos y la orientación de nuestras vidas. Buscamos algo a lo cual ser fieles. Esto toma tiempo y experimentación. Debemos evitar el

personas pueden hacer en términos de procesos cognoscitivos, hay etapas a través de las cuales los individuos pasan a su propio ritmo y en las que pueden llegar a trabarse si no los ayudan a hacer una transición a una etapa superior.

Los constructivistas han examinado los patrones generales del pensamiento: Kohlberg sobre el razonamiento moral, y Fowler sobre la fe (que se concibe como una actividad mental independientemente de cualquier contenido particular). Sus percepciones pueden ayudarnos a comprender por qué la gente se relaciona con el mundo y con la información de diferente manera, y cómo se les puede ayudar a madurar en el pensamiento teológico moral.

El interés de Kohlberg era el pensamiento y la toma de decisiones de índole moral. La moral es sobre todo un asunto de racionalidad. La justicia es el más elevado principio moral. El identifica tres niveles y seis etapas de razonamiento moral. Las personas pasan de una etapa a otra sin referencia directa a su edad cronológica. Una persona puede quedarse detenida en cualquier etapa.



Preconvencional

1. La orientación de la obediencia y el castigo. Deferencia egotista a un poder superior.

2. Orientación egotista ingenua. La acción correcta es lo que satisface las necesidades del yo y ocasionalmente las necesidades de otros.

Convencional

3. Orientación del niño bueno y de la niña amable. Orientación a la aprobación y a complacer y ayudar a otros.

4. Orientación a la autoridad y al orden social. Orientación a cumplir con el deber y a mostrar respeto por la autoridad.

Postconvencional

5. Orientación legalista contractual. El deber definido en términos de contrato; abstención general de violar los derechos de otros.

6. Orientación de consciencia o de principio. Orientación hacia los principios de elección que conllevan apelar a la universalidad y a la congruencia lógicas.

Más recientemente, Carol Gilligan encontró un prejuicio de género en una investigación previa sobre estas etapas y ha intentado ofrecer correctivos, basando su investigación en la disparidad entre la experiencia de las mujeres y la representación del desarrollo humano que se encuentra en la literatura psicológica.

La moral, desde la perspectiva de Gilligan, se arraiga en las relaciones y es fundamentalmente un asunto de compasión y atención. Las relaciones no violentas constituyen, en su opinión, el principio más elevado. Ella

«Dada la prueba, por mujeres y hombres, de diferentes perspectivas en la representación de la adultez, es necesario una investigación que elucida los efectos de estas diferencias en el matrimonio, la familia y las relaciones laborales. Mi investigación sugiere que los hombres y las mujeres pueden hablar diferentes idiomas que ellos suponen son los mismos, valiéndose de voces»

habla de tres etapas: la primera, una en la cual existe un tenue concepto del yo, y uno obedece todo lo que los otros le mandan. La segunda es una la cual la bondad conlleva el sacrificio de uno mismo; por tanto, uno debe hacer lo que la sociedad establece que es bueno para uno. Y la tercera, una en que las personas aceptan responsabilidad por sus propias decisiones y crean relaciones saludables mediante el cuidado de los demás y de sí mismas.

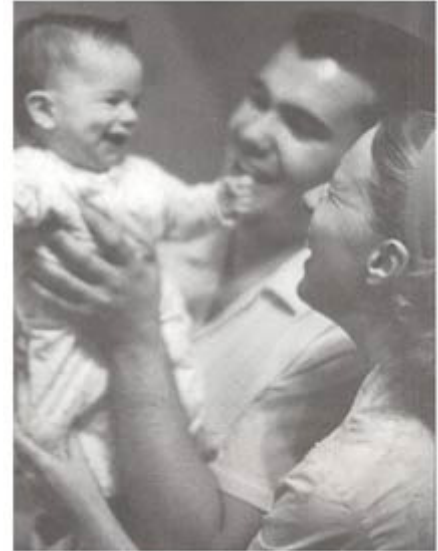
Fowler propone seis etapas de fe a través de las cuales transita una persona, en alguna de las cuales una persona puede detenerse.

1era. etapa: la fe intuitiva-proyectiva (aproximadamente a los dos años de edad o cuando comienza el uso del lenguaje). Las personas experimentan el nacimiento de la imaginación. La fe es imitativa y está llena de fantasías. Las personas están poderosamente influidas por experiencias, ejemplos, acciones, rituales y relatos. Si bien sólo los símbolos concretos y las imágenes pueden apelar a sus vías de conocimiento, habitan un mundo en el cual Dios está vivo en el universo y la vida es un milagro diario.

2da. etapa: la fe mítica-literal (entre los seis y los ocho años de edad). Las personas comienzan a incorporar el lenguaje de la narrativa y la metáfora sagradas. La tradición oral lentamente se convierte en tradición escrita. Aunque el conocimiento es concreto y literal, los niños llegan a ser capaces de concebir la realidad desde la perspectiva de otros. Dios comienza a adquirir una personalidad, y los individuos cobran conciencia de formar parte de una comunidad particular y comienzan a adquirir su estilo de vida.

3ra. etapa: la fe sintética-convencional (entre los once y los trece años edad). Las personas desarrollan la capacidad de pensar en categorías conceptuales, de hacer

generalizaciones y abstracciones, y de adquirir un sentido de la historia. Sin embargo, aunque el cuestionamiento y la búsqueda de la verdad comienzan a surgir, estas personas tienden a permanecer convencionales en sus ideas, reflejando las de su comunidad. Su pensamiento está signado por la concreción, la literalidad, y la unidimensionalidad de significado. Dios es visto en términos antropomórficos. La reciprocidad moral proporciona las bases intuitivas para una construcción de Dios y del modo en que éste se relaciona con el mundo. Muy gradualmente, se van creando fundamentos para el desarrollo ulterior de una teología y de una ética teológica, un sistema racional de creencias y prácticas.



4ta etapa: la fe individual-reflexiva (después de los dieciocho años de edad). Las personas comienzan a reflexionar de manera crítica sobre la tradición que han adquirido, en la medida en que toman seriamente el peso de la responsabilidad por sus propios cometidos, estilos de vida, creencias, actitudes y valores. Con una creciente confianza en la mente consciente, en el pensamiento crítico y en la razón, entran en una etapa demitologizante, marcada con frecuencia por la duda y el rechazo de creencias anteriores.

5ta. etapa: la fe conjuntiva. Las personas comienzan a retornar a maneras previas de ser religiosas, y comienzan a adquirir integridad, conservando la cohesión de la vida en términos de paradoja, ambigüedad y totalidad. Conscientes de las alternativas, pueden comprometerse con una convicción tocante a la verdad y a la vida cristiana de la fe, mientras se mantienen receptivos a otros sistemas de creencias. Esta etapa conlleva una combinación del poder simbólico con los significados conceptuales, así como el rescate y la reelaboración del pasado de uno. Aparece un nuevo aprecio de los símbolos, mitos y rituales.

6ta. etapa: universalización de la fe. Las personas trascienden la conciencia paradójica y la aceptación de las tensiones polares. Desaparecen las tensiones entre inclusividad y exclusividad. Hay una ampliación drástica de la perspectiva social, y un abandono místico del yo en Dios. Gabriel Moran ofrece otra descripción de tres etapas y seis momentos religiosos.

1. *Simplemente religiosa* (del nacimiento a los siete años)

a. Lo físico. La vida religiosa del niño pequeño es de inagotable misterio y de prodigio puro. Las interacciones y experiencias son la clave del aprendizaje.

**«Cualesquiera que sean
los
instintos religiosos que
yo
tenga, me hacen llegar
sus
mensajes mediante los
sentidos: las imágenes de
mi
vida religiosa, sus
sonidos, sus
olores, el tipo de
sensación**

b. Lo mítico (de ocho años al comienzo de la adolescencia). Las personas tienen experiencias religiosas intensas en un universo donde Dios y los dioses están vivos. Los relatos desempeñan un papel esencial en ayudarles a comprender esas experiencias

2. *Adquiriendo una religión* (a través de la adolescencia)

a. La creencia de nuestra gente. Surgen creencias específicas y prácticas reguladas. Las personas hacen preguntas y obtienen respuestas. Adquieren la religión de sus comunidades.

b. Incredulidad. Las personas comienzan a cuestionar y a dudar de las creencias recientemente adquiridas, porque son limitantes tanto en su forma como en su contenido.

3. *Religiosamente cristiana* (judía)

a. Parábola. Las personas trascienden la etapa de incredulidad y deciden poner su alma en algo, conscientes de que nunca podremos reducir la vida a un sistema racional.

b. Despreocupación. Las personas han llegado a reconciliarse con la vida y a amistar con la muerte. La vocación humana es vivir fielmente en una sana dependencia de Dios. El desarrollo moral y la formación de la fe se acaban de plantear como una progresión lineal de una etapa a otra. Otros [autores], tales como Linda Vogel en *Teaching and Learning in Communities of Faith* ("Enseñando y aprendiendo en comunidades de fe") no ven este desarrollo en etapas secuentes y jerárquicas (que progresan desde una fe primordial a una fe que se universaliza, pp. 49-51). Reconocen la complejidad del desarrollo humano y la posibilidad de experiencias transformadoras que pueden lanzar a una persona de una etapa de formación de la fe a una etapa posterior a la próxima. El desarrollo de la fe puede compararse a un bastidor de muelles: uno sigue el empuje de los muelles pero de una manera cíclica que implica que la experiencia de una «vuelta» del espiral se relaciona con las experiencias anteriores y posteriores a esa «vuelta».

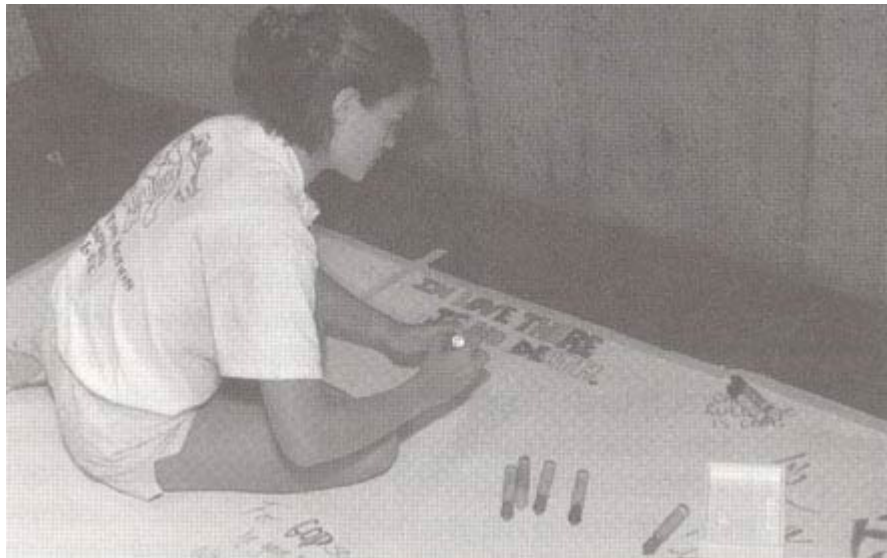
Un modo alternativo de describir y aplicar tales percepciones es imaginar la peregrinación cristiana como sendas -o vías- por las cuales las personas pueden viajar con otras. Por la *vía experimental*, el modo intuitivo de conocer y pensar resulta dominante. Nuestra relación con el mundo es de sujeto-a-sujeto (yo-tú), y la participación en las artes le da un papel preponderante al aprendizaje. La participación en los rituales de la comunidad y la adquisición de la historia de la comunidad son fundamentales. Las personas dependen de la comunidad para

su fe y su vida, y desean incorporarse a la vida de la comunidad. Este camino es completo y total para las personas con minusvalías mentales y ofrece una base para una profunda vida espiritual. Para aquellos que poseen otros dones y gracias, emerge naturalmente la duda y, si no resulta desalentada, echa las bases para encaminarse por la senda reflexiva.

«El gran modelo de todos los maestros, y ciertamente de todos los maestros que son directores espirituales, es Jesús mismo».

En la *vía reflexiva* el modo intelectual de pensar y conocer resulta dominante. Nuestra relación con el mundo llega a ser de sujeto-a objeto (yo-ello), y el interés en las ciencias (la teología) es fundamental para el conocimiento. La participación en el estudio, la discusión y la acción domina ahora a personas que buscan establecer lo que creen y a lo que quieren entregar sus vidas. Los individuos procuran independizarse de la comunidad en la medida en que se individualizan. Los que permanecen en la comunidad es característico que quieran producir cambios en ella. Cuando este modo de vida alcanza sus límites, tiende a aflorar la desesperación, y las personas se sienten motivadas a pasarse a la *vía integradora*.

En la *vía integradora* las personas se preparan para poseer su propia fe mientras ocupan su lugar en la vida de la comunidad. Habiendo abandonado los modos infantiles de la senda reflexiva, las personas se tornan como niños y regresan a incorporarse al camino experimental. Ahora integran los modos intuitivo e intelectual de pensar y conocer, se percatan de su interdependencia, sostienen la continuidad y el cambio, la libertad personal y la responsabilidad comunitaria.



Los niños, desde que nacen hasta los doce años (tal vez hasta mucho después) así como algunos cristianos nuevos independientemente de su edad, tienden a tomar la *vía experimental*. Los jóvenes desde tal vez los trece (y muchos jóvenes adultos) toman la *vía reflexiva* y pueden continuar por esa senda durante algún tiempo. La senda integradora resulta atractiva para algunos a partir de los últimos años de la veintena y mucho más tarde para la mayoría.

La *psicología de la personalidad* también es importante para la catequesis, especialmente para aprender y enseñar. La obra de Jung sobre la personalidad es fundamental para esta escuela de pensamiento, especialmente tal como ha sido interpretada en tipos de personalidad por Isabel Briggs Myers y Peter Myers, y en temperamentos por David Kiersey y Marilyn Bates. Nuestras personalidades, resultado de la herencia y del medio ambiente, influyen en el modo en que las personas se relacionan con su medio y con otros. A continuación reseñamos una explicación simplificada de los tipos de personalidad tal como ha sido desarrollada por estos teóricos:

La gente tiene dos modos contrastantes de acercarse al mundo y de obtener información del mundo. *Las personas sensuales* reciben información del mundo a través de lo que pueden ver, tocar, gustar, oler y oír. *Las intuitivas* se informan del mundo mediante la imaginación. Las personas sensoriales tienden, por tanto, a disfrutar de las aplicaciones prácticas, en tanto las personas intuitivas gustan de la concepción teórica.

También hay dos modos contrastantes de juzgar o evaluar la información que reciben las personas. Uno es *pensando*, mediante los procesos lógicos impersonales y objetivos, y el otro es *sintiendo*, por aprehensión personal y subjetiva.

La mayoría de la gente prefiere uno al otro y lo usan con mayor frecuencia, desarrollando así diferentes personalidades. Varias combinaciones de estos rasgos dan lugar a personalidades con diferentes intereses, valores, necesidades, hábitos mentales, estilos de aprendizaje, y así sucesivamente. Por ejemplo: las personas que son predominantemente sensoriales-pensantes se interesan fundamentalmente en hechos, y toman sus decisiones mediante un análisis impersonal. Las personas predominantemente *sensoriales-sensibles* abordan las decisiones con calor personal, están más interesadas en las personas que en hechos o deberes, y más preocupadas con experiencias inmediatas que con la reflexión sobre esas experiencias.

Las personas *intuitivas-pensantes* se concentran en las posibilidades, pero las enfocan de manera impersonal. Son lógicas e ingeniosas, y resuelven exitosamente los problemas. Son creadoras de nuevos sistemas de pensamiento y de modos de hacer cosas y tienen más preguntas que respuestas. Las personas *intuitivas-sensibles* no se concentran tanto en situaciones concretas cuanto en posibilidades, nuevos proyectos, nuevas verdades. Tienen el don de la palabra y son entusiastas y perspicaces.

Otra base para diferenciar tipos de personalidad es partiendo de las fuentes de energía de que se nutren las personas. El principal interés de los *introvertidos* se centra en el mundo interior de los conceptos y las ideas. Obtienen su energía de la soledad. En verdad, necesitan estar solos

para pensar y crear, pero expondrán sus ideas a otros en público. Los *extrovertidos* prefieren el mundo exterior de las personas y las cosas.

Obtienen la energía de la gente y estallan para desahogarse. Aprenden mejor junto con otros en una actividad o discusión de grupo.

La última preferencia tiene que ver con diferentes actitudes o métodos para relacionarse con el mundo. La gente *crítica* ordena su vida y necesita concluir algo para proseguir a otra cosa. No pueden aprender en un ambiente desordenado y toman decisiones con rapidez, pero también cambian de opinión rápidamente. La gente *perceptiva* simplemente vive su vida. Odian llegar a conclusiones, pueden aprender en medio de gran confusión, y toman decisiones con mucha lentitud, pero una vez que las toman, tienden a apegarse a ellas.

Como puede verse existen múltiples combinaciones de factores o preferencias que ajustan nuestras personalidades e influyen en la manera que tenemos de aprender. Sin embargo, parece haber cuatro estilos dominantes en que la personalidad afecta el aprendizaje.

Primer estilo

Están los que desean y necesitan un maestro experto. Aprenden mejor con conferencias, libros de texto y cuadernos de trabajo. Les gusta la rutina, las tareas y el barrenillo repetitivo. Quieren ser agradables, y se aprenden las cosas. Necesitan saber lo que se espera de ellos, y les gusta tener la razón. Son sensibles y estudiosos, y es un placer tenerlos en el aula, y con frecuencia se convierten en maestros.

Segundo estilo

Están los que desean y necesitan un maestro solícito. Son personas sensibles y joviales que necesitan experimentar la vida para aprender. Son activos, estudiantes competentes que rechazan las normas. Para ellos todo reside en el momento presente. Disfrutan participando plenamente en el aprendizaje activo como protagonistas y es característico que reclamen mucha atención. Es importante para ellos el trabajo en grupos pequeños, las actividades de equipo, y la interacción con personas y cosas, pero no les gusta apegarse a ninguna tarea durante mucho tiempo. Difíciles de enseñar y sobre todo incomprensidos, a menudo tienen problemas de disciplina y abandonan la escuela.

Tercer estilo

Están los que desean y necesitan un maestro orientador. Aprenden mediante el estudio individual, la experimentación, o la eliminación de errores. Como pensadores intuitivos, cuestionan todo y se interesan más en las preguntas que en las respuestas. Les gusta alterar las

reglas y son inconformes en pensamiento y acción. Curiosos e industriosos, pueden resultar exasperantes. Con frecuencia suelen ser solitarios y muy susceptibles a la crítica.

Cuarto estilo

Están los que quieren y necesitan un maestro que sea un modelo a observar e imitar. Este estudiante sensible e intuitivo tiene talento para el lenguaje y todas las artes. Siempre ávidos de identidad y en interacción con su ambiente, tienen una gran necesidad de hablar de sus experiencias. Desarrollan una gran imaginación. Emocionalmente, son hipersensibles y están más orientados a las actividades cooperativas que a las competitivas.

La mayoría de las personas enseña en un estilo afín con aquel en que aprendió. Si ésta no es la manera en que sus estudiantes aprenden más, deben tener alguna dificultad de aprendizaje o problemas de conducta. Esto implica que es importante considerar los centros de enseñanza con más de un maestro por clase. Otra posibilidad es permitir a los estudiantes que elijan a su maestro en lugar de asignarles un maestro. En cualquier caso, significa que los buenos maestros deben ser capaces de adaptar y variar su estilo de enseñanza para atender los varios modos en que la gente aprende.

La psicología del comportamiento es nuestra última escuela. B.F. Skinner es el portavoz de este punto de vista. El y otros opinan que los niños nacen vacíos de contenido psicológico, y llegan a reflejar su medio al igual que un espejo. Semejantes a pizarras vacías, los estímulos externos escriben sobre sus mentes. Los orígenes del autoentendimiento y de la conducta son estímulos del mundo exterior. Es decir, nuestra conducta está condicionada. A través de la observación, la imitación y las recompensas, estamos acondicionados a actuar y a pensar de la manera en que lo hacemos.

RESUMEN

El meollo de todas estas teorías es que el conocimiento se produce a través de la interacción humana con el medio. Algunos enfatizan en el medio ambiente, otros, en la acción humana; algunos se interesan en el intelecto, y otros, en el papel del inconsciente y los afectos; algunos hacen hincapié en la herencia y los instintos, otros, en las exigencias externas. Los maestros que participan de la catequesis deben considerar todas estas teorías y unir las en una concepción totalizadora del aprendizaje y el desarrollo

UN LLAMADO A ENSEÑAR Y APRENDER

La sociología se ocupa de la conducta humana social o de acción recíproca en grupos. Estudia los sistemas sociales y el comportamiento de los seres humanos en unidades



comunitarias tales como la familia y la congregación. Una de las más significativas contribuciones de la sociología a la catequesis es en el área de la teoría de sistemas. Si bien existen varias metáforas para [referirse al los sistemas sociales, una de las más interesantes es la

biológica. Un sistema social es dos o más organismos vivos relacionados entre sí por el propósito común de llevar a cabo un objetivo particular. Usando esta definición y una metáfora biológica, una familia, una escuela relacionada con la iglesia, y una congregación muestran las siguientes características necesarias.

Un sistema tiene fronteras, es decir, las personas saben si se encuentran dentro o no. Hay una clara comprensión de la pertenencia y sus responsabilidades. Una familia, una escuela o una congregación sanas necesitan fronteras fijas y bien establecidas. Sin embargo, las fronteras son como la piel; necesarios para la vida, pero si son demasiado cerradas, o demasiado abiertas, el sistema no sobrevivirá.

Un sistema tiene un carácter, una identidad, y la disposición a vivir de un modo peculiar susceptible de observación. Una congregación sana manifiesta sus tradiciones y su idiosincrasia, e incluso tiene una personalidad distintiva. Es inclusiva en términos de edad, género, raza, clase social, y otras características semejantes. Tiene un objetivo o comprensión claramente definidos de su misión, y hay una marcada correspondencia entre su misión explícita y su vida. Es una comunidad confesante.

Un sistema tiene un ciclo vital. Existe en la historia y responde necesariamente a su contexto histórico, pero también tiene una historia que ha influido y continúa influyendo en su vida. Como existe en la historia, experimenta cambios en su ciclo vital. En el principio un sistema tiene gran energía, entusiasmo y visión; según se adentra en la

«niñez» sus énfasis cambian a la vida comunitaria y a la formación de la identidad; durante la «adolescencia» se centra en la actividad, el programa y la experimentación; en la «adulthood», la estabilidad, la coordinación y la planificación ocupan su interés; en la «vejez» vuelve a la vida y la supervivencia comunitarias; entonces o renace y comienza todo el ciclo otra vez, o muere. Cuando las congregaciones cambian significativamente de tamaño, se reducen o crecen, experimentan la muerte y la necesidad de hacer un nuevo comienzo como un nuevo cuerpo. Lo que funcionaba o no funcionaba en el pasado puede o no puede seguir funcionando.

Un sistema tiene tamaño. Las congregaciones pequeñas, medianas y grandes manifiestan diferencias significativas en la manera de ordenar sus vidas. Por ejemplo, en congregaciones pequeñas las decisiones tienden a hacerse de manera informal. Se necesita menos estructura y organización. Las actividades son naturalmente intergeneracionales. Un programa catequético podría ser concebiblemente eficaz sin una escuela dominical.

Por otra parte, las iglesias grandes necesitarán revestirse de mayor formalidad en la toma de decisiones y en el programa. Se necesita una estructura y una organización superiores; puede ser útil un comité para planificar el ministerio catequético y tal vez un coordinador empleado para ese ministerio. Se necesitan pequeños grupos para el cuidado pastoral, la formación espiritual y la catequesis. El tamaño de la congregación afecta significativamente su ministerio catequético. Un sistema muestra una calidad de interdependencia, el resultado de conexiones entre las diversas partes. Cada parte del sistema está relacionada [con las demás]; todas las partes están conectadas y se afectan mutuamente. Cualquier cambio en cualquier parte de un sistema afectará su totalidad. Las personas se comportan de manera diferente y asumen papeles diferentes en familia, congregaciones y sociedades. Cuando las personas se enferman o abandonan el sistema, éste se ve afectado hasta que alguien asume el papel que desempeñaban, consciente o inconscientemente.

**«La oración nos equipa
para
la acción. Muchos de
nosotros tendemos a
correr
presurosamente a
ocuparnos
de las necesidades del
mundo sin consultar
primero
con el único que puede
hacerle frente a esas
necesidades. Marchamos a
la
guerra antes de recibir**

Un sistema puede estar sano o enfermo. Una congregación saludable no tolera una conducta codependiente o enérgica y pasiva al mismo tiempo, u otras manifestaciones patológicas; sino que más bien estimula la conducta autocrítica, la dedicación y la transformación, y las relaciones reconciliadoras y restauradoras. Es [en suma] una comunidad solícita.

Un sistema necesita nutrirse para vivir. El núcleo mismo de una congregación vital es su vida espiritual. Es una comunidad que está centrada en su relación con Dios. Una comunidad de oración y

estudio.

Un sistema debe protegerse de su medio ambiente. Es decir, necesita un sistema inmunológico; y si no lo tiene, se enfermará y morirá. Una congregación saludable necesita medios para resistir las influencias de la sociedad.

En un sistema son posibles los trasplantes, pero algunos prenden y otros no. Cuando se añaden personas y especialmente líderes laicos y clericales, algunos podrán sobrevivir saludablemente en el sistema y otros no podrán.

Por tratarse de organismos vivos, podría decirse que los sistemas son desordenados y misteriosos. Sin embargo, el reconocimiento de esas características puede hacer que su vida interna resulte más auténtica y útil.

Todos nosotros somos miembros de numerosos sistemas. Los humanos no somos

**«Si todo el cuerpo fuese
ojo,
¿dónde estaría el oído?
Si
todo fuese oído, ¿dónde
estaría el olfato? Mas
ahora
Dios ha colocado los
miembros cada uno de
ellos
en el cuerpo, como él
quiso.**

Porque si todos fueran

abstracciones que existimos en el vacío; sino que estamos inevitablemente relacionados con otros. Estas relaciones adquieren formas particulares en términos de familias, empleos, amistades, organizaciones, vecindarios, así como escuelas y congregaciones. Somos conocidos y moldeados por los sistemas de los cuales formamos parte; y por los grupos a los cuales pertenecemos. Nuestra filiación a sistemas particulares puede dificultar el asociarse con los de otros. Es importante escoger cuidadosamente esos

grupos a los cuales pertenecemos, y es importante pertenecer a aquellos grupos que sostienen una vidacomunitaria de fe.

Aunque podemos entrar y salir de ciertos sistemas, la militancia en algunos de ellos es indeleble -por ejemplo, en nuestras familias por nacimiento y la Iglesia por el bautismo. Porque nosotros, que nos llamamos cristianos, somos miembros de la Iglesia por virtud de nuestro bautismo, pertenecemos a la Iglesia por el resto de nuestras vidas. El único problema es si somos miembros fieles y responsables de la Iglesia o no. Podemos rechazar y distorsionar nuestra pertenencia al cuerpo de Cristo, pero nopodemos negarla. Nuestra única decisión real es cómo ejercer fielmente o no esta pertenencia. Nuestra relación en el cuerpo de Cristo no es más contractual de lo que es nuestra relación con nuestra familia de origen. Esa es labelleza de la metáfora biológica que San Pablo hace de la Iglesia (1 Co. 12:12-30).

El sistema, el cuerpo, es sano sólo cuando se reconocen, se aprecian y se estimulan los aportes de los diversos miembros. Somos llamados a apreciar la saludable tensión de la heterogeneidad de la que surge la creatividad.



Nuestras opciones individuales para la acción se relacionan con nuestros dones y gracias y con las oportunidades específicas para la respuesta fiel que nos permite nuestra circunstancia o posición, o con los papeles o situación que el cuerpo nos asigna. El seguidor de Jesús que experimenta un crecimiento personal y una transformación continuos escogerá repetidamente el modo de ejercer su responsabilidad para con los sistemas a los cuales pertenece. Si se reconoce la conexión de las partes de un sistema y se descarta el engaño de la separación, entonces la cuestión es dónde está la cabeza del cuerpo al que pertenecemos. Para los cristianos la respuesta es clara. Como escribe San Pablo: «El [Cristo] es la cabeza del cuerpo, la Iglesia; él que es el principio» (Col. 1:18).

Para los cristianos nuestro sistema primordial ha de ser nuestra relación con el cuerpo, y otros han de relacionarse con él. Del mismo modo, el sistema del cual formamos parte debe ser mayor que las congregaciones a las que pertenecemos; para los episcopales la mejor manera en que eso se expresa es en nuestra relación con una diócesis.

Si bien la Iglesia es un cuerpo único y por tanto diferente de todos los otros sistemas del mundo, estamos conectados con ellos y hemos de relacionarnos con ellos. Primero, la Iglesia necesita ser una comunidad autocrítica, reflexionando siempre sobre la fidelidad de su vida. Debemos ser una comunidad de resistencia, evitando las influencias insanas de otros sistemas.

Segundo, hemos de retirarnos del mundo, en nombre del mundo, para orar por él.

Tercero, nos separamos del mundo de manera que podamos luchar para formar una alternativa fiel para la vida y llegar a ser un signo de la vida en el reino de Dios.



Cuarto, hemos de participar plenamente en la sociedad para dar de este modo un testimonio de esa alternativa mediante la acción y el servicio sociales.

Finalmente, podemos promover cambios radicales en los sistemas del mundo al ejercer una presión directa en

favor de la justicia política, social y económica.

Todas estas [actitudes] son apropiadas, y desde un punto de vista de sistemas son mutuamente dependientes. Además, en congruencia con la teoría de sistemas, cualquier acción de cualquier parte del sistema afecta su totalidad. Todos los miembros del sistema no tienen que participar en todas estas actividades, pero nosotros sí debemos apoyarnos mutuamente mientras laboramos hacia un fin común.

Otra percepción de la teoría de sistemas es que todo sistema tiene un objetivo que se manifiesta característicamente en una declaración de misión y en una tarea fundamental. Lo que importa es que todo sistema mire su vida de un modo crítico y honesto, que defina tanto su objetivo como su tarea fundamental, y que luego trate de cerrar la brecha. Esto lo lleva a cabo viendo lo que el sistema hace, y cómo vive, corresponde y contribuye a sus objetivos manifiestos.

RESUMEN

Es importante examinar los diversos sistemas en que participamos para discernir cómo podríamos relacionarlos mejor. Un ejemplo excelente es la familia. Ningún sistema

ha cambiado más radicalmente que la familia. La familia es más pequeña y menos estable. Muchos están divididos por el divorcio y los nuevos matrimonios. Cada vez más los matrimonios unen a personas que no comparte una fe común ni un compromiso con comunidades de fe semejantes. La familia tiene menos influencia y control sobre sus miembros. Aumenta el número de familias de un solo padre. Tanto hombres como mujeres trabajan fuera del hogar, y los papeles del hombre y la mujer han cambiado. La familia es más movable y muchas más personas escogen quedarse solteras o permanecen solteras por un período de tiempo más largo. Muchas de las funciones de la familia, tales como la educación, las ofrecen ahora por sistemas pertenecientes a la sociedad tales como las escuelas. Los niños pasan menos tiempo con sus familias que nunca antes. Las familias viven cada vez más en ambientes urbanos y suburbanos. Las relaciones entre familia, comunidad, escuela e iglesia están cambiando. El sistema escolar tiene mayor influencia que en ningún otro momento de la historia. Y la influencia de la televisión es significativa. La Iglesia es más pequeña e influye menos en sus miembros y en la sociedad. Todo esto es para decir que la Iglesia tiene una seria responsabilidad de repensar su ministerio catequético a la luz de estos cambios sistémicos.

CAPÍTULO

9

PERCEPCIONES DE LA ANTROPOLOGÍA



UN LLAMADO A ENSEÑAR Y APRENDER

La principal contribución de la antropología a la catequesis es su interpretación de la cultura. La cultura es la interpretación aprendida y compartida que un pueblo tiene de la vida (cosmovisión o construcción social de la realidad), su modo de vivir (idiosincrasia o tendencias del comportamiento), y los artefactos resultantes. Todo el mundo tiene una identidad cultural, y a menudo participamos en varias culturas a un tiempo. Los grupos culturales pueden incluir, por ejemplo, subgrupos étnicos, raciales, lingüísticos, políticos, religiosos, socioeconómicos o familiares. Muchas personas tienen identidades culturales que toman elementos de varios grupos dentro de cada categoría, y la identidad cultural de uno puede variar a lo largo del tiempo, y de escenario en escenario. La comprensión de la cultura no sólo nos da una mayor percepción de la naturaleza humana, sirve también para promover el entendimiento entre individuos y grupos.

La cultura ha de diferenciarse de la raza y de la etnia. Si bien la raza no es una categoría científica, la sociedad norteamericana le ha concedido gran importancia social. Distinciones inadecuadas se han vinculado a características físicas tales como el color de la piel, la textura del pelo y la forma de los ojos. El racismo institucional tiene lugar cuando el acceso de un individuo a los recursos y al poder social se limita en base a características raciales. La meta de la catequesis es desarrollar conciencia y orgullo de la identidad racial, y conciencia y respeto por las diferencias raciales, sin el juicio del racismo.

«Una cultura religiosa debe ser, por naturaleza, vivificadora, abierta y libre».

George Carey en A Charter for the Church, Morehouse, 1993.

La etnia es una categoría social que se aplica a grupos de personas que se consideran, y son considerados por otros, como pertenecientes a una misma entidad por virtud del ancestro común, tradición cultural, origen nacional, historia, idioma o religión. Son ejemplos de ello los norteamericanos de origen hispano, los asiático-norteamericanos, los italoamericanos, los nativos norteamericanos o indios norteamericanos. Hay personas que pueden compartir la raza y no la etnia; por ejemplo, los afroamericanos y los norteamericanos negros de origen caribeño.

Estados Unidos es una sociedad pluralista compuesta de numerosos grupos étnicos. En el pasado, la mayoría de esos grupos étnicos eran de origen europeo, y si bien mantenían un sentido de identidad étnica, como hicieron los irlandeses, los italianos y los franceses, tendían a ser asimilados en una cultura euro-americana común. Ahora hay un creciente número de grupos

étnicos y culturales que no son de origen europeo y se proponen conservar sus identidades distintivas. Esto crea para la Iglesia no sólo problemas idiomáticos, sino también de estilos de culto y modos de aprendizaje y enseñanza.

Es importante diferenciar entre varios enfoques a la interacción de diversas culturas. El uniculturalismo afirma la superioridad de una cultura y la necesidad de que todas las otras sean asimiladas. El resultado es una sociedad cerrada. El multiculturalismo sostiene la conservación de distintos grupos conscientes de su identidad y separados unos de otros, pero relacionados de manera pacífica para fines comunes. Esto da lugar a una sociedad plural. Una tercera posibilidad es un interculturalismo, que sostiene la importancia de las comunidades conscientes de su identidad que se relacionan entre sí con tolerancia y apertura a la mutua influencia. Esto produce una sociedad abierta y la posibilidad de un biculturalismo o la mezcla de dos culturas distintas en una nueva. En la mayoría de los casos cuando la Iglesia usa la palabra «multicultural» no hace estas distinciones, pero apela al término para significar varias culturas que viven en estrecho contacto unas con otras.



Nos enfrentamos, pues, a numerosas subculturas que presentan variables que afectan la planificación catequética. Por ejemplo, existe la cultura de los grupos socioeconómicos (ricos y pobres) y la cultura de la geografía (tanto las diferencias regionales como las diferencias entre vida urbana, suburbana y rural).

LA CULTURA DE LA GEOGRAFIA

Las generalizaciones pueden ser insensatas y peligrosas. Si no se les toma demasiado en serio, pueden ayudarnos a comprender y a afirmar las diferencias que la geografía impone en nuestra manera de vivir. Por ejemplo, los antropólogos han descubierto que la cultura rural tiende a orientarse más hacia la tradición y es más resistente a los cambios. Los controles sociales tienden a reflejarse en las costumbres más que en leyes codificadas. Las relaciones sociales son duraderas y personales. Los papeles a desempeñar por edad y por género están rigurosamente prescritos, y la posición es inherente más bien que lograda. Hay rígidas estructuras de clases sociales, pero poca desorganización social (delincuencia, etc.). Es característica la desconfianza hacia los forasteros y 1 intolerancia hacia los que se desvían. La vida de la gente es

autosuficiente. Disfrutan de entretenimientos «populares», simples, que hacen énfasis en la participación. Hay un sistema familiar dominado por el hombre, y se tiene poco aprecio de la educación formal, pero sí en alta estima la participación en actividades de la iglesia.

La cultura urbana típica es de cierta manera diferente. Tiende a estar más orientada hacia el futuro y se caracteriza por continuos cambios y la ruptura de valores tradicionales. Leyes codificadas gobiernan la conducta, y agencias de control formales y complejas, tales como la policía y el departamento de bomberos, son integradas por voluntarios. Las relaciones son más transitorias, impersonales y anónimas. Hay una tendencia a eliminar las distinciones entre los papeles determinados por la edad y el género. Aumenta el individualismo y la desorganización social, y si bien hay un sistema de clases sociales más abierto, el éxito se torna cada vez más importante. Los entretenimientos más complejos y el aumento del número de los espectadores son característicos. La educación formal se considera importante, pero a menudo es inadecuada, y los pobres y las minorías la abandonan pronto. La participación en la vida de la Iglesia decrece, en tanto diversas asociaciones fraternales llegan a ser el contexto en el que las personas buscan una mayor intimidad. Por supuesto, en muchas ciudades hay enclaves étnicos que tienen las características de la cultura rural dentro de un contexto urbano.

La cultura suburbana también es diferente. Tiende a estar más orientada hacia la comodidad. Los controles sociales se reinvierten en el vecindario y la familia, en las comunidades étnicas, tanto rurales como urbanas. Sin embargo procura un vecindario de personas afines a los mismos intereses donde puedan hacerse amistades. La desorganización social, característicamente, es más personal que comunitaria. En la medida en que surge una clase social común se produce una gradual desaparición de las subculturas religiosa, étnica o racial. Aumenta el liberalismo. Hay una creciente participación en la educación formal y un énfasis en la calidad, así como una gran movilidad, y las iglesias que atraen personas son las que toman en serio sus necesidades sociales.



Para participar en un genuino ministerio catequético, necesitamos entender estas variables culturales, de manera que podamos hacer en ellas una contribución significativa y hacer que las congregaciones reflexionen de una manera crítica sobre ellas.

CULTURAS DE BAJO Y ALTO CONTEXTO



Otra importante variable cultural para la catequesis es lo que los antropólogos llaman culturas de alto y bajo contexto. El norte de Europa y Norteamérica son culturas de bajo contexto. Como tales conciben sus mensajes como explícitos, es decir, que las palabras son portadoras de un mensaje directo. Tales culturas son más visuales que verbales y ponen énfasis en la palabra escrita. No siendo muy táctiles, mantienen la privacidad del espacio, y las caracterizan el individualismo y el valor de la independencia y la confianza en uno mismo. Tienen una visión monocromática del tiempo y hacen énfasis en los horarios, la segmentación, la prontitud y las citas, celebrando reuniones en oficinas privadas. Sus vidas están dominadas por relojes y calendarios. Sostienen la compartimentalización y la especialización. El espacio se considera privado y funcional. Debido a que la mayoría de nosotros en la Iglesia Episcopal comparte este modo de vida y se nos ha inculcado minuciosamente, lo vemos como el único modo natural y razonable de vivir. Y lo que es más serio, lo relacionamos con la vida cristiana de fe. Esto puede resultarnos problemático cuando trabajamos junto a episcopales de otros países o culturas. Es importante reconocer que los antropólogos no hacen ningún juicio de valor sobre estas diversas diferencias culturales.

También es importante para nosotros reconocer que existen lo que los antropólogos describen como culturas de alto contexto a través del mundo, que abarcan Africa, América Latina, el Sur de Europa y Asia. En la medida en que aumenta en Estados Unidos el número de personas provenientes de culturas de alto contexto, deben entenderse y estimarse sus expresiones culturales. En las culturas de alto contexto el mensaje consiste en el contexto más que en las palabras. La palabra de una persona es una obligación y no necesita explicarse en detalle. Estas son culturas orales donde la palabra hablada es más importante que la palabra escrita. La gente [que pertenece a estas culturas] es táctil; es decir, toca. Laboran en estrecha proximidad unos con otros y participan en ritmos corporales. Hablan continuamente y se valen de cánticos para guiar su labor. Participan emocionalmente de la vida, expresan sus emociones libremente y están más en sintonía con lo no verbal. Su sentido del tiempo es



polícromo: varias cosas están ocurriendo a la vez y el «tiempo corporal» controla los acontecimientos; es decir, empiezan y terminan cuando perciben que es correcto. Llevan a cabo cómodas transacciones mercantiles en público sin hacer citas. Fenómenos tales como las mareas sirven para determinar la tarea de la gente, el tiempo que toma y el momento de hacerla más que el reloj o el calendario.

Los antropólogos también hablan de culturas tecnológicas y personales, que corresponden a culturas de bajo y alto contexto. En las culturas tecnológicas el centro de trabajo domina el hogar, mientras que en las culturas personales ocurre lo contrario. Las culturas tecnológicas hacen énfasis en el intelecto y hacen objetiva la verdad racional. Son lineales y avanzan hacia un futuro definido, valoran el pragmatismo, el individualismo y la competencia. Tales culturas se centran en lo particular y son literalistas, aspiran a un elevado control interno, y tienden a la especialidad.

Las culturas personales, por otra parte, hacen énfasis en lo intuitivo. Son cíclicas y tienden a orientarse por la tradición, valorando la memoria del pasado. Son personales y subjetivas, aprecian lo filosófico, la comunidad y la cooperación. Se centran en 'lo general y tienden a ser integrales en su enfoque de la vida.

Desde luego estas [categorías] no son más que una generalización amplia, pero debemos entender algo de los diferentes modos en que las culturas aprenden, de manera que podamos dedicarnos a la enseñanza y el aprendizaje de manera significativa. Una vez más, recordemos que ninguna de estas [culturas] es superior ni más cristiana que las otras; son sencillamente diferentes. Los antropólogos no hacen ningún juicio de valor sobre estas varias culturas, sólo las describen para ayudar a las personas a comprender y apreciar sus diferencias y, en el caso de la catequesis, a ayudarnos a funcionar inteligentemente con aquellos que difieren de nosotros.

CULTURA Y LENGUAJE

Las culturas tienen diferentes maneras de relacionar el lenguaje con la realidad. Nada ocurre en el mundo de los seres humanos que no esté influido por formas lingüísticas. Tanto el vocabulario como la gramática son importantes. De aquí que la traducción literal del inglés a otra lengua, por ejemplo al español, sea inadecuada. Tanto el vocabulario como la estructura del español deben tomarse en cuenta y hacerse una traducción dinámica y equivalente si ha de lograrse una auténtica comunicación. La comunicación incluye tanto lo verbal como lo no verbal, tanto el lenguaje oral como el escrito. La gramática y las palabras que usamos determinan

como pensamos y actuamos. Según cambia el lenguaje, así cambiamos nosotros. Obligar a alguien a cambiar su idioma es también afectar radicalmente su cultura. Del mismo modo, las culturas tienen modos de locomoción, de sentarse, de estar de pie, de inclinarse y de gesticular característicos, todos los cuales son aspectos esenciales de la cultura y la comunicación.

GENERO Y CULTURA

Como sabemos, el ser hombre o mujer es tanto un resultado de la cultura como de la biología. Las mujeres en nuestra cultura tienden a manifestar unas características culturales peculiares y los hombres, otras. Nuestra cultura como un todo tiende a suponer que las características culturales masculinas son superiores, y que las mujeres deben aprender a adoptar esas características si han «de tener éxito en el sistema».

«Uno puede encontrar mujeres generosas y sacrificadas en todas las iglesias. No siempre ha sido la mujer con mucho que dar la mejor sostenedora de la Iglesia: más bien, la que invariablemente da lo que tiene es con frecuencia la única que garantiza la supervivencia de la Iglesia».

Renita J. Weems en Just A Sister

Resulta más complicado cuando reconocemos que son realmente las características blancas, masculinas y euroamericanas las que se sostienen. En la cultura euroamericana y masculina, el tiempo se mide como momentos de un reloj o una agenda; para las mujeres euroamericanas es un proceso o una serie de pasos. En una cultura masculina, las relaciones tienden a ser jerárquicas, mientras en una cultura femenina las relaciones es más probable que tiendan a ser de iguales; la cultura masculina está orientada hacia el quehacer, mientras la cultura femenina está orientada hacia las relaciones y las personas. Dentro de la cultura masculina, la intimidad sexual se enfoca físicamente; dentro de la femenina, verbalmente. En términos de amistad, en la cultura masculina, un amigo es alguien en quien podemos confiar para que nos apoye en un empeño colectivo; para la cultura femenina la amistad conlleva respeto fundamental, confianza, conocer y ser conocido. La cultura masculina está orientada hacia la meta; la femenina hacia el proceso. En lo tocante a estos rasgos culturales, no todas las mujeres ni todos los hombres necesariamente los comparten.

Estas características también pueden tener algo que ver con el tipo de personalidad. En cualquier caso, es importante darse cuenta que a menudo tomamos manifestaciones culturales particulares y les damos un valor que no merecen. Podemos ignorar el hecho de que, para muchos hombres blancos europeos, el orgullo puede ser una grave disposición a pecar, mientras

«La interpretación de las enseñanzas de Cristo es el terreno del Espíritu. El, dijo Jesús, «os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que os he dicho» (Jn. 14:26). Estas no son funciones separadas sino parte del mismo proceso. Enseñar es comunicar y al comunicar uno debe hacer constante referencia a la memoria».

Orlando E. Costas en The Integrity of Mission, Harper & Row, 1970

para muchas mujeres blancas europeas, no es orgullo sino falta de autoestimación lo que enturbia sus vidas. Aunque estas características no se cumplen en todos los hombres ni en todas las mujeres, y son siempre cambiantes, ser consciente de las diferencias es importante para la catequesis.

APRENDIZAJE Y CULTURA

La cultura norteamericana no valora el juego y por tanto desprecia la importancia del juego como una manera de aprender. Nuestra cultura dominante tiende a separar la educación de la vida, de ahí que organicemos escuelas como

nuestro primer contexto para la educación. Habiendo institucionalizado el aprendizaje, dividimos a los niños por edades y ponemos a adultos a enseñarlos. En otras culturas, pequeños grupos informales donde gente del mismo rango enseña y juega, es la manera predominante de aprender.

Algunas culturas prefieren maestros formales y serios, proyectos competitivos, empeños individuales, recompensas materiales, escuelas independientes del hogar, y agrupación por edades, y se interesan en pensamientos, ideas y palabras. Otras prefieren maestros cálidos y sustentadores, proyectos de colaboración no competitivos, diseñados por niños mayores y adultos y actividades intergeneracionales, recompensas personales, y escuelas relacionadas con el hogar, y se interesan en actividades y experiencias.

Conocer las diferencias culturales es importante si no vamos a confundir el cristianismo con ninguna cultura en particular. Mucha gente en el mundo cree que la mayoría de los norteamericanos habla demasiado, muy rápido y que se interrumpen unos a otros. Estas personas pueden decir que fanfarroneamos y que siempre queremos ganar, que discriminamos a la hora de ayudar a la gente, que siempre planificamos para el mañana y perdemos el hoy, y que no mostramos emoción o sentimientos. Pero, en respuesta, nosotros decimos que esa gente profesa una falsa humildad, que actúan como si siempre esperaran que alguien viniera a ayudarles, que rehúsan planificar para el mañana y que son demasiado emotivos.

Damos nuestra vida por sentado y, por tanto, descuidamos el examinar de manera crítica las consecuencias. Por ejemplo, cuando dividimos a los niños por edades con un maestro adulto, retrasamos el proceso de madurez. Esto llega a ser un problema en una sociedad donde la televisión aumenta la precoz complejidad de nuestros niños.

SIMBOLOS, MITOS Y RITOS

La antropología cultural afirma la importancia de los símbolos, los mitos y los ritos en la estructuración de los pensamientos, las experiencias y los modos de conducta de un pueblo. «Los



símbolos» son objetos, palabras o acciones que se encuentran en el mundo de los sentidos y que revelan lo que no puede encontrarse en él. Participan del significado y del poder de lo que revelan. Es decir, los símbolos trascienden su condición y se convierten en lo que señalan. Los símbolos son agentes de la revelación. Como signos externos y visibles de una realidad interna y espiritual, los sacramentos son la máxima expresión de los símbolos. Jesús es el símbolo, el sacramento de Dios. La Iglesia está llamada a ser el símbolo, el sacramento de Cristo. Los credos son símbolos de la fe

cristiana. La catequesis tiene lugar en un mundo de símbolos y debe evitar tratarlos como señales o verdades proposicionales susceptibles de ser definidas racionalmente.

Los «mitos» son relatos simbólicos, narraciones sagradas que señalan más allá de sí mismas para revelarnos una verdad que no puede describirse en un discurso ordinario. Los mitos establecen nuestro punto de vista del mundo, nuestras percepciones de la realidad. Es de lamentar que en el habla común la palabra mito se use para describir fantasías o relatos no verídicos. Sin embargo, la antropología cultural usa correctamente la palabra mito para describir en último término historias verdaderas, historias que, más allá de sí mismas, apuntan a una verdad que no tiene otro modo de revelarse, y que participan de manera muy significativa en la verdad a la cual señalan y que les da poder sobre nuestras vidas.



Las narraciones más importantes y fundamentales de la Escritura son mitos: el relato de la creación, el relato del nacimiento de Jesús, y el relato del misterio pascual, todos los cuales tienen importancia histórica, revelan una verdad que la historia no puede afirmar o negar.

Además de mitos, la Escritura contiene otra clase de historias que se relacionan directamente con ellos. Hay narraciones históricas que exploran nuestra experiencia vital a la luz del mito y, si bien reflexionan sobre la disonancia entre la experiencia de la vida y la verdad del

mito, siempre terminan apoyando al mito. El Libro de Job es un buen ejemplo. Y hay parábolas que subvierten nuestra visión del mundo de manera que podamos asomarnos al mundo a través de los ojos del mito. El Libro de Jonás, y muchos relatos contados por Jesús, son parábolas.

Las historias que se encuentran en la Escritura tienen importantes características que importa comprender. Por ejemplo, las historias sagradas son concretas y no pretenden ser utilizadas para crear verdades morales o doctrinales. Tienen un final abierto y pretenden cautivar la imaginación y, por tanto no deben ser tomadas literalmente. Son experimentales y pretenden cautivar y captar nuestros sentidos más bien que ser leídas como objetos de nuestra investigación. Y finalmente, son comunitarias, es decir, pertenecen a la comunidad y han de ser interpretadas por la comunidad. Una comprensión del mito, y de la Biblia como el libro de cuentos de la Iglesia, es esencial para el ministerio catequético.

Los «ritos» son acciones simbólicas (acción verbal y acciones factuales), repetitivas que expresan y manifiestan la historia sagrada o mito de la comunidad. Como tal, nada es más importante para el ministerio catequético. Hay dos tipos de ritos: ritos de intensificación o de la comunidad; y ritos de transición, de cambio o de crisis vital que incluyen los ritos de iniciación.

Los ritos de intensificación, siguiendo el calendario semanal, mensual o anual, sirven para intensificar el sentido de comunidad y mantener la vida comunitaria. De continuo configuran y preservan las interpretaciones y los modos de vida de la comunidad. Los oficios diarios y la Eucaristía semanal son buenos ejemplos.

Por otra parte, los ritos de transición ayudan a la comunidad y a los que en ella participan a hacer transiciones significativas en sus vidas; por ejemplo, de la soltería al matrimonio, de la alienación a la reconciliación, de la enfermedad a la salud, de la muerte a la nueva vida. Pero una de las [transiciones] más importantes es el movimiento de la infancia a la adultez. En sociedades sencillas esto es un solo movimiento. En culturas como la nuestra, hay un período de adolescencia (de doce a dieciocho) que interrumpe esa transición. Infortunadamente, la Iglesia ha tratado de usar la confirmación como un rito de transición a la pubertad y ha fracasado. Debemos establecer un rito de transición de la niñez a la adolescencia alrededor de los doce años que no se relacione con la confirmación, y otro de la adolescencia a la adultez alrededor de los dieciocho, si es que los jóvenes han de hacer transiciones sanas. La confirmación debe ser reconsiderada como la primera renovación bautismal de una persona, que tiene lugar siempre que ésta esté preparada y dispuesta a hacerlo, pero tal vez no [convenga] hasta comienzos de la adultez. Y, puesto que la iniciación, el bautismo y la renovación bautismal están cobrando importancia,

debemos comprender mejor la dinámica de los ritos de transición y su utilidad en ayudarnos a comprender los ministerios litúrgicos y catequéticos con adolescentes.

Los ritos de transición ayudan a las personas y comunidades a atravesar las crisis cíclicas de la vida y a ajustarse a ellas. Requieren un componente catequético. En los ritos de transición, el elemento clave es un período liminal en el cual las personas se preparan para desempeñar un nuevo papel. Si tomamos eso en serio, parte de la preparación matrimonial sería la participación de las parejas comprometidas en quehaceres relacionados con familias sanas, tales como: comunicación, confianza, el compartir una fe y una tradición comunes, participación en rituales comunitarios, compartir tiempo valioso, respetar la vida privada y respetarse mutuamente, valorar el servicio a otros, y reconocer la necesidad de ayuda y procurarla cuando se encuentren en problemas.



Un rito de transición tiene tres partes. Primero, hay un ceremonial de separación. Segundo, hay un período de transición en el cual una persona experimenta la liminalidad (no ser ni lo uno ni lo otro). Esto pretende experimentarse como una prueba severa que sirve para vincular la persona en comunidad con otros que comparten y han compartido la experiencia. Allí, las personas se forman y se preparan para su nuevo estado, y adquieren el conocimiento y las habilidades necesarias para funcionar en él.

La tercera parte es un rito de reincorporación, un ceremonial en el cual la persona es restablecida dentro de la comunidad para [desempeñar] su nueva responsabilidad.

El conocimiento de estos ritos debe ayudarnos no sólo en la preparación de adultos para el bautismo, sino de todos los que seriamente desean prepararse para su renovación bautismal, así como para la catequesis del matrimonio y la catequesis con adolescentes.

LA ADQUISICION DE CULTURA

La manera en que se trasmite la cultura de generación en generación es un proceso interactivo llamado *enculturación*. Es el proceso por el cual las personas se apropian de la cultura en la que han nacido y la adaptan. Por ejemplo, algunos niños crecen en familias muy grandes, donde experimentan el continuo cuidado de los adultos, los destetan y los enseñan a asearse más tarde, y tienen pocas responsabilidades hasta el fin de la infancia. Puede no permitirse la agresión y la suple un abrazo acompañado por las palabras «esa no es nuestra manera de vivir». Otros

niños crecen en pequeños núcleos familiares con pocos niños en una casa sola. El padre se va a trabajar, y la madre tiene responsabilidades domésticas. Estos niños pueden ser destetados y adiestrados a asearse bastante pronto, dárseles responsabilidades a una tierna edad y pueden pasar mucho tiempo solos. La agresión puede estar permitida, y cuando el niño traspasa los lindes de la seguridad, lo corrigen a nalgadas. Los niños que crecen en la primera familia tenderán a sostener los valores de la comunidad, la cooperación y la no agresión. Por otra parte, los niños criados en la segunda familia tenderán a sostener los valores del individualismo, la competencia y la agresión. De este modo vemos cómo la *enculturación* nos configura el intelecto, las emociones y la conducta.

La *aculturación* es aprender a vivir en una segunda cultura mientras se mantiene la lealtad a la [cultura] de uno, dándose cuenta de que al hacer esto la cultura de uno sufre modificaciones. Si una comunidad mantiene una resistencia a la perspectiva crítica y pasa más tiempo con su propia comunidad cultural, esta modificación puede mantenerse en el mínimo.

La *asimilación* es un proceso de *enculturación* en el cual las personas abandonan la cultura en la cual se han criado y se someten a una nueva cultura de tal manera que ya no les quedan restos significativos de la cultura original. En términos religiosos, este es el proceso de la conversión.

La *inculturación* es el proceso por el cual una tradición de fe se entremezcla con su contexto cultural; una tradición de fe se forma, y se crea su expresión, por la cultura de sus adherentes. La fe cristiana no se vincula a ninguna forma particular de cultura humana. Cada cultura debe expresar el mensaje cristiano en su propio medio cultural. La Iglesia es llamada a vivir en tensión creadora con las diversas culturas de su pueblo, cerciorándose de que conserva lo que es constitutivo de su tradición, en tanto su modo de expresarse respeta la cultura de un pueblo.

El anglicanismo siempre ha atendido el llamado a ser una presencia transformadora en la cultura. Esto nos exige la plena participación en cualquier cultura en medio de la cual nos encontremos. Sin embargo, debemos tener cuidado de no confundir nuestra manifestación cultural de la tradición cristiana con la tradición misma. Debemos tener cuidado también de no imponer nuestra manifestación cultural de la tradición sobre otra cultura.

CAPÍTULO

10

PERCEPCIONES DE LA PEDAGOGÍA



UN LLAMADO A ENSEÑAR Y APRENDER

La contribución fundamental de la pedagogía se da en el terreno del aprendizaje y la enseñanza. El aprendizaje se produce de muchas maneras, bajo muchas circunstancias, y en una multitud de diversos contextos. Desde un punto de vista, el aprendizaje es simultáneo con la vida y ciertamente con la madurez. Enseñar es preparar ambientes y acercarse a otros de manera que los ayude a aprender.

APRENDIZAJE

El aprendizaje se produce de la mejor manera posible cuando el estudiante es más bien activo que pasivo; cuando lo que se aprende se repite, se refuerza y se practica en diversos contextos; cuando lo que se aprende está motivado por el interés o las necesidades del educando; cuando el educando establece los fines del aprendizaje y coopera en el establecimiento de los medios; cuando lo que ha de aprenderse es congruente con las capacidades del que aprende; cuando se cuenta con el saber fundamental necesario para lo que ha de aprenderse; cuando el saber se acompaña de un ambiente seguro y no competitivo; cuando lo que ha de aprenderse es claro y concreto; y cuando hay una continua evaluación del aprendizaje y se construyen respuestas educativas apropiadas para asistir al aprendizaje.

ENSEÑANZA

«Una vez más, la Iglesia debe tomar en serio que, como comunidad educadora, está llamada a ser una comunidad confesante y estudiosa de la fe».

*John H. Westerhoff, III,
en Values
for Tomorrow's Children,
Pilgrim*

No existe un único modo de enseñar, o de asistir a otros en su aprendizaje, así como no existe un único modo de aprender. Hay educadores y educandos. La mayoría de las personas enseñan de la manera en que aprenden. Cuando reunimos a varias personas que aprenden de la misma manera, pueden ayudarse mutuamente en el aprendizaje. Lamentablemente, cuando reunimos a personas que enseñan y aprenden de modos diferentes, somos propensos a terminar culpando al maestro de ser un mal profesor o a los alumnos de ser malos estudiantes, cuando el problema es de acoplamiento.

Un buen maestro es talentoso y culto y mucho más. Los buenos maestros tienen las siguientes características: identidad propia positiva, percepción realista de sí mismos y del mundo, capacidad de identificarse con otros y de afirmar las diferencias, creencia en la gente y

en la capacidad de ver la imagen de Dios en ellos, percepción del mundo como misterio, tolerancia de la ambigüedad, y apertura a una nueva experiencia, dedicación al aprendizaje entendido como crecimiento y cambio, convicción de que enseñar es liberar y ayudar a otros a cumplir sus propias metas de aprendizaje, interés mayor por el proceso que



por el producto del aprendizaje, conciencia de ser agentes morales que influirán a otros y que, por tanto, son autocríticos de sus vidas y enseñanzas; capacidad artística para preparar ambientes en que otros puedan llevar a cabo su propio aprendizaje, y vidas que sean auténticas, diáfanas, confiables, honestas y orientadas hacia el interior.

Debemos evitar las teorías y metodologías unidimensionales que inundan la escena educacional. Los seres humanos son criaturas variables, sus pensamientos, sentimientos y comportamientos nunca se han adherido a una sola teoría o interpretación. Hay multitud de interpretaciones y enorme variedad de técnicas, todas las cuales contienen alguna verdad, y no obstante son inadecuadas y limitadas. Enseñar y aprender incluye una cadena de decisiones que el educador y el educando establecen de la mejor manera tan pronto como sea posible. La primera serie de decisiones se toma antes del acto del aprendizaje. Y comprende lo siguiente:

- **Quién:** ¿Quiénes somos nosotros para enseñar, qué quieren ellos, cómo enseñarles, qué es lo que ya saben, y qué quieren aprender?
- **Qué y por qué:** ¿Qué intentamos concretamente enseñar y por qué creemos que es importante?
- **Cuándo y dónde:** ¿Cuáles son las fronteras de tiempo y espacio?
- **Cómo:** ¿Cómo prepararemos nuestro ambiente para el aprendizaje y qué haremos para asistir al educando, y cómo ayudaremos al educando a evaluar su propio aprendizaje?

Cuando los niños son pequeños, la mayoría de estas decisiones las toma el maestro, pero luego se van compartiendo en la medida en que crecen. Los niños tienden a ser más dirigidos por otros, limitados en su experiencia, incapaces de aplicar su aprendizaje de inmediato, y se concentran más en el contenido que los adultos. Los adultos se hacen cada vez más

autodirigidos, ofreciendo una rica fuente de experiencia y la capacidad de aplicar inmediatamente su aprendizaje.

El lenguaje de la enseñanza debe examinarse de una manera crítica. Hay multitud de consignas tales como «volver a lo básico», «eficacia para enseñar» y «mejorar la vida de la gente» que necesitan colocarse bajo el escrutinio teológico. ¿Qué es lo básico? ¿Se trata de conocer la Biblia y su contenido o es la capacidad de ser cautivado por las Escrituras e interpretar el significado e implicaciones de esa experiencia? ¿Nos preocupamos fundamentalmente de mejorar la vida de otros, o nuestra propia vida?

Debemos tener muy claras las metas para que podamos elegir los modelos de enseñanza más adecuados. Algunos de esos modelos y sus fines son sistemas de procesar información que tienen por objeto la adquisición de conocimiento y su comprensión, la interacción en un grupo que aspira a la responsabilidad social y la toma de decisiones, la comunicación indirecta que aspira al autoexamen y al encuentro con la verdad; el desarrollo personal que se propone ayudar a las personas a madurar y a expresarse, y la acción-reflexión que procura el hacimiento de la verdad. En cada uno de estos modelos, los maestros y educandos desempeñan papeles diferentes. Además, cada uno tiene una diferente estrategia.

Enseñar puede conllevar el oír (verbal), el ver (visual), la simulación y la experiencia directa. La enseñanza verbal mediante la conversación, los libros de trabajo y cosas por el estilo es la forma menos efectiva de enseñanza. Los estudiantes recuerdan lo mínimo de este método, y sólo tiene valor si se usa en conexión con otras formas. El aprendizaje visual usando franelógrafos, películas, pizarrones, láminas, televisión, computadoras, videos, discos compactos y otros medios semejantes, cuando se emplea con el aprendizaje verbal, es superior, pero aún

«Un buen maestro es vulnerable ... siempre un educando ... siempre esperanzado ... educando para la madurez... »

Margaret Guenther en Holy

incluir tanta experiencia directa como sea posible.

sigue siendo limitado. El aprendizaje mimético mediante títeres, juegos de simulación, teatro y otras actividades artísticas aumenta significativamente el conocimiento. Sin embargo la experiencia directa en la cual el educando participa plenamente es el mejor de todos los aprendizajes. Por consiguiente, la enseñanza debe intentar

Es importante reconocer que, al tomar una decisión de enseñar algo, decidimos también dejar de enseñar otra cosa. Esa decisión debe justificarse. Además, el modo de enseñar que elegimos puede influir en el aprendizaje más que lo que enseñamos. Por ejemplo, ofrecer

recompensas externas por aprender implica que el aprendizaje no conlleva ninguna recompensa intrínseca. Y lo que es más grave, implica que Dios nos da lo que merecemos y que podemos recibir sus recompensas. Esto viola la doctrina de la Iglesia de que Dios nos da lo que necesitamos, no lo que merecemos, y que la gracia de Dios es gratuita y no necesita ser ganada.

Enseñar es un arte. Como arte se representa con tal habilidad y gracia que tanto el estudiante como el maestro lo experimentan como una expresión artística. Además, es un arte en el sentido que el maestro juzga en gran medida en base a cualidades que se van desarrollando durante el proceso. Es artístico en que está influido por lo impredecible. Y es artístico en que sus fines se alcanzan durante el proceso.

La enseñanza es también una ciencia. Como ciencia se funda en las interpretaciones de los educandos y en el proceso de aprendizaje que se haya ensayado. Además, se funda en conocimiento y capacidades identificables que pueden declararse objetivos de la conducta, y que pueden evaluarse en términos de ser cumplidos.

CURRÍCULO

Un currículo es un curso a seguir, y requiere un principio y un fin. La noción de curso a seguir implica una senda y una serie de obstáculos o tareas que vencer. Cometemos un error cuando ofrecemos cursos, concibiéndolos como contenido a aprender más bien que proceso en el cual participar. El curso a seguir es tanto una realidad objetiva como una experiencia subjetiva. Un currículo es una serie de eventos deliberadamente planeados que se proponen tener consecuencias particulares para una o más personas. Existe por supuesto un currículo operacional mani fiesto o explícito, y hay también un «currículo oculto», encubierto e implícito. Lo que las personas pretendemos aprender, y lo que realmente aprendemos difieren a menudo porque descuidamos el currículo oculto y el hecho de que la manera en que las personas aprenden se convierte en lo que aprenden. Hay también un «currículo nulo» compuesto de lo que dejamos de enseñar.



Desde luego las metáforas que usamos para la enseñanza y el curso a seguir tienen profundas consecuencias. Hay una metáfora de línea de producción en la cual un niño o un educando es una pieza valiosa de material; el maestro o el padre, un técnico amoroso y capaz. El proceso consiste en moldear con cuidado cada valiosa

pieza de material en el diseño predeterminado del padre o maestro. Hacemos cosas para los educandos que creemos amplían y le dan sentido a su vida.



Existe también la metáfora del invernadero. Ahora el niño o el educando es una semilla, y el maestro o el padre, un jardinero. El jardinero tiene un libro de horticultura y sabe lo que necesitan [las semillas] en términos de luz, agua, calor y fertilizante. El proceso ahora es cuidar de cada semilla hasta que crezca o se desarrolle en lo que deba ser. Hacemos cosas por las personas para que sus vidas alcancen una realización plena.

En la primera [metáfora] el educando está vacío y necesita que le inoculen la vida; en la segunda la vida ya está plenamente dentro de la persona, pero necesita brotar. Si bien ambas metáforas son útiles y tienen algo de verdad, una tercera metáfora es más fiel a la Escritura. En este caso, la metáfora es un peregrinaje. El niño o estudiante es un peregrino. El padre o maestro es alguien que le acompaña. El proceso es un viaje compartido a lo largo del tiempo, en el cual ambos maduran mediante la interacción. Ahora estamos tratando con personas.

Un currículo exige que tengamos alguna idea de lo que esperamos haber logrado cuando lleguemos a la meta y del mejor modo de preparar el curso, de manera que podamos llegar exitosamente a su fin. Debemos tener una clara imagen de a lo que un cristiano se parece, de modo que podamos diseñar un curso que se pueda llevar e incluir en un programa de «adiestramiento» que pudiera prepararnos para la carrera. Tal como lo pone el autor de Hebreos, «corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe» (He. 12:1).

La pedagogía nos recuerda que hay objetivos en el aprendizaje que deben lograrse uno por uno. Hay objetos cognoscitivos: el conocimiento (poder repetir lo que usted lee o le dicen), comprensión (poder poner esto en sus propias palabras), aplicación (poder comentar lo que ha aprendido y usarlo), análisis (poder comprender cómo ha llegado a eso, y compararlo y contrastarlo con otro conocimiento), síntesis (poder apropiarse de varios fragmentos de conocimiento y reunirlos en una declaración original), y evaluación (poder hacer un juicio sobre su valor). Y hay objetivos afectivos: recibir (participar en la vida), atender (estar consciente de la experiencia de uno), responder (dar una respuesta emotiva a la experiencia de uno), evaluar (nombrar lo ocurrido y atribuirle un valor), asumir (apropriarse de este valor) y caracterizar (dejar que se convierta en parte de un modo de vivir).

Uno de nuestros mayores errores es poner nuestra confianza solamente en los recursos de un currículo. Son los maestros los que enseñan, y los recursos del currículo son, cuando se utilizan bien, medios auxiliares para los maestros. Ninguno de los recursos de un currículo está hecho a prueba de maestros. Los



maestros necesitan materiales que estimulen su ingenio más bien que materiales a los cuales someterse. Los recursos de un currículo incluyen tanto los materiales como las experiencias del aprendizaje. Todos los recursos del currículo deben adaptarse a educadores y educandos en situaciones particulares. Cada curso debe revisarse con vistas al ambiente específico en el cual se va a usar. Sin embargo, aunque está bien que se consulte a los maestros, es el rector y la junta parroquial, con ayuda del comité de educación cristiana, si hubiere alguno, el que tiene la responsabilidad de tomar decisiones sobre los medios del currículo. No obstante, el clero y los miembros de la junta parroquial no siempre tienen experiencia suficiente para escoger los materiales del currículo. Por tanto, necesitarán algún tipo de orientación para la tarea de escoger el currículo. Además, la congregación debe ayudar al maestro a utilizar el currículo escogido.

Elegir los materiales de un currículo es una tarea difícil y ardua. A continuación apuntamos una lista de criterios básicos [que debe atenderse] para escoger tales materiales:

- ¿Es compatible el material con la misión, valores y creencias de la congregación?
- ¿Es el material compatible con la tradición episcopal?
- ¿Con cuánta claridad y precisión este medio informa? ¿Se enuncian claramente los objetivos y propósitos?
 - ¿Son los supuestos bíblicos, teológicos y éticos del material congruentes con nuestra tradición? ¿Cómo es el material bíblico que se usa?
- ¿Cómo se alienta a los educandos a relacionar las experiencias de su vida con las experiencias en el texto, o con la manera teológica de pensar?
- ¿Es el material sensible a las necesidades de desarrollo del educando, espiritual, física e intelectualmente? ¿Cómo el material motiva al educando? ¿Suscita preguntas en lugar de responderlas? ¿Estimula a indagar y descubrir? ¿Consiente la diversidad de sentimientos y opiniones? ¿Conlleva el material diversa clase de actividades como parte del proceso del

aprendizaje? ¿Son también las actividades experimentalmente adecuadas? ¿Enseña algo que tendrá que ser abandonado después?

- ¿Es sensible el material a los problemas de género, clase, raza, etnia y cultura? ¿Está escrito en un lenguaje no sexista racista? ¿Tanto el texto como las imágenes visuales de este material muestran positivamente a mujeres y hombres, así como personas de diferentes grupos raciales étnicos? ¿Qué mensajes transmite la fotografía?

- ¿Estimula el material a que el educando explore la estructura física, política social y económica de los acontecimientos situaciones que estudia?

- ¿Cómo el material demuestra la relación entre la Iglesia y los problemas globales, entre la práctica de la vida cristiana y la búsqueda de la justicia y la paz en el mundo?

- ¿Cómo está concebido el material? ¿Es atractivo y accesible al usuario? ¿Está el material a la altura de las expectativas de educadores y educandos? ¿Cuán adaptable es el material a los grupos de diverso tamaño, y a diferentes escenarios?

- ¿Qué adiestramiento y habilidades se necesitan para usar efectivamente este medio? ¿Qué preparación se necesita? ¿Son esas exigencias realistas en su ambiente?

RESUMEN

La preparación del maestro no ha de ser exclusivamente para los que enseñan en la escuela de la Iglesia. La preparación del educador es para todos los cristianos, para todos los que participan en la enseñanza, y debido a este hecho es importante estar conscientes de las necesidades de desarrollo de todos los cristianos.

A continuación apuntamos algunas normas pedagógicas: A fin de comunicarse con los niños (desde el nacimiento hasta los 12 años), los adultos deben escucharlos con respeto, ser sensibles a sus circunstancias, apreciarlos por su integridad, y respetar su dignidad independientemente de su género, raza, grupo étnico o cultura.



Es esencial que proporcionemos experiencias para vivir la fe y que practiquemos su modo de vida. Los adolescentes (de 12 a 18) tienen necesidades y problemas especiales que deben abordarse si ellos han de capacitarse para vivir en su bautismo. Los jóvenes adultos (18-35) necesitan de personas que los ayuden a traducir sus ideales en un modo de vida personal en lo tocante a vocación y carrera y a tomar decisiones cruciales conforme a la voluntad de Dios. La mediana adultez (35-65) es una época en la que muchos se enfrentan las crisis de los límites en lo que respecta a objetivos de la vida. La adultez posterior (65-80) es una época para [adquirir] un nuevo sentido de misión. Las personas jubiladas disponen en la actualidad de diez a veinte años para compartir su saber y su percepción de la vida. Si bien su energía puede haber disminuido, tienen mucho que contribuir a la Iglesia y a la sociedad. Los ancianos (de 80 años o más) adquieren necesidades especiales según comienzan a tener que enfrentarse con las realidades de las limitaciones físicas en sus ministerios.

CAPÍTULO

11

PARA ENTENDER LAS NECESIDADES DEL LOS NIÑOS



UN LLAMADO A ENSEÑAR Y APRENDER

INTRODUCCIÓN

La catequesis se ocupa de personas, no de programas; debe tomar en serio no sólo a personas de diferentes edades, sino también la diversidad [existente] entre esas personas. Mientras mantiene la unidad de la fe, la Iglesia reconoce y afirma la diversidad, la igualdad de todos, y la necesidad de la caridad y del respeto mutuo entre todas las personas.

«Un niño puede asumir la cruz con curiosidad y encontrar que señala espontáneamente al misterio de Dios. El niño no tiene la opción al hacer esto, pero el adulto debe elegir usar el símbolo para tal tarea».

*Jerome W. Berryman en
Godly
Play, Harper San
Francisco, 1997*

La Iglesia debe ofrecer una catequesis genuina y adecuada a todos los miembros de la comunidad. Los jóvenes tienen mucho que aprender de los adultos, y las personas mayores necesitan el ministerio de los niños. Es importante que estas interacciones sean deliberadas; la Iglesia es uno de los pocos lugares de nuestra sociedad donde los adultos, los jóvenes y los niños pueden relacionarse entre sí como iguales.

La catequesis debe tomar en cuenta el hecho de que a los niños, debido a que la comprensión y otras capacidades intelectuales se les desarrollan lentamente, debe proporcionárseles oportunidades de participar en la vida de la fe y en su práctica de modos que resulten apropiados para su edad. También deben incluirse en actividades con jóvenes y adultos, de manera que puedan observar e imitar la conducta adecuada.

Es de suma importancia no clasificar a los niños como un grupo. Cada niño tiene una personalidad única, y cada uno crece y madura a su propio ritmo. La interacción entre niños, jóvenes y adultos debe aumentar. La segregación de niños o de jóvenes, o de ambos grupos, puede retrasar la madurez. También disminuye la oportunidad de los adultos de aprender de los niños a ser como niños. Por consiguiente, en tanto se ofrecen programas catequéticos para responder a las necesidades especiales de niños, jóvenes y adultos, los programas intergeneracionales también son esenciales.

Los niños y los jóvenes hijos de padres religiosamente indiferentes tienen necesidades que deben tomarse en cuenta. Debe llegarse a ellos e invitarlos a compartir la vida de la congregación.

NIÑOS (de 0 a 12)

Si bien la Iglesia Anglicana afirma el valor de infantes y bebitos a través de su práctica del bautismo infantil y la participación de los niños en la Eucaristía, pocos miembros de una congregación típica comprenden lo mucho que aprenden los niños de estas experiencias. Los primeros dos años de la vida contienen un abundante potencial para el crecimiento intelectual, social y espiritual. En los meses que anteceden y suceden inmediatamente al nacimiento, el cerebro del infante crece más rápidamente que en cualquier otra etapa de la vida, todos los sentidos funcionan con gran precisión, y el recién nacido es capaz de reconocer a los padres de vista, sonido y olor, y de responder a su contacto y sonrisas con afecto semejante. Estas capacidades dadas por Dios llevan a establecer vínculos muy fuertes entre los niños y los adultos fiables que los cuidan, creando una confianza básica en la bondad de los demás, de uno mismo, de la vida y, en último término, de Dios.

La transición del infante, de la total dependencia física y emocional hacia una creciente interdependencia, durante el segundo año de vida, se origina gracias a un crecimiento igualmente rápido de las capacidades físicas, de las destrezas de la comunicación, tanto verbales como no verbales, de la memoria para personas, lugares y rituales que le sean familiares, y la habilidad de interpretar y emocionales de curiosidad de deseo de intentos de hacen de esta fascinante, pero



reflejar las reacciones de los otros. La creciente curiosidad de los niños pequeños, su deseo de autonomía y los intentos de explorar su mundo, hacen de esta [edad] un período fascinante, pero de grandes exigencias.

«Los niños no pueden concentrarse muy bien en la tarea de aprender cuando su ámbito cambia constantemente. Necesitan un ambiente estable e invariable para enfrentarse mejor con los cambios en el aprendizaje, así como un trasfondo metódico sobre el cual descubrir algo nuevo. Los niños pequeños no pueden retener palabras, ideas o el medio ambiente en

Infortunadamente, la lucha entre padres e hijos por el control puede dar lugar a la experiencia del castigo del niño, la calificación de sus acciones como «malas», y la construcción de un bien arraigado sentido de vergüenza y de duda en la percepción de su yo en vías de desarrollo. La esperanza es, por supuesto, que los infantes y niños muy pequeños salgan de esta etapa de la vida con robustos sentimientos de confianza básica, confirmación de su individualidad y libertad de elección, y el deseo de relacionarse con otros de una manera amorosa y cooperadora.

Ayudar a los padres que están a la espera de un hijo a que esclarezcan su propia fe y práctica de la vida cristiana, antes de que el niño nazca y sea bautizado, les permitirá decidir de antemano el tipo de experiencias formativas que le

proporcionarán. Traer al infante regular mente a la Eucaristía ayuda al niño a empezar a edificar un sentido de familiaridad con los ritos litúrgicos, así como un sentido de acogida [de parte de la congregación] y de pertenencia a la misma. Lamentablemente, estos sentimientos positivos pueden perderse durante el segundo año de vida porque otros adultos pueden perder la paciencia con las apremiantes necesidades de movimiento físico y de expresión desinhibida de las emociones y deseos que tiene el niño durante los momentos más silenciosos de la liturgia.

Al tiempo que el programa catequético debe enseñar a las congregaciones a acoger a los niños en su medio, también los padres deben ser sensibles a los mensajes de desaprobación que sus niños pueden recibir y los posibles efectos negativos que [tales mensajes] pueden tener para la formación de su personalidad.

Algunas congregaciones proporcionan un área «apacible» para los niños dentro de su espacio de culto, donde los niños, y a veces los adultos, pueden entrar y salir. De este modo tanto los niños como aquellos que los cuidan pueden seguir viendo y oyendo lo que ocurre. Debido a que los niños en edad de empezar a caminar probable mente necesitarán, durante la liturgia, un ámbito que les que le ofrezca libertad, espacio y materiales para expresar su energía, la congregación debe elegir con mucho cuidado a los individuos que ocuparán tal espacio. La permanencia de los cuidadores es de particular importancia, especialmente durante el período (de los nueve a los



quince meses) en que el niño está más apegado a sus padres y temeroso de los extraños; y la tierna y amorosa orientación que dé el adulto a las primeras interacciones del niño con sus iguales es en gran medida parte de sus sentimientos de ser presentado a esta congregación y a Dios.

Puesto que los recién nacidos y los niños [durante la etapa en que empiezan a caminar] imitan las acciones e interpretan respuestas emotivas de sus seres queridos adultos, otras experiencias de catequesis espiritual deben incluirse en las oraciones y otros rituales de la familia a la ora de comer y antes de acostarse.

El crecimiento durante los próximos tres años avanza rápidamente, ya que el cerebro de los preescolares alcanza el noventa por ciento de su peso adulto por el tiempo en que el niño tiene cinco años. El control de los grandes músculos mejora de manera dramática, aunque todavía tiene dificultad en controlar los músculos más pequeños en apretar, atar, dibujar y escribir. El nivel de actividad alcanza un pico alrededor de los tres años de edad, y para el año del kindergarten la mayoría de los preescolares comienzan a ser capaces de concentrar su energía y atención en actividades sedentes durante diez a quince minutos. Sus vocabularios aumentan enormemente -hasta 10.000 palabras- pero el pensamiento y el lenguaje de los niños pequeños revela confusiones de la fantasía y la realidad y comprensión limitada del tiempo, el espacio y otros conceptos abstractos de relación.

Los años de edad escolar se describen muy bien como «orientados por los sentimientos». Los padres continuamente experimentan las espontáneas expresiones de emoción, curiosidad, juegos imaginativos y lenguaje del niño, así como sus nuevas actividades y sus intentos de controlar a otros. Muchas necesidades de dependencia de los niños pequeños les llevan un interés más fuerte en los adultos que en sus iguales, aunque comienzan a disfrutar del juego supervisado. Moralmente, son capaces de una empatía rudimentaria, pero gran parte de su razonamiento acerca de la buena y la mala conducta está motivado por su deseo de obtener recompensas o evitar castigo de parte de los adultos.

Debido a su estilo de aprendizaje literal, concreto y basado en la experiencia, los preescolares típicos no comprenden el lenguaje metafórico o simbólico. Tienden a sentir más



bien que a pensar su participación en los relatos, y suelen concentrarse en lo que a veces les parece el aspecto más sobresaliente de una historia bíblica, perdiéndose sus significados más profundos o su relación con otras historias. De manera que el crecimiento espiritual durante los primeros años radica más en la formación de las actitudes religiosas fundamentales que en la adquisición de conocimiento religioso. Sin embargo, la confianza en Dios y en la bondad de toda la Creación, una arraigada convicción de que uno es amado y apreciado como hijo de Dios, y un sentido de asombro y reverencia ante la vida y sus varias formas, son partes de vital importancia de la personalidad cristiana.

La catequesis para el grupo de esta edad debe ofrecer muchas actividades de formación e instrucción, aunque la incapacidad del preescolar de «pensar acerca de su pensamiento» aún le limita la reflexión. La catequesis litúrgica debe invitar regularmente a los niños pequeños a la celebración semanal de la Eucaristía, quienes también disfrutan especialmente viendo bautizar a otros y compartiendo relatos de su propio bautizo con sus padres y con otros adultos [que les resulten] significativos. La catequesis moral debe ofrecer oportunidades de formación al oír los



relatos acerca de un Dios amoroso y de un pueblo que responde a Dios en amor y obediencia, junto con muchas oportunidades de mostrar amor hacia los amigos. Puede ofrecerse alguna instrucción a través de conversaciones y en situaciones que surjan espontáneamente en el aula acerca de ser bondadoso con los demás, de resolver conflictos apaciblemente, de respetar

los derechos de los otros, de solidarizarse con los que están tristes o alegres, y de pedir perdón a los amigos a quienes

La formación debe incluir muchas niños ofrezcan espon los muchos dones de que les ofrezcan la hora de dormir. preescolares, la



han lastimado.

de experiencias en la catequesis espiritual oportunidades para que el catequista y los táneamente oraciones de acción de gracias por Dios, así como un estímulo a los padres para oportunidades semejantes en las comidas y a Debido a la memoria bien desarrollada de los instrucción puede ayudarles a aprender el

Padrenuestro, las gracias antes de comer, himnos con tonadas y textos sencillos, y breves versículos de alabanza, acción de gracias y adoración tomados de los Salmos. La catequesis pastoral ofrecerá oportunidades para que los preescolares se muestren solícitos con otros dentro de la congregación a través de actividades tan sencillas como hacerles tarjetas postales a los enfermos que guardan reclusión en sus hogares, visitar a los ancianos y sus familias, y llevar alimentos a la iglesia para la reserva de comida de la comunidad. Puede requerirse instrucción para ayudar a los preescolares a comprender la torpeza del habla, las limitaciones físicas o algún equipo médico que no sea familiar, si han de sentirse cómodos con las personas impedidas, enfermas o ancianas. Las experiencias



formativas de la catequesis ecuménica puede incluir el invitar a amigos sin iglesia a la escuela de la iglesia o Escuela Dominical y llevar sus centavitos a la iglesia en la celebración de un cumpleaños o por un proyecto especial de misión. Debido a que son tan curiosos de los fenómenos naturales, los niños pequeños responden con presteza en su mayoría al concepto de Dios como Creador y disfrutan la lección acerca del cuidado que merecen las criaturas de Dios.

Los años de la mediana infancia ofrecen muchas oportunidades a los niños de crecer en la fe. Su ritmo de crecimiento físico ha disminuido, trayéndoles un buen dominio del cuerpo y el desarrollo de las destrezas necesarias para participar exitosamente en los juegos y en los deportes infantiles. En esta edad, el niño disfruta de actividades organizadas, tales como exploración, música, arte y varias otras clases de eventos recreativos. El pensamiento de los niños cambia durante su etapa en la escuela elemental, superando gradualmente la imaginación, la perspectiva egocéntrica y las relaciones ilógicas características de los años preescolares, en tanto se orienta hacia la comprensión y la aplicación de los principios de causa y efecto, desde la ordenación y clasificación de objetos, hasta el estudio de matemáticas y ciencias naturales y sociales. Estas

«La oración siempre nos acerca a Dios y nos hace receptivos al amor de Dios.

Siempre que estamos más cerca de Dios, estamos más cerca de saber cuáles acciones son las correctas para nosotros ... Les he enseñado a los estudiantes a usar su imaginación para resolver los problemas, y para enriquecer su andar con el Señor. Les he enseñado a

nuevas habilidades físicas y mentales producen enérgicos impulsos hacia el éxito, el orgullo por los logros personales y -estimulada por los mensajes sociales- la competencia con los iguales. No es sorprendente que el sentido de autoestima del niño con frecuencia resulte grandemente afectado por el éxito o el fracaso en aprender a funcionar en las diversas actividades, papeles y situaciones sociales que ocupan su tiempo.

Las relaciones con otros también cambian gradualmente a lo largo de estos años, mientras los niños pasan de la fuerte dependencia emotiva de los padres en los años preescolares a una confianza creciente en los amigos en lo tocante a comprensión, ayuda, lealtad, y el compartir los mismos intereses. A menudo crean clubes, códigos, lenguajes y humor particulares para mantener sus actividades ocultas de los extraños, y pueden ser bastante crueles con aquellos que no están a la altura de sus criterios. Las relaciones con maestros, vecinos, clérigos, instructores, líderes de grupo, etc. pueden llegar a ser influencias importantes y pueden ayudar a confirmar el sentido de amor propio del niño. En lo moral, el razonamiento de los niños de edad elemental pasa lentamente de un énfasis en «apuntar tantos» y en pagar por igual favores y ofensas, hacia la aceptación de normas y reglas de grupos importantes y el ajustarse a ellas, a fin de que los adultos y otros miembros del grupo tengan una buena opinión de ellos y ellos puedan tener una buena opinión de sí mismos.

Debido a la reciente aparición de su capacidad cognoscitiva y de responder a los grupos sociales, la catequesis litúrgica debe concentrarse en ayudar a los niños de primaria a aprender la historia, los héroes, las tradiciones y la cosmovisión que caracterizan a la fe cristiana y su congregación particular. La expansión de sus habilidades de pensamiento y de lenguaje contribuye a que el niño de esta edad comience a construir interpretaciones más abstractas de símbolos y sacramentos y a convertir los relatos bíblicos en una narrativa ordenada de la historia de la salvación. La formación de experiencias debe incluir no sólo asistencia regular al culto congregacional sino también oportunidades ocasionales de participar en sencillos papeles de liderazgo.

Puesto que el niño de esta edad ama «el saber por el saber mismo», la instrucción debe ofrecerse en un estudio más sistemático de la Biblia; el uso de El Libro de Oración Común y de El Himnario; y elementos del culto tales como los credos, las vestimentas y los colores y estaciones del año litúrgico. El catequista también puede ofrecerles oportunidades a los niños de hablar con los adultos de la congregación acerca de su fe, y de cómo ésta orienta su vida, trabajo

y ministerio diarios. Esto ayuda a los niños a reflexionar sobre su creciente comprensión de cómo Dios los llama a responder de los asuntos de sus propias vidas.

La catequesis ética puede ayudar a los pequeños a analizar y vencer las presiones sociales a «ganar a cualquier precio». Los caracteres cristianos se forman mientras practican el comportarse equitativamente con los amigos y competidores, regocijándose con los éxitos de los demás y consolando a los desilusionados, y probando valientemente de nuevo cuando ellos mismos han experimentado el fracaso.

La instrucción y la reflexión crítica pueden valerse de la literatura infantil y de historias bíblicas o actuales de personas que mostraron cualidades y acciones singulares de carácter cristiano. Esto ayudará a enseñar a los niños a reconocer los problemas éticos, a tomar decisiones de índole moral, y a reflexionar sobre las repercusiones que estas decisiones tienen sobre ellos mismos y otros.

La catequesis espiritual debe ayudar a los jóvenes a comenzar a formar una relación personal y devota con Dios, y el catequista debe proporcionarle muchas oportunidades al niño de esta edad de participar en los proyectos de misión y ministerio con sus familiares y con otros miembros de la congregación. A través de sus experiencias diarias en la escuela, desplazándose por la comunidad, y viendo



televisión, los niños cobran conciencia frecuentemente de que otros en el mundo son pobres, desamparados, solitarios, enfermos o presos. Deben compartirse experiencias de instrucción y reflexión acerca del interés de Jesús por los oprimidos, de los cristianos que, a semejanza de Cristo, han mostrado su compasión por los infortunados, y de los medios en que esta congregación -y ellos mismos- pueden cumplir las promesas del Pacto Bautismal y responder a tales necesidades. Los niños deben tener oportunidades de servir con sus familiares en el comedor de pobres de la comunidad; así como de recoger juguetes, ropa y artículos de uso doméstico para las víctimas de los desastres naturales; escribir a los líderes del gobierno acerca de los cambios que creen deben hacerse para aliviar el sufrimiento y la opresión; y



deben ser alentados con regularidad a procurar oportunidades de servir o de «hacer lo correcto» en la escuela y en el juego.

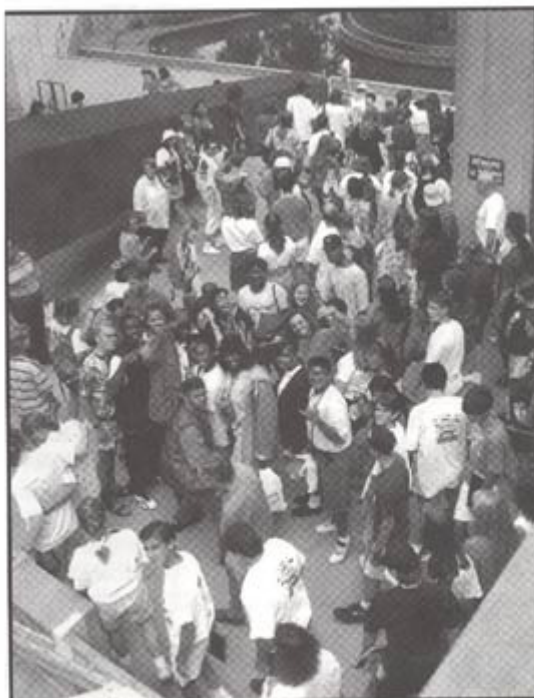
La catequesis ecuménica puede levantarse sobre lo que escolares de mayor edad aprenden acerca de otras culturas en sus clases de estudios sociales. El catequista debe hacer que un grupo de niños mayores visite una comunidad de otra fe y aprenda

sobre sus creencias, tradiciones y formas de culto. El propósito, desde luego, no sería enseñarles las diferencias teológicas, sino contribuir a que los niños experimenten las similitudes en la centralidad de Dios para el trabajo y el culto diarios de personas que pueden parecer muy diferentes de ellos. Asimismo, el currículo científico de la escuela en lo que respecta a conservación y ecología podría incorporarse a las experiencias formativas, educativas e instructivas sobre el tema de «Dios el Creador; el humano, mayordomo».

CAPÍTULO

12

PARA ENTENDER LAS NECESIDADES DE LOS JÓVENES



UN LLAMADO A ENSEÑAR Y APRENDER

INTRODUCCION

Los jóvenes tienen necesidades especiales, y es importante que no estén completamente aislados en la catequesis de los jóvenes y en los grupos de jóvenes, sino que se integren a la vida de la congregación. Tampoco deben verse como grupo. Cada uno es un individuo distinto con necesidades especiales. Separar a los niños y a los jóvenes solos en grupos clasificados por edades es desalentarlos. Los jóvenes con frecuencia abandonan la Iglesia porque la Iglesia ignora sus necesidades, tales como la de dar su vida por una causa, ser activo en la vida de la congregación, especialmente en su extensión y en el culto, y el que sus necesidades psicológicas, intelectuales y políticas consigan acogida. Entre los doce y los dieciocho años, los jóvenes o comienzan a abandonar la Iglesia y su fe, o se tornan más profundamente comprometidos con ella. Deben llevarse a cabo empeños especiales para alentar a estos últimos. Para hacer esto necesitamos enfatizar lo «personal-experiencial», lo intelectual, y las dimensiones de servicio y acción social de la vida cristiana de fe. Una creciente búsqueda de la verdad, la bondad y la belleza, un mayor interés en la vida espiritual; y un aumento del interés por la justicia y la paz con frecuencia acompañan a la adolescencia. A menos que la Iglesia aborde y afirme estas inquietudes, los jóvenes la abandonarán.

ADOLESCENCIA (de 12 a 18 años)

La adolescencia es sin duda el período de la vida más variable de describir y el más difícil e impredecible de experimentar. Entre los diez y los veinte años de edad, tiene lugar un desarrollo físico, intelectual y psicológico desigual que es mayor que en cualquier otra década de la vida. El



precoz desarrollo físico no indica necesariamente desarrollo emocional o social. Las expectativas culturales, familiares y congregacionales de los adolescentes, las reacciones [que las mismas suscitan] y el apoyo [que obtienen] influyen notablemente en cuan apacible ha de resultar su tránsito hacia la adultez. Sin embargo, hay comunidades en el desarrollo que es útil tomarlas en cuenta al planear la catequesis para esta fertilísima edad de formación y crecimiento de la fe. Pero debemos recordar que la adolescencia exige una variedad de actividades concebidas para satisfacer sus necesidades.

Los adultos que viven y trabajan con jóvenes deben tomar en consideración su desarrollo físico, intelectual, social y emocional, moral y religioso antes de siquiera comenzar a planear

«Las hijas adolescentes quieren ser reconocidas y respetadas. Quieren conservar su relación con nosotras como madres, al tiempo que obtienen el continuo reconocimiento de que se han convertido en adultas».

*Elaine McEwan en My Mother
My
Daughter, Harold Shaw
Publishers,
1992.*

programas o actividades. Debido a su enorme diversidad de desarrollo, los adolescentes requieren toda una variedad de tipos y niveles de actividades. Los adolescentes, tanto varones como hembras, casi llegan a alcanzar su plena estatura en el momento del crecimiento súbito (del «estirón»), aunque las hembras comienzan este proceso por lo general un año antes que los varones.

Las extremidades pueden crecer rápidamente y de manera irregular, lo cual es responsable de la torpeza que con frecuencia muestran los adolescentes. La coordinación puede constituir un problema en ese momento, mientras el cerebro no puede mantenerse a la par del cuerpo para arreglar algo parecido a un movimiento grácil.

El adolescente tiene un ritmo metabólico alto, lo cual da por resultado períodos de ilimitada energía seguidos de un letargo. Si bien los jóvenes pueden que no sean capaces de contarnos lo que está ocurriendo en sus cuerpos, pueden revelarlo en su conducta. Pueden

mostrarse torpes, cansados, enérgicos o hambrientos como resultado del crecimiento de sus cuerpos, y es injusto interpretar sus acciones como pereza o travesura sin reconocer que la biología está en función.

Es durante la adolescencia que maduran los sistemas reproductivos. Tanto las hembras como los varones desarrollan características primarias y secundarias y comienzan a advertir inclinaciones sexuales y románticas muy fuertes. Los cuerpos de los adolescentes cambian a ritmos diferentes, conformes a «relojes» internos que son en extremo individuales. Es falso decir que los adolescentes son «hormonas ambulantes». Los adultos se olvidan de cuan inocentemente comienza el proceso del cambio físico con el crecimiento y el cambio de estatura que luego gradualmente incluye el desarrollo sexual.

A diario los adolescentes deben enfrentarse con las imágenes del cuerpo perfecto en los medios de difusión. Ellos perciben que su apariencia está siendo juzgada por sus iguales y por sus padres. Aunque la mayoría de los adolescentes están emocionados por los cambios corporales (o los esperados cambios corporales) que les harán parecer más adultos, al mismo tiempo les preocupa que sus cuerpos sean «normales», y de cómo van a lucir cuando maduren. Los adolescentes deben saber que los cambios en la pubertad son normales y que les ocurren a todos. Y necesitan un especial apoyo para su particular patrón de crecimiento.

La tarea fundamental de la temprana adolescencia es formar una definición funcional del yo. Es esencial para los adultos que viven y trabajan con jóvenes el distinguir entre la conducta que los perturba o molesta (música alta, habitaciones desordenadas) y el comportamiento que perturba y agrede a la persona joven (consumo de drogas, conducta suicida, depresión).



Una señal de grave perturbación en los jóvenes es la incapacidad de relacionarse con sus iguales y de ajustarse a un grupo de ellos. Si bien el grupo puede ser una fuente de influencia negativa en algunas situaciones para algunos adolescentes, la asociación con amigos es necesaria para que los jóvenes se conviertan en adultos socialmente competentes. Es mediante el grupo de sus iguales que el joven comienza a aprender a desarrollar y mantener relaciones íntimas y mutuamente solidarias con personas de su misma edad. Esta es una destreza social que no es característica de los niños pequeños, cuyas relaciones más significativas son las relaciones dependientes con sus padres, pero es una habilidad esencial de adultos normales que funcionan cabalmente.

Además de las estrechas relaciones con sus iguales, las relaciones íntimas con familiares y con otros adultos son necesarias para el desarrollo de un adolescente saludable. Hay ocasiones en que los adolescentes necesitan orientación para situar al grupo de sus iguales en un contexto, por ejemplo, un adulto interviene en una conversación para establecer normas para un evento.

Debido a la necesidad de ser como sus iguales, a su inexperiencia colectiva y a su creencia de que «eso no puede sucederme a mí», surgen situaciones en las cuales los adolescentes deben ser protegidos de sí mismos y unos de los otros. En nuestra sociedad, muchos adolescentes son abandonados al grupo de sus semejantes porque los adultos creen que no pueden contrapesar la presión de aquéllos. Los adultos que trabajan con jóvenes pueden ejercer una influencia sobre los grupos de sus iguales gracias a las expectativas que establecen, las relaciones que construyen y las oportunidades que les ofrecen a los grupos de adolescentes para que funcionen de manera sana y constructiva.



Al expandir su mundo, los adolescentes buscan con frecuencia la compañía de otros adultos que no sean los padres. Estos otros adultos, consejeros, maestros, parientes, vecinos o clérigos, se convierten en modelos determinantes. Estas relaciones con otros adultos son parte importante del desarrollo social del adolescente. Según los jóvenes comienzan a explorar lo que significa ser un adulto, hombre o mujer, necesitan positivos modelos a imitar, especialmente de su mismo género, raza y etnia, que puedan servir como «prueba viviente» de lo que ellos pueden llegar

a ser. Otros adultos también pueden ofrecerles a los adolescentes un sosiego seguro de la intensidad de sus relaciones con sus iguales y con su familia. Es por esto que es importante ofrecer una amplia gama de participación adulta en el ministerio con los adolescentes. Los equipos de liderazgo resultan mucho más eficaces en este sentido de lo que es el solitario «flautista de Hamelin».

Los adultos en congregaciones para están en disposición de por mucho tiempo. Los adultos provenientes de siempre que el adulto esté disposición de ser jóvenes. El éxito en el



maduros y solícitos siempre son necesarios trabajar con los jóvenes, y aquellos que llenar este cometido rara vez están ociosos jóvenes se benefician del ministerio de los toda suerte de trayectorias y ocupaciones, seguro de su propio desarrollo personal y en honesto y franco con los ministerio de los jóvenes

no está vinculado a ningún grupo generacional en particular -los jóvenes se benefician de la presencia de los adultos de todas las edades. Sin embargo, los adultos que trabajan con los jóvenes deben sentirse holgados al establecer límites razonables, y despejar los límites inherentes a la relación con los jóvenes. Si bien un joven adulto debe ser solidario con las necesidades y preocupaciones de los jóvenes, hay que cuidarse de esos adultos que se identifican con los jóvenes, y abdicar, por consiguiente, de su papel de adultos, o que dependen de los jóvenes para sus propias necesidades sociales.

Aunque los adolescentes dicen que acuden al grupo de sus iguales en

«Los adolescentes deben transformar más bien que abandonar su relación con sus padres ... si bien los adolescentes, varones y hembras, tienen las mismas necesidades de descubrirse a sí mismos y de cobrar conciencia de su individualidad, es claro que (varones y hembras), a

busca de compañía y orientación en algunos aspectos de su conducta, tales como vestido, música y entretenimientos; los jóvenes acuden a sus familias en busca de afecto, identificación, valores sociales y éticos, y ayuda para resolver grandes problemas o para tomar decisiones importantes. Las relaciones problemáticas entre los adolescentes y los adultos, ya se trate de que los adultos sean padres o consejeros de jóvenes, a menudo se centran en el creciente deseo de los adolescentes de [alcanzar] autonomía personal.

Si los adolescentes han de moverse de la dependencia de la infancia a la interdependencia de la adultez, deben poseer una independencia y responsabilidad crecientes. Las peticiones (o exigencias) de los jóvenes adolescentes de [obtener] mayor autonomía en algunas cosas, tales como la ropa, la hora de volver a casa, el modo en que invierten su tiempo libre, y la selección de sus amigos, a veces son mal interpretadas por los adultos como reclamos de completa independencia. Si bien necesitan aumentar gradualmente la autonomía en la medida en que maduran, los adolescentes siguen necesitando los límites de la conducta establecidos por los adultos. Estos límites deben permitirles tener voz en determinadas normas y expectativas específicas.

Los desacuerdos entre los adolescentes y sus familias usualmente se relacionan con la necesidad de la familia de reevaluar sus expectativas de un joven que madura. Las familias que pueden hacer ajustes en sus ilusiones y sus normas, y en el modo en que los miembros de la familia se relacionan mutuamente, suelen salir de tales desacuerdos con los lazos familiares intactos y a veces fortalecidos. En realidad, la mayoría de los adolescentes informan que tienen buenas relaciones con sus padres. Perciben que sus padres son comprensivos, razonables, justos y confiables.

En algunas culturas donde la identificación con la cultura étnica tradicional y la influencia familiar son muy fuertes, los períodos de desacuerdo pueden asumir un carácter singular. Mientras estos jóvenes buscan su autonomía y se enfrentan con la sensación de estar atrapados entre su cultura étnica tradicional y la cultura más extensa que los rodea, puede identificarse el conflicto con los padres, especialmente los desacuerdos relacionados con su participación en los grupos de sus iguales. Los adultos que trabajan con jóvenes deben ser cuidadosos en no imponer sus prejuicios culturales, y en reconocer que los jóvenes viven en el contexto de sus familias y de su herencia cultural. Términos tales como «autonomía», «comunidad», «familia» e «independencia», todos ellos pueden interpretarse de manera diferente dentro del contexto cultural.

Según el cuerpo y el contexto social del adolescente crecen más allá de los marcos de la infancia, así lo hace también la mente. Durante la temprana adolescencia surge un nuevo nivel de complejidad para los jóvenes. De manera semejante, mientras el crecimiento del cuerpo y del yo emocional responden a las fuerzas culturales, el crecimiento del intelecto se ve afectado también por fuerzas externas. El sistema educativo experimentado por la mayoría de los jóvenes enfatiza la capacidad de pensar abstracta y reflexivamente. En las sociedades occidentales este modelo de pensamiento resulta muy apreciado, y se traduce como un progreso hacia la madurez. Algunos educadores cuestionan este énfasis en un solo tipo de pensamiento, y ven el valor de la experiencia personal como un modo de entender el mundo. Los jóvenes también cuestionan su propia capacidad intelectual, y pueden verse como «demasiado estúpidos» o «demasiado inteligentes». Los adultos que viven y trabajan con los jóvenes deben ser sensibles a todos los valores situados en el intelecto - a partir de la cultura, en las familias, y de los adolescentes mismos. Es prudente suponer que un desarrollo intelectual diverso está presente en cualquier grupo de adolescentes. Los programas deben ofrecer una variedad de medios de aprendizaje y participación para asegurar que todo el mundo está incluido.



Intelectualmente, los adolescentes viven en dos mundos a un tiempo: el de la experiencia concreta y el del pensamiento abstracto. Su nueva capacidad cognoscitiva incluye la capacidad de entender metáforas y conceptos, y no obstante siguen estando profundamente afectados por lo que conocen a través de la experiencia. En un grado notable, los jóvenes adolescentes creen lo que ven frente a ellos, piensan de manera behaviorista, y relacionarán su experiencia con su conducta. Los adolescentes mayores, por otra parte, reflejan una conciencia más crítica y avanzan para adquirir un sistema de valores personal.

Los adolescentes pueden ser muy críticos de las decisiones de los adultos. Un comportamiento particularmente frustrante, para los adultos, es el cuestionamiento que hacen los adolescentes de reglas y creencias anteriormente aceptadas. Estas preguntas están vinculadas a la expansión de la perspectiva del adolescente. Los adultos deben entender la dinámica que opera cuando se produce este cuestionamiento. «Eso no es justo», es una queja corriente en respuesta a

los esfuerzos del adulto de tomar en cuenta diferencias y circunstancias. Si bien los adolescentes son capaces de comprender que no todo el mundo piensa como ellos, debe recordárseles que existe un panorama mayor.

Los adolescentes son capaces de entender los ideales, y de valerse de destrezas del pensamiento lógico para analizar su propia conducta y la de otros en relación con esos ideales. Pueden ver y cuestionar incongruencias entre el ideal y la conducta que observan, también son



capaces de comprender las razones de las reglas y objetar las reglas que no parecen ser lógicas. Tienen que saber cuáles son las verdaderas razones que hay detrás de «porque yo lo digo». «Porque yo lo digo» no es una respuesta aceptable para los adolescentes. Los adultos que trabajan con los jóvenes deben poder reconocer sus propias

incongruencias y explicarlas.

Los jóvenes con frecuencia parecen estar absortos en sus propias experiencias, apariencia y conducta. Perciben que son el centro de la atención y que son enjuiciados por todo lo que hacen. Este ensimismamiento es una reacción normal y natural a los cambios de la adolescencia. Los adultos deben abstenerse de hacer comentarios y de cuestionamiento. «Eso no es justo», es una queja corriente en respuesta a los esfuerzos del adulto de tomar en cuenta diferencias y circunstancias. Si bien los adolescentes son capaces de comprender que no todo el mundo piensa como ellos, debe recordárseles que existe un panorama mayor.

Los adolescentes son capaces de entender los ideales, y de valerse de destrezas del pensamiento lógico para analizar su propia conducta y la de otros en relación con esos ideales. Pueden ver y cuestionar incongruencias entre el ideal y la conducta que observan, también son capaces de comprender las razones de las reglas y objetar las reglas que no parecen ser lógicas. Tienen que saber cuáles son las verdaderas razones que hay detrás de «porque yo lo digo». «Porque yo lo digo» no es una respuesta aceptable para los adolescentes. Los adultos que trabajan con los jóvenes deben poder reconocer sus propias incongruencias y explicarlas.

Los jóvenes con frecuencia parecen estar absortos en sus propias experiencias, apariencia y conducta. Perciben que son el centro de la atención y que son enjuiciados por todo lo que hacen. Este ensimismamiento es una reacción normal y natural a los cambios de la adolescencia. Los adultos deben abstenerse de hacer comentarios y de promover más esta conciencia de sí

mismos que tienen los jóvenes, no les da mando indebidamente la atención hacia ellos. Déjenles decidir cuando quieran ser el centro de la atención.

Los adolescentes creen que sus propias experiencias son únicas. Esto con frecuencia se expresa en comentarios tales como: «nadie sabe cómo me siento», «no puedo hablar con nadie» o «tú no entiendes». Es también una expresión de soledad. La creencia en su propia singularidad puede resultar riesgosa para los adolescentes que se creen inmunes a las consecuencias de sus actos e invulnerables al peligro. Afirmaciones tales como «yo no saldré embarazada», «no voy a morir en un accidente de carro», «no voy a coger SIDA», o «no me cansaré si me quedo en pie toda la noche», son ejemplos de lo que ellos dicen a sí mismos y a otros.

Los adultos deben ser alentados a escuchar a los jóvenes, y no a argüir que ellos entienden. Respuestas tales como, «tal vez yo no te entiendo, explícalo otra vez» pueden ser útiles. Sin embargo, los adultos pueden contemplar la necesidad de imponer límites a una conducta potencialmente peligrosa. Los adolescentes más jóvenes comienzan a romper estas formas de egocentrismo según crecen y maduran. A través de relaciones con otros adolescentes y compartiendo los intereses y sueños más íntimos, comienzan a darse cuenta de que otras personas experimentan la vida de la misma manera que ellos. Según van adquiriendo experiencias de la vida y se percatan del daño que acontece a otros debido a una conducta peligrosa, comienzan a comprender que no son inmunes a las consecuencias de sus actos.

Según los adolescentes maduran su mundo se expande para reflejar capacidades, deseos e intereses que surgen y para incluir a sus iguales, a otros adultos además de sus padres, y a las comunidades de éstos. Comienzan a relacionar sus intereses, aspiraciones y circunstancias actuales a papeles vocacionales, sociales y culturales que desempeñarían en el futuro. A menudo se muestran ansiosos de comprometerse con personas, ideales y proyectos; pero, debido a que cambian tan rápidamente, muchos de sus compromisos serán de poca duración, pero intensos. [Los adolescentes] necesitan oportunidades para compromisos de visible éxito a corto plazo. El reprenderlos por dejar de cumplir compromisos a largo plazo es inadecuado, ni debe interpretarse como falta de compromiso.

Los adultos de la congregación, al principio, pueden sentirse desarmados por la honestidad de los adolescentes, sin embargo es importante comenzar por validar su experiencia. Comentarios tales como «¡nunca voy a volver a la iglesia!» brindan la oportunidad de entablar una conversación respecto a por qué los cristianos participan en un culto comunitario, en lugar de cancelar la discusión. Las respuestas más significativas para el adolescente son las más honestas. Los adultos deben estar claros tocante a sus propios valores y motivaciones antes de intentar influir en las opciones de un adolescente, ya que ningún intercambio verdadero tendrá lugar sin que esto se revele.



Puesto que los adolescentes tienen un pie en el mundo de la experiencia concreta y otro en las abstracciones, no están orientados hacia las consecuencias. Para ser influido por las consecuencias potenciales, uno debe ser capaz de imaginar los resultados de las acciones. Una mera advertencia acerca de las consecuencias de acciones potencialmente peligrosas no es información suficiente para ellos. Aunque pueden no discutir el consejo en el momento en que se les ofrece, si su experiencia les dice lo contrario, el consejo tiene menor impacto. Por ejemplo, una advertencia acerca de los peligros de beber y conducir pierde importancia cuando lo han hecho y se las han arreglado para evitar el desastre. Incluso si un accidente le ocurre a alguien a quien conocen, pueden disculparse diciendo, «eso no me sucederá a mí». Los adolescentes no tienen un sentido coherente de su propia mortalidad.



La educación moral de los adolescentes debe ser actual, progresiva y relacionada con sus propios problemas. Una de las tareas significativas del desarrollo del adolescente es el de adquirir y fortalecer su propia capacidad de tomar decisiones con integridad. Los jóvenes necesitan el aliento, la confianza y el apoyo de los adultos en este proceso. Los adolescentes más jóvenes sólo están empezando a aprender a razonar deductivamente. Ellos necesitan saber las «verdaderas razones» de las opciones de la conducta para que les ayuden a tomar decisiones sensatas. Necesitan razones, no reglas. Un estricto sistema de reglas no les sería útil al tomar decisiones sobre sí mismos en diversas y compli cadas situaciones. Aprender a razonar sí les sería útil.

«La calidad de un desarrollo espiritual e intelectual de un cristiano suele relacionarse con el tipo de enseñanza a la que tenga acceso a través de toda su vida. La enseñanza del Espíritu Santo, sin la cual nuestras vidas son totalmente estériles, es una enseñanza mediatizada a través de los siervos en la Iglesia de Cristo».

*Locke Bowman en Straight Talk
About Teaching in Today's
Church. Westminster Press, 1967.*

Los adolescentes más jóvenes pueden ser muy autoritarios. Según comienzan a tener en cuenta ideales como la justicia y problemas sociales más amplios, comienzan a comprender que existe tal cosa como un contrato social, y que son necesarias las normas y las leyes para el mayor bien social. No obstante, todavía no pueden ver las distinciones más sutiles, «las zonas grises» entre correcto y erróneo. Su noción de la justicia aún no está temperada con misericordia. Les toma tiempo comprender los matices e interrelaciones de los diferentes ideales. La

educación en la justicia a menudo puede dejar a los jóvenes adultos que son líderes en desacuerdo con los adolescentes más jóvenes, cuando éstos dejan de apreciar los matices. Es importante que los adultos estén conscientes de las limitaciones en la percepción de los jóvenes.

Los adolescentes tienden a tomar decisiones morales basadas en demandas externas. Los criterios personales de conducta se determinan en gran medida fuera de uno. La familia, los iguales, la sociedad y las organizaciones a las que pertenecen, tales como la iglesia, todas ellas les influyen. Los adolescentes respetan y usan a otros como puntos de referencia en sus razonamientos acerca de la justeza o error de sus acciones personales. Es importante ofrecerle al adolescente oportunidades de grupo. La lealtad y la conformidad a los grupos son valores primarios. La aceptación personal y la aprobación de otros es decisiva para el amor propio. El reto para las familias y las iglesias, así como para sus iguales, es crear comunidades vigorosas y sanas donde los adolescentes puedan desarrollar su propia integridad personal.



Los adultos que trabajan con jóvenes frecuentemente tienen que enfrentarse a preguntas como estas, «¿cómo hacemos para que los jóvenes participen en [la vida de] la Iglesia?» Sin embargo, el verdadero énfasis debe ponerse en cómo la Iglesia puede comprometerse más con los jóvenes. Los ministerios de los jóvenes no deben ser para formar creyentes que son adultos potenciales, sino más bien para capacitar el continuo crecimiento de los creyentes adolescentes. El cambio hacia comunidades de aprendizaje permanente es acaso la clave para cambiar la



mentalidad, lo cual sugiere que la primera motivación detrás de los ministerios de niños y jóvenes es ofrecer instrucción de la cual puedan servirse en años posteriores. Los cambios físicos, sociales e intelectuales de la adolescencia ofrecen el punto de partida para los empeños del ministerio de los jóvenes. La totalidad de un ministerio con adolescentes no puede abordarse en un grupo de jóvenes o en un programa de la escuela de la iglesia. El ministerio de los jóvenes no se limita a los programas y actividades auspiciados dentro de la comunidad eclesiástica. Se dirige también hacia el exterior, a las necesidades, intereses y problemas de los jóvenes en la sociedad.

Los adolescentes comienzan a construir su fe interpersonalmente. Reconstruyen su imagen infantil de Dios, que se convierte en un Dios personal. Son receptivos a aprender formas de orar más personales y se tornan más reflexivos al participar en la liturgia y en el sacramento. Los adolescentes necesitan oportunidades para relacionar sus tradiciones religiosas con diversas oportunidades de descubrirse y definirse a sí mismos. En la ministración de adolescentes, debemos estar atentos a su experiencia personal de la presencia activa de Dios. Esto no significa que abandonemos la tradición de la comunidad de la fe. Más bien, debemos hacer un esfuerzo para conectar la experiencia del adolescente con la interpretación comunitaria de Dios y de la Iglesia como una comunidad de apoyo. La influencia humana más poderosa en la fe formativa de los jóvenes es ejercida por las familias y otras personas importantes, que viven y expresan su propia fe. A largo plazo, los jóvenes hacen sus juicios éticos al comportarse tal como la familia, sus iguales y las otras personas importantes en sus vidas lo esperan de ellos.

Para los adolescentes existe un vínculo muy definido entre creer y pertenecer. La temprana adolescencia es una edad para estimular la afiliación a la comunidad religiosa de uno a través del conocimiento de su tradición, de la participación en su vida y vitalidad actuales. Es una edad de participación activa en la vida de la comunidad, con sus símbolos, rituales, historia y tradiciones. Es una edad de fidelidad y alianza. Los adolescentes mayores comienzan a procurar un estilo de fe, y buscan convicciones a través de un juicio crítico de los medios de la comunidad. Estos adolescentes lucharán por su propia identidad religiosa, y pueden tender a distanciarse en cierto grado de la autoridad de la comunidad, para comenzar a crear un sistema de creencia que obedezca a sus propias normas y sea sostenido y apreciado de un modo personal.

Nutrir la fe del adolescente no es otro empeño de programa, sino un incentivo a una vida de relaciones.

Los adolescentes buscan un compromiso personal, que incluye el acercarse a otras personas, ideas, creencias, causas y opciones de trabajo. La Iglesia puede asistir a los adolescentes menores cuando comienzan este proceso formativo de adquirir un compromiso y un propósito para su vida. La participación en las actividades religiosas ofrece una válvula de escape a la curiosidad, el idealismo y el deseo de realizar cosas que es característico de los adolescentes.

«Como padres, esperamos naturalmente que nuestros hijos tendrán una fe robusta cuando crezcan. Les ofrecemos todo lo que creemos verdadero, importante y sólido, y nos sentimos heridos si lo rechazan».

LaVonne Neff en One of a Kind, Multnomah Press, 1988.

La participación en las actividades culturales y el servicio comunitario puede ser la causa de una afiliación cuando ellos [los adolescentes] participan activamente en la toma de decisiones. La participación en la vida cultural de la congregación es uno de los modos en que se expresa la fe del adolescente; es también uno de los medios claves para la formación de la fe. Pero no es el único, ni siquiera el fundamental. La formación fundamental de la concepción del mundo y de

«El pequeño grupo empieza con la misma naturaleza de Dios».

Neal F. McBride en How to Lead Small Groups, NavPress, 1990.

la fe en Dios de los jóvenes tiene lugar dentro del hogar. Desde una edad muy temprana, los niños aprenden si el hacer preguntas acerca de Dios, la vida y la muerte incomoda o no a sus padres. Ellos saben si sus padres consienten sus preguntas y toman en serio sus comentarios.

Con frecuencia, cuando los adolescentes comienzan a manifestar su desinterés en asistir a los oficios religiosos, los padres se sienten compelidos a responder con sentimientos de fracaso y de aceptación hostil. Sin embargo, en los hogares donde los adultos regularmente oran con sus hijos, crean rituales domésticos, y laboran juntos sobre los temas de justicia y paz, los jóvenes aprenden mucho acerca de lo que significa ser una persona fiel. En un hogar donde la fe de una persona joven se nutre de la vida cotidiana, la participación en la vida cultural de la congregación es un aspecto, si bien muy importante, de la expresión de la fe. El que una familia adore junta o no puede ser aún un foco de tensión familiar, pero la presencia del joven [a estos cultos] no importará tanto como su fe en vías de desarrollo.

La asistencia es un problema secundario para una familia y una comunidad religiosa que se empeña en capacitar a personas para que expresen su fe en Dios, su interés por la humanidad y la tierra, y su apoyo mutuo como compañeros de viaje. Dentro de este marco, es más fácil para

los padres oír la insatisfacción de los jóvenes con la Iglesia como problemas a discutir y a resolver, que como una señal de que sus hijos rechazan la fe en Dios. Con demasiada frecuencia los padres reducen al círculo de la vida privada las contradicciones religiosas de su familia partiendo de la creencia errónea de que están fracasando como padres o que a sus hijos simplemente no les gusta la Iglesia.

Pero las necesidades de los jóvenes en una familia suelen ser también las necesidades de los otros. Si los padres preocupados estuviesen en disposición de compartir su preocupación con otros de su congregación, podrían ser capaces de luchar con éxito por lo que sus hijas e hijos necesitan. Los padres podrían incluso enriquecer su propia fe al comprometerse con otros, incluidos sus hijos, a hacer que la comunidad en general responda más a las necesidades de sus participantes de todas las edades.

En alguna medida, la opinión contemporánea ha afirmado erróneamente que es un movimiento natural que los jóvenes abandonen la congregación. Se supone que es importante esperar ansiosamente su regreso luego de esa fase de rebelión. El que aceptemos esas



suposiciones nos impide examinar seriamente los problemas de pertenencia que tienen los jóvenes en las comunidades religiosas. Los jóvenes abandonan la Iglesia porque la misma está solamente concebida para responder a las necesidades e intereses de los adultos, y los adultos en la comunidad no están dispuestos a compartir su fe y sus vidas con ellos [los jóvenes].

No hay ninguna misteriosa razón por la cual los jóvenes dejen de participar con frecuencia en la vida congregacional. La mayor parte no siente una buena acogida. En muchos casos no existen las oportunidades para una participación significativa, y tal vez no se le presta demasiada atención a ofrecer a los jóvenes un grupo social al que puedan pertenecer. Podría ser que la instrucción que se imparte no está tomando en cuenta, entre otros intereses, la necesidad de los jóvenes de tener alguna opinión a la hora de definir la agenda. Acaso no hay sitio en el culto para la contribución de los jóvenes, y el lenguaje no se explica ni los conceptos se hicieron aplicables a la vida cotidiana. La relativa ausencia de jóvenes de la vida congregacional habla como una prueba poderosa. Este patrón sólo

será seriamente revertido cuando las congregaciones tomen en serio los problemas de la inclusión y la participación en todos los aspectos de su vida.

El ministerio de la juventud debe capacitar a los jóvenes para transformar el mundo como seguidores de Jesucristo al vivir por la justicia y la paz. El ministerio de la juventud invierte a los jóvenes con el conocimiento y las destrezas para servir a otros y aprender a transformar las injustas estructuras de la sociedad. Un eficaz ministerio de la juventud alienta a los jóvenes a examinar su cultura a la luz de su fe y su fe a la luz de la cultura. Con frecuencia, es en el contexto cultural, y a través de él, que los jóvenes harán nacer su fe personal y adoptarán nuestra fe comunitaria. Este contexto cultural no es una preocupación periférica en el ministerio de la juventud, sino un principio fundador.

Con frecuencia los adolescentes expresan el deseo [de tener] una liturgia más contemporánea y personal, y la catequesis litúrgica podría incluir formación y experiencias instructivas [hechas] por un clérigo o catequista que trabaje con un grupo de adolescentes para estudiar la estructura de la Eucaristía y para concebir y ofrecer una liturgia alternativa, utilizando el marco de la Fórmula III. Los acontecimientos litúrgicos de los jóvenes pueden ofrecer oportunidades a los adolescentes de compartir su música, su danza u otros dones creativos o interpretativos, pero es mejor si estos se integran en la liturgia parroquial cada semana. Los adolescentes también deben ser alentados a reflexionar sobre las Escrituras y sobre las promesas hechas en su nombre en el Pacto Bautismal a la luz de decisiones vitales que creen que Dios está llamándoles a hacer.

La catequesis ética para los adolescentes debe concentrarse en ayudarles a confrontar las decisiones morales que deben tomar dentro del marco de la ética cristiana. Por ejemplo, el despertar de la sexualidad suscita muchas interrogantes y posibles decisiones: acerca de la preponderancia de lo sexual en una relación, el posible embarazo y la responsabilidad para con la pareja sexual de uno y la criatura no nacida aún, la protección del SIDA y de otras enfermedades venéreas, la ética del aborto versus el entregar un niño en adopción, etc. Tristemente, los valores de los adolescentes con demasiada frecuencia se forman a partir de presentaciones informativas de los medios de prensa

«La Iglesia ha de tener en mente que la lingüística es sólo un criterio cultural. Una población joven que trata de determinar su identidad y su destino necesitará de cristianos sensibles que la asistan. En el proceso, a la Iglesia le cuestionarán sus tradiciones culturales, su perspectiva teológica y su formación eclesiástica».

Manuel Ortiz en The Hispanic Challenge, Opportunities Confronting the Church, InterVarsity Press, 1993.

o de presentaciones de «valores neutrales» por un grupo que no incluye el discernimiento de Dios como parte del proceso de la toma de la voluntad de decisiones, tal como el programa catequético puede.

El enorme interés de los adolescentes en la discusión de ideas y sentimientos en las relaciones íntimas puede conducir a la catequesis espiritual en la oración breve, el estudio bíblico o el participar en reuniones de grupos en las casas de los participantes. Los adolescentes deben estar bien fundamentados en la ortodoxia cristiana cuando pasan de la orientación paterna y congregacional a relaciones con personas de muy diferentes religiones y credos morales. Puesto que la mayoría de los adolescentes responden positivamente a los retiros, especialmente en un ambiente al aire libre, el catequista podría concebir retiros que los introdujeran a nuevas formas de oración, tales como meditar sobre la Escritura o la creación de Dios, o a otras formas de disciplina espiritual, tales como el silencio, el rezo de las horas canónicas y el ayuno.

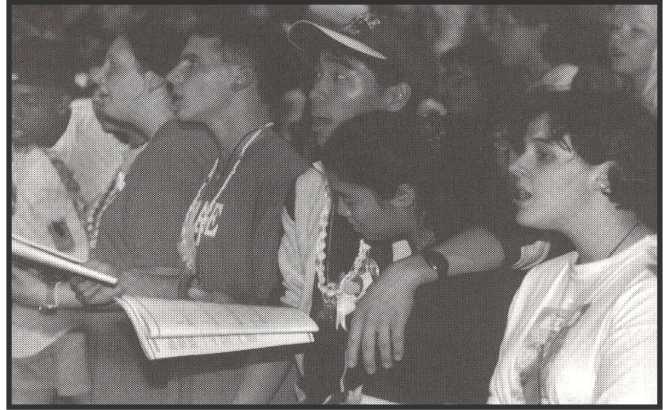
Una buena manera de validar los dones de los adolescentes es ofrecerles oportunidades de participar en proyectos de servicio y en programas de acción social. Un programa de acción social para la juventud debe dar a los jóvenes la oportunidad de desarrollar una conciencia social y un compromiso con la justicia y la paz a través de la educación y la acción. El -servicio ofrece oportunidades para servir a la comunidad a través de los programas de extensión. Muchas congregaciones y diócesis patrocinan la acción social o los viajes de «misión» de los jóvenes. Esas experiencias educativas pueden desarrollar el amor propio y las destrezas de liderazgo, así como un mayor sentido de responsabilidad social. No obstante los proyectos bien intencionados con demasiada frecuencia carecen de beneficios potenciales, convirtiéndose fundamentalmente en oportunidades de viajar, tanto para los jóvenes como para sus auspiciadores, y ¡suscitando en ocasiones la cólera o sentimientos de impotencia en las personas a quienes visitan! Los proyectos de acción social para jóvenes, a fin de que sean experiencias transformadoras, deben enseñar a los jóvenes el modo en que la opresión funciona en la sociedad, y destacar cómo participamos en esa opresión. Más bien que ser tratados con benévola condescendencia, los participantes deben reconocer cómo Dios ya está manifestándose en esos encuentros. En tanto el proyecto de servicio típico frena la transformación concentrándose en la exposición temporal de los individuos, un proyecto de acción social se concentra en el problema de la justicia al enfatizar la opresión del sistema y la necesidad de facultarse.

Entre los criterios útiles para los que planifican las experiencias de acción social para la juventud se incluyen:

- El proyecto es crear una relación a largo plazo entre grupos de personas.
- El proyecto tiene una relación directa con la comunidad matriz de los participantes y un impacto sobre ella.
- El proyecto hace hincapié en la relación mutua entre las personas más bien que el trabajo para el pueblo.
- El proyecto demuestra un enfoque sistémico a los problemas más bien que un enfoque que enfatice la caridad del servicio.
- Las concepciones del proyecto permiten que aquellos a quienes se visitan definan sus propias necesidades.
- El proyecto demuestra un proceso de planificación-y-evaluación que incluye la plena participación de jóvenes y adultos que reflejan la diversidad de la congregación o diócesis que apadrina así como de la comunidad anfitriona
- La concepción del proyecto incorpora claramente una deliberada creación de comunidad, así como la toma de decisión que capacitará a los jóvenes y adultos a hablar con franqueza y sinceridad de sus experiencias.
- El proyecto incluye una previa orientación educativa para todos los jóvenes y adultos que participan.
- El diseño demuestra a las claras cómo el proyecto será supervisado y evaluado.

Otras actividades que dan a los jóvenes una oportunidad de explorar los temas de la justicia incluyen talleres, actividades políticas, intercambio postal internacional y foros. Padres y jóvenes juntos pueden participar en programas de hospedar refugiados, o en festivales de la paz. El trabajo de intercesión, que conlleva una acción concertada y orientada hacia el cambio de las estructuras que permiten que la injusticia exista y crezca, cae en esta categoría de programas, y conlleva el enseñar el funcionamiento de los sistemas y el modo en que las estructuras hacen su impacto en la gente y pueden ser cambiadas. Los jóvenes de la congregación pueden ser «intercesores» mediante la asistencia a reuniones políticas, escribiendo cartas a los legisladores, y llevando a cabo acciones simbólicas, así como también organizando y participando en boicots, y escribiendo cartas al editor.

Puesto que los adolescentes disfrutan probando su fuerza física, muchos son excelentes en las actividades al aire libre y como conservacionistas. Sin embargo, no siempre pueden expresar un fundamento teológico para su preocupación en proteger la tierra. Las experiencias en la catequesis ecuménica son necesarias para



ayudar a los adolescentes a comprender por qué y cómo pueden ser fieles mayordomos de la creación de Dios. Quizá ellos podrían ofrecer voluntariamente su tiempo y energía a las agrupaciones que conservan los animales, o pueden limpiar con gran dedicación la basura de una «carretera adoptada». El catequista también puede ofrecer experiencias instructivas que alienten a los adolescentes con avanzadas dotes intelectuales a estudiar el proceso político de promulgar leyes que afectan la creación de Dios, tales como el uso de animales en los ensayos de productos, la protección de las ballenas u otras especies en peligro de extinción, o el abuso comercial de las tierras tribales de los norteamericanos nativos, y aprender los modos en que sus puntos de vista pueden oírse en los salones del Congreso. El tiempo, el intelecto y la energía emocional invertida en tal proyecto envalentonarán aún a los adolescentes ordinariamente reticentes para proclamar sus posiciones en categorías del Evangelio y evangelizar mediante la puesta en práctica de su fe.

El ministerio de los jóvenes debe cambiar de ser un ministerio de orientación programática a un ministerio arraigado en las relaciones, de un ministerio para los jóvenes y dirigido a los jóvenes, a un ministerio con los jóvenes y por los jóvenes. Esto significa que debemos evitar el igualar el ministerio de los jóvenes con una agrupación de jóvenes. Significa que reconocemos que el ministerio de la juventud es la responsabilidad de toda la congregación y no de un «ministerio de la juventud».

Los jóvenes se benefician de un liderazgo equilibrado en el que haya adultos de diversas edades, así como con diversas trayectorias socioeconómicas y culturales. Los ministerios de jóvenes más eficaces son los que pueden comunicar una fe viva, los que son psicológicamente maduros, y los que están comprometidos con el modo de vida cristiano, y les gusta estar con los jóvenes y trabajar con ellos.

Otra realidad que debe abordarse es que la gran mayoría de nuestros programas de jóvenes están dirigidos a jóvenes blancos de clase media. Deben incluirse las necesidades, intereses y enfoques de una variedad de razas, etnias y culturas.

Nuestros ministerios con los jóvenes deben ocuparse de esos jóvenes que están en peligro, para quienes el futuro parece sombrío, que han sido abandonados o maltratados por los adultos, que viven con tensiones, y que a menudo padecen de depresión. Las condiciones que ponen a los jóvenes en peligro con frecuencia son producto de su medio, pero también son la consecuencia de la conducta típica del adolescente.

CAPÍTULO

13

**PARA ENTENDER LAS NECESIDADES DE
LOS JÓVENES ADULTOS, LOS ADULTOS
DE MEDIANA EDAD, Y LOS MAYORES**



UN LLAMADO A ENSEÑAR Y APRENDER

INTRODUCCION

Los jóvenes adultos son cada vez más un grupo distinto de personas con necesidades muy peculiares. La generación nacida entre 1961 y 1981 está arribando a la mayoría de edad acompañada constantemente por las realidades de la televisión y la tecnología más avanzada, el reto que significa la divisiones y fusiones recientes de las familias, un mercado laboral que es el peor de que se tenga memoria, la crisis ambiental, y un futuro económico que a veces se le llama «descendentemente móvil». Algunos de estos jóvenes adultos tendrán acceso a una educación superior, pero muchos no. Unos y otros deben ser incluidos en el ministerio catequético general de una congregación y ser ministrados conforme a sus necesidades especiales.



Entre los dieciocho y los treinta y cinco, se toman numerosas decisiones concerniente a la carrera y la vocación, las relaciones, el papel social y el estilo de vida, y las afiliaciones religiosas, para sólo nombrar unas pocas. De manera creciente, muchas personas están dedicándole más tiempo a esta toma de decisiones. Los que se encuentran en este grupo generacional también necesitan aprender más plenamente el modo de llevar vidas cristianas más genuinas y de llevar a cabo el ministerio en sus vidas diarias, así como el modo de asumir responsabilidades dentro de la Iglesia. La parroquia puede ofrecer una comunidad de mentores e iguales para aquellos que andan en busca de identidad, sentido [para sus vidas] y fe.

Están también los que se encuentran en la mediana edad (de treinta y cinco a sesenta y cinco) con sus necesidades especiales. La catequesis de los adultos es particularmente importante si la Iglesia ha de ser auténtica. La Iglesia debe tomar en serio tanto a los solteros como a los casados. Debe ofrecer a padres y tutores ayuda para llevar a cabo sus responsabilidades de criar hijos en la vida cristiana de fe; debe preparar a los adultos a participar en la misión de la Iglesia en el mundo y contemplar la vida y el trabajo diarios como un ministerio. Los adultos deben desempeñar un papel fundamental en la definición de la catequesis que necesitan. Su experiencia

de la vida debe valorarse según aprenden a reflexionar sobre esas experiencias a la luz de la fe cristiana.

De modo semejante, los que se encuentran en una posterior (de sesenta y cinco a ochenta) y mayor adultez (mayores de ochenta) deben ser valorados por sus diferentes contribuciones a la comunidad cristiana. Los adultos son de importancia decisiva para el futuro de la Iglesia; a menos que haya fieles adultos, la Iglesia no podrá formar niños en la vida cristiana de fe. Por consiguiente, la catequesis de los adultos debe convertirse en una prioridad.

«¿Cómo descubre uno su identidad? Mi respuesta sería a través del trabajo y a través del amor, y ambos implican dar más bien que recibir. Cada uno de ellos exige disciplina, autocontrol, y una especie de altruismo, y ellos son retos para toda la vida».

May Sarton en Recovering, A Journal, W. W. Norton, 1980.

No obstante, asignarle primacía a la catequesis de los adultos no es sacrificar la catequesis a lo largo del ciclo vital. Significa más bien cerciorarse de que lo que se alcanzó anteriormente es llevado a su culminación, y de que los adultos están preparados para ayudar a los niños, a los jóvenes y a los jóvenes adultos a crecer en su vida de fe. Además, en una edad de rápidos cambios y de creciente número de problemas nacionales e internacionales, los adultos deben prepararse y ser alentados a comprometerse en la misión de la Iglesia de restaurar a todos a la unidad con Dios y de unos con otros en Cristo. Los adultos deben aprender y poner en práctica las exigencias de mayordomía del Evangelio en lo tocante a tiempo personal, talento y bienes, así como también en lo que respecta a la mayordomía de la creación. Deben aprender a practicar el mandato del Evangelio de evangelizar, presentando a Jesucristo en el poder del Espíritu Santo de manera que las personas puedan ser inducidas a aceptarle como Salvador y a seguirle como Señor dentro de la hermandad de la Iglesia.

Los que se encuentran en la adultez posterior (de sesenta y cinco a ochenta) aumentan en número y llevan vidas sanas y productivas, pero con frecuencia resultan desatendidos. Algunos de ellos, por haberse jubilado, tienen mucho que contribuir a la misión de la Iglesia. Ellos requieren nuevas oportunidades para el ministerio. Sus necesidades catequéticas son tan grandes como las de cualquier otro grupo generacional y cuentan con tiempo para el aprendizaje y el servicio. Al aportar toda una vida de conocimiento y destrezas adquiridas, constituyen nuevos recursos para el ministerio catequético de la Iglesia.

Los adultos mayores (los que pasan de los ochenta) comienzan a tener necesidades psicológicas y sociales especiales, así como crecientes limitaciones mentales y físicas que deben ser atendidas. Sus necesidades catequéticas con frecuencia resultan complicadas por el hecho de

que muchos de este grupo generacional se encuentran reclusos en sus hogares o en alguna institución. Muchos tampoco cuentan con relaciones entre la gente de su misma edad que los apoye y, cada vez más, sus hijos viven muy lejos de ellos. La Iglesia debe encontrar maneras imaginativas de ministrarles y de integrarles a la vida de la congregación.

JÓVENES ADULTOS (de 18 a 35)

Los umbrales sociales y legales de la adultez en nuestra cultura se producen en momentos incongruentes (por ej. la mayoría legal, el servicio selectivo, la graduación de nivel subgraduado en la universidad, el matrimonio). Para personas de clase obrera, la graduación de la escuela superior o el obtener un empleo de jornada completa es un hito, mientras para los que se encuentran al margen de la economía, recibir su propio cheque del Bienestar Social señala en ocasiones «la mayoría de edad». Para aquellos que invierten en una educación subgraduada, se supone que la iniciación en la adultez se produce alrededor de los veintidós años.

Estas suposiciones parecen cuestionarse hoy día más que en el pasado. Conocemos a jóvenes adultos en un punto de la carrera de su vida en que se están definiendo los cometidos que, no obstante, siguen sujetos a indagación y cambio. En esto se incluiría los compromisos con una comunidad religiosa, la carrera y la vocación, y las relaciones íntimas. La Iglesia ha tenido un lugar en conversaciones acerca de todos estos compromisos, pero el marco temporal en el cual se ventilan estas cuestiones se ha alargado. Es común para los que se encuentran al final de la veintena, el seguir explorando cometidos profesionales y vocacionales y las cosas de la vida que se le relacionan. El mercado laboral de hoy ofrece menos oportunidades para un empleo vitalicio, o incluso una carrera continua en un solo campo. Los jóvenes adultos de hoy es probable que tomen algunos riesgos calculados, tales como seguro de salud limitado, o ninguno, con empleos de media jornada para cumplir, o simplemente para pagar las cuentas. A veces esto se hace «para mantener las opciones abiertas». Esto puede parecer indeciso, pero en gran medida



este modo de comportarse es, de hecho, pragmático. La tentación del «vocacionalismo», o una orientación a profesiones o carreras específicas en busca de seguridad personal es una constante.

También encontramos que los jóvenes adultos de hoy difieren el comprometerse en relaciones permanentes, aplazando la edad promedio del matrimonio hacia los treinta. Nuevamente, gran parte de esta actitud nace del pragmatismo más bien que de la indecisión. Con la llegada de una generación que creció con el divorcio, las realidades del SIDA y el embarazo de las adolescentes, son muchos los que se someten a experimentos de cohabitación e incluso de permanecer célibes. El diez por ciento puede que nunca llegue a casarse, lo cual es el doble del porcentaje anterior. Nuestras suposiciones acerca del matrimonio en el ciclo vital deben seguir siendo cuestionadas, así como también nuestra comprensión de la «familia». No significa poner un énfasis excesivo en la necesidad de concentrarse en el ministerio de los «solteros», sino más bien considerar seriamente los problemas de condiciones vitales al decidir cuándo y dónde la comunidad reunida se pone en contacto con estos individuos. Como en el caso del ministerio con los jóvenes, la pregunta no es «¿cómo conseguir que los jóvenes adultos se comprometan más con la Iglesia?», sino más bien «¿cómo lograr que la Iglesia se ocupe más de los jóvenes adultos?». Nuestro estilo de vida congregacional debe adaptar, por ejemplo, las diferencias en las horas apropiadas para las actividades, la extensión de los ajustes temporales requeridos, y las cuestiones fundamentales que los jóvenes adultos aportan.

«Puesto que todo el mundo es un individuo, nadie puede ser tú. Tú eres único. Nadie puede decirte cómo emplear tu tiempo. Es tuyo. Tu vida es tuya propia. Tú la moldeas. Tú la haces. Todo lo que uno puede hacer es apuntar modos y medios que han resultado útiles a otros».

Eleanor Roosevelt en You Learn by Living, Westminster Press, 1960.

Los jóvenes adultos no están fundamentalmente preparándose para la vida, ya se encuentran en la vida. Sus identidades son verdaderas, pero tal vez no definitivas. La postadolescencia es un tiempo de prueba, de vulnerabilidad y de fragilidad en fuerza.

En lo tocante al desarrollo de la fe, los jóvenes adultos están en el proceso de pasar de una fe adquirida a una fe propia. El proceso por el cual uno se mueve en este continuo debe ser



facilitado por la comunidad reunida. No es inusual para los jóvenes adultos, especial mente los recién llegados a la Iglesia Episcopal, haber estudiado tradiciones de otra fe y haber cuestionado y explorado el cristianismo como una entre varias tradiciones legítimas y dinámicas. Debemos ser receptivos a esta búsqueda a fin de permanecer en la



conversación.

Aunque algunos jóvenes adultos regresan a la Iglesia al establecerse con sus familias, no podemos suponer que los muchos jóvenes que crecieron en la Iglesia regresarán luego de que el ministerio de los jóvenes los «abandonara». Para abordar la transición entre la adolescencia y la adultez joven, debemos considerarla y destacarla más cuidadosamente en la vida congregacional. El atender a los eventos importantes enfatizaría con mayor claridad el tránsito a la joven adultez, al explorar planes futuros, poniéndole fin a una relación y comenzando una nueva. Es esencial el contacto significativo con adultos y una reiteración de la disponibilidad de papeles en la congregación; para los que se van a la universidad o al servicio militar, algunas congregaciones han instituido feligresías «afiliadas», mientras otros los han remitido a otras congregaciones.

De las muchas oportunidades que tenemos de llegar a los jóvenes adultos, nuestro ministerio en las universidades es probablemente el más significativo, dada su concentración numérica y la naturaleza de la empresa académica. La respuesta de la Iglesia a la búsqueda de jóvenes adultos no puede esperar hasta el término de la educación formal; debe estar operando plenamente a lo largo de toda la carrera, invitándoles continuamente a la comunidad.

ADULTOS DE MEDIANA EDAD (de 35 a 65) y ADULTOS MAYORES (+65)

Los adultos no atraviesan por las etapas fundamentales de desarrollo físico y psicológico que se identifican en los otros grupos generacionales. Sin embargo, existen diferencias en las experiencias vitales, diferencias de cosmovisión, y diferencias en el desarrollo de la fe y de la formación moral de los adultos, que afectan el modo en que éstos enfocan el aprendizaje y el modo en que la Iglesia debe configurar la catequesis.

Los años de la mediana edad suelen ser tiempos de grandes cambios. Tradicionalmente, los hombres se habían establecido en sus carreras, alcanzando tal vez su pináculo, y se preguntaban cuál era el próximo; mientras las mujeres estaban saliendo de la intensa época de la crianza de los hijos y andaban en busca de nuevas direcciones en sus vidas.

En la actualidad la situación es aun más compleja. La mayoría de los hombres y las mujeres ahora trabajan jornada completa. La carrera dual a veces da lugar a que uno de los en la pareja sacrifica las metas de su propia carrera para que la otra persona pueda avanzar. Los

matrimonios que tienen que viajar, a veces largas distancias, para llegar a su trabajo, ahora son más comunes. Un hombre se encuentra en ocasiones en la nueva posición de seguir a su mujer cuando a ella la transfieren, y tiene que buscar cualquier empleo que le aparezca en la nueva localidad.

La economía de los últimos tiempos ha producido a esas personas con altísimos salarios o puestos seguros, o ambas cosas, enfrentadas al desempleo o al subempleo. Los hijos crecidos, a



veces con hijos ellos mismos, han regresado a vivir con sus padres, o han sido incapaces de irse al llegar a la joven adultez. Los adultos de mediana edad, que a menudo se encuentran cuidando a padres ancianos hasta bien entrada su propia ancianidad, pueden ahora tener a su cuidado tres generaciones: sus padres, sus hijos y sus nietos.

Para la mayoría de la gente, la media edad es una época para re-examinar las prioridades mientras reevalúan sinceramente sus sueños y las realidades de sus vidas. Carreras en diferentes direcciones, cambios en las relaciones, cambios en el cuerpo y problemas de salud, y sencillamente el tiempo «que queda», todo repercute en la percepción de uno mismo y los objetivos para el resto de la vida de uno.

Las congregaciones tienen el deber de escuchar a los adultos de mediana edad y acompañarles. Estos adultos tienden a asumir la responsabilidad por su propio aprendizaje y quieren que la experiencia de su vida sea valorada e integrada en lo que aprenden. Quieren tratar de los problemas de la vida y la muerte y las preocupaciones a que ellos y sus amigos y familiares se enfrentan diariamente.

Los adultos de mediana edad deben encontrar maneras de vivir como fieles discípulos a través de la liturgia, el estudio, el servicio, el testimonio y la comunidad sin que resulten abrumados con las tareas del mantenimiento institucional que pueda convertir a la iglesia en simplemente otra exigencia de una vida ya bastante ocupada. No es útil contarles más acerca de lo que anda mal en el mundo -ellos ya saben muchísimo acerca de eso. Necesitan, más bien, encontrar modos en los cuales puedan trabajar individual y corporativamente para hacer una contribución significativa.

Con los adultos mayores, la edad cronológica se hace cada vez menos útil como indicador del desarrollo. Los asuntos importantes son la salud, las circunstancias, la personalidad, el estilo de vida, y la perspectiva de la vida. Muchos adultos mayores son físicamente saludables y activos.



Algunos tienen más energía y tiempo que dedicar a la enseñanza y al aprendizaje que en cualquier otra época de sus vidas. Muchos tienen una fe madura, amén de sabiduría de la vida, que hacen que sus contribuciones sean particularmente valiosas para la Iglesia.

Los adultos mayores se enfrentan a los problemas de vida y muerte con creciente frecuencia, según los miembros de la familia, los amigos y otras personas de edades semejantes mueren o quedan incapacitadas. Pueden tener necesidad de enfrentarse con su propia falta de capacidad o de libertad, y tienen que enfrentarse con su propia muerte que cada vez se hace más inminente. Más que la mayoría de los adultos, las personas mayores pueden reconocer la naturaleza ilusoria de muchas de las promesas de nuestra sociedad y ver más allá del aquí y el ahora.

El anciano frágil con frecuencia tiene grandes necesidades y recursos y energías mínimas. Cada vez se hacen más viejos, mientras la tecnología médica moderna los ayuda a mantenerse vivos y saludables por más tiempo. Pueden no ser capaces de unirse físicamente a la congregación para participar en la catequesis; pero continúan teniendo necesidad de aprender y de enseñar. Debe tomarse empeño en incluirlos en el desarrollo de una estrategia catequética de la congregación.

Los adultos mayores son importantes *testigos de la historia* y deben ser alentados a compartir sus historias de fe. Sus relatos son un importante testimonio para los cristianos más jóvenes, que precisamente comienzan a enfrentarse a algunos de los conflictos que los adultos mayores ya han enfrentado. Los relatos de estos adultos mayores se tornan valiosos hitos en la historia de la comunidad cristiana que se trasmite de generación a generación. La pérdida de estas historias es un peligro en la acelerada sociedad actual orientada por los medios de difusión masivos. Tal pérdida tendría una profunda repercusión en el progresivo bienestar de la comunidad cristiana.



La mayor parte del aprendizaje cristiano de carácter cognoscitivo tiene lugar durante la adolescencia y los años adultos de uno (véase el Capítulo Siete: Percepciones de la psicología). Se necesita tener capacidad de pensamiento abstracto para reflexionar sobre las creencias de uno, relacionarlas entre sí y aplicarlas a

diferentes situaciones. Si la mayor parte del aprendizaje cognoscitivo acerca de la fe ocurre después de los doce años de edad, ello aumenta la importancia de los empeños catequéticos de la Iglesia con adolescentes y adultos.

Piaget ve el pensamiento abstracto como el producto de la naturaleza (desarrollo de la célula cerebral) y de la formación (educación formal e informal que le permite a la persona usar el poder pensar en abstracto). Los adultos, pues, tienden a caer en tres amplias categorías. Los que nunca desarrollarán la capacidad para el pensamiento abstracto (por cuenta de un deterioro orgánico), los que han desarrollado la capacidad y la usan efectivamente en el terreno religioso, y los que tienen la capacidad pero no la han ejercido efectivamente en pensar acerca de los asuntos religiosos.

La mayor parte de nuestros hacia el segundo grupo, al tiempo trabajo encomiable para funcionar tercer grupo se hace cada vez más catequética de una congregación, jóvenes y adultos de mediana edad Iglesia durante su adolescencia y no capacidad de reflexionar sobre sus Algunos de estos adultos así como trabajo de] la Iglesia pueden etapa del pensamiento concreto. Esto significa que toman literalmente lo que es metafórico, o que no han reflexionado sobre sus creencias y se han apropiado de ellas y han aceptado (o rechazado) de una manera acrítica lo que habían entendido de niños.

«No es fácil de aceptar que uno envejece, y nadie tiene éxito en hacerlo sin vencer primero su espontáneo rechazo. Es difícil, también, aceptar la ancianidad de otros, de los más cercanos y queridos de uno».
Paul Tournier en Learn to Grow
Old, Westminster/John Knox, 1983.

empeños están dirigidos que se ha hecho un con los incapaces. El importante en la labor mientras muchos de los hoy abandonaron la han desarrollado su creencias y aplicarlas. los que participan en [el funcionar a partir de la



comprensión del lenguaje o los conceptos (¿qué significa «expiación» o «reconciliación»?). Estos adultos es probable que suelen explicar que no van a la iglesia porque no tiene ningún sentido para ellos y que sienten que se puede ser un buen cristiano sin Iglesia. Los que han estado en la Iglesia, pero no han usado su capacidad

para el pensamiento abstracto en ese terreno, pueden reaccionar a la defensiva («creo que la Biblia quiere decir sencillamente lo que dice», o el equivalente de «todo lo que necesito saber lo aprendí en el kindergarten»).

La Biblia incluye algún pensamiento abstracto complejo y la fe cristiana sostiene un elevado criterio de desarrollo de la moral y la fe como lo ideal. Participar en este tipo de pensamiento exige aprender cómo hacerlo y practicarlo.

La importancia de entender las diferencias en la formación de la fe y en el desarrollo moral es que ello evita que uno suponga que todos los adultos son lo mismo. Independientemente de la edad, los adultos en nuestras congregaciones tendrán muchas necesidades diferentes para la experiencia catequética que les ayudará a proseguir su trayectoria. Si ofrecemos una o dos oportunidades de aprendizaje para adultos, sólo responderemos a las necesidades de un grupo pequeño de ellos.

Debido a que las personas de todas las edades tienen diferentes estilos de aprendizaje, así como están en diferentes etapas de su desarrollo físico, emocional y espiritual, siempre es mejor valerse de una variedad de medios en los cuales los adultos pueden emplear el material (visual y oral, activo y reflexivo, pensando y siendo, escribiendo y dibujando), sin suponer que nadie funcionará por todo el grupo. Por ejemplo, el método estándar de «aprendizaje pasivo» que consiste en escuchar a un orador sólo es efectivo con un número pequeño de adultos. Además, la sensibilidad a las diferencias culturales debe guiar la selección de materiales y modos de usarlos.

La mayoría de los adultos aprenden mejor cuando se siguen los principios de la educación participativa de adultos. Estos principios se han tomado de *Adult Education Idea Book, The Kerygma Program* (pp. 22-23):

- Los adultos son responsables de su propio aprendizaje, más bien que esperar que el líder o el libro sea la autoridad y la fuente primaria de información.
- Los adultos aprenden mejor cuando pueden participar directamente en el proceso de su propio aprendizaje, tomando decisiones acerca de lo que estudiarán y de cómo afectarán mutuamente el tema y a los otros educandos.
- El aprendizaje queda mejor reforzado cuando los adultos tienen la oportunidad de practicar sus destrezas y de expresar ideas en sus propias palabras.
- El aprendizaje ocurre dentro del ambiente de relaciones confiables desarrolladas en un escenario donde los participantes son alentados a compartir sentimientos, necesidades e inquietudes y donde sus contribuciones son respetadas y apreciadas.

- Los adultos se sienten motivados por las actividades cooperativas y de colaboración. No es necesario valerse de actividades competitivas para motivarlos a participar o aprender.

- Los adultos que tienen un sentido positivo del amor propio están menos amenazados por la información y la experiencia nuevas. Las estrategias que ensanchan el amor propio también ampliarán el aprendizaje.

- Los adultos aprenden más cuando experimentan satisfacción y éxito. El proporcionar una variedad de actividades en las cuales los participantes pueden tener éxito amplía su aprendizaje.

Hay varios modos, además de la Iglesia, en que los adultos aprenden en nuestra sociedad. Uno de ellos es adquirir un conocimiento o destreza para una inmediata necesidad (un curso de entrenamiento en el trabajo o un curso de comunidad en un área de interés personal). Otro modo es mediante la lectura (libros, revistas, periódicos, informes de trabajo), o a través de medios audiovisuales e interactivos (televisión, radio y, más recientemente, computadoras, CD ROMS, televisión interactiva, etc.). En algunas situaciones los adultos aprenden mediante la experiencia, observando a alguien, haciendo preguntas y trabajando juntos. El primero de estos modos conlleva un grupo grande o pequeño, mientras el último conlleva usualmente un mentor o co-educando. Existen otros modos como a través de un aprendizaje independiente (excepto para el aprendizaje que proviene de discutir con otros lo que uno ha leído u oído). El atender la manera en que los adultos aprenden en ambientes no religiosos puede ayudarnos a establecer una catequesis adulta eficaz en nuestras congregaciones.

El Libro de Educación de Adultos (*Adult Education Book*) del Programa Kerygma mencionado anteriormente, especifica varios estilos diferentes de la educación de adultos (pp. 22-23). La educación de adultos efectiva en un contexto secular (programa universitario de educación continua) es *estructurada*, *disciplinada*, deliberada, progresiva y acumulativa. Muchos programas congregacionales carecen de uno o más de estos elementos.

Estructurar un programa educativo significa ofrecer un curso o cursos con un horario definido y tener un proceso de matrícula que incluye la compra de materiales o «inversión» en el curso de alguna manera concreta.

Ser disciplinado significa esperar que los que se matriculen participen activamente de manera regular, hagan la tarea y terminen el curso.



Ser deliberado significa tener cursos específicos ofrecidos por razones específicas para cubrir necesidades específicas.

Un programa *progresivo* ofrece una variedad de oportunidades que oscilan entre uno y otro niveles de exploración y aprendizaje.

Un programa *acumulativo* ofrece experiencias de aprendizaje que tienen el efecto acumulativo de inspirar una fe formativa y de preparar a los adultos para expresar su fe puesta en acción.

Muchos líderes de la educación de adultos tienen pocas expectativas de los que participan en sus programas congregacionales. Y esas pobres expectativas a menudo se cumplen. Sin embargo, los mismos adultos pueden dedicarse a aprender en el trabajo o en un curso de educación continua en una universidad. Levantar las expectativas y poner en práctica los principios básicos de la educación participativa del adulto pueden ayudar a aquellos adultos que tienen igual dedicación a la enseñanza cristiana.

Algunas congregaciones han encontrado que ofrecer muchas oportunidades a grupos pequeños de aprender acerca de una variedad de tópicos en una variedad de medios es con frecuencia más útil que tratar de encontrar un curso general «que sirva para todo».

**«Según me pongo en
contacto con diferentes
culturas, diferentes series
de
prioridades, incluso
diferentes expresiones de
valores semejantes a los
míos, necesito un sistema
bíblico de valores por el
cual
juzgarlos a todos. La
verdad
v el amor. creo vo. son el**

asesoría de líderes de grupo y el alentar la participación activa de miembros del grupo en seleccionar y concebir la experiencia del aprendizaje le permiten a una congregación ofrecer más opciones de lo que podría ser posible si todas las «clases» debiera ser impartidas por catequistas experimentados. Los principales líderes pastorales, laicos u ordenados, adoptan los papeles de mentor, asesor, maestro, entrenador y sostenedor de los líderes del pequeño grupo en lugar de enseñar la única clase de educación de adultos que se ofrecía. Este sistema desarrolla líderes adicionales y tiene un efecto multiplicador por el cual se

propagan los esfuerzos del líder adiestrado en la congregación y en consecuencia puede llegar a más personas.

Un programa catequético que ofrezca múltiples grupos pequeños resulta con frecuencia más atractivo, hoy día, para los jóvenes y los adultos de mediana edad, muchos de los cuales procuran adquirir una experiencia que responda a necesidades específicas. Proporcionarles los medios para que identifiquen esas necesidades y estructurar las experiencias del aprendizaje para hacerles frente alentará la participación. Las oportunidades regulares de invitar a nuevos miembros, especialmente a personas que no son miembros de la congregación, hacen de estos pequeños grupos un medio de llevar a cabo una evangelización fundamental.



La necesidad de ser parte de una comunidad cristiana a la cual rendir cuentas hace a los grupos pequeños especialmente importantes en un ambiente de iglesia. Pero muchas personas aprenden de otra manera y, en el mundo cada vez más ocupado de hoy, muchas personas encuentran algunas horas en que pueden no incluir una actividad más en sus ya repletas agendas. La mujer que usted esperaba que dirigiría un grupo de estudio los miércoles por la noche tiene un empleo de jornada completa y la mayoría de las noches se encuentra abrumada por el trabajo de la oficina que lleva a su casa. Ella está ocupada llevando a su hija de once años al fútbol y al ballet, y a la de cuatro años a la guardería infantil, mientras trata de hacer tiempo para llevar la de doce años al centro comercial. Su marido viaja mucho, y cuando no trabaja hasta muy tarde en la oficina, tiene reuniones del comité de la iglesia, así es que ella rara vez lo ve. Ella ya está en el comité de mayordomía, que tiene reuniones nocturnas y ¿ahora usted quiere que dirija un grupo de estudio? «Sea realista...»

Casados o solteros, con hijos o sin ellos, los adultos jóvenes y de mediana edad de hoy día suelen estar muy ocupados. Sin embargo, ellos también quieren y necesitan aprender. Debemos aprovecharnos de los medios de aprendizaje que ya tiene establecidos. Contando con una amplia selección de libros, programas de computadoras y videos que tratan de diferentes tópicos y diferentes niveles de desarrollo de la fe puede ofrecer oportunidades de aprendizaje para adultos ocupados. Pueden ver una serie de videos o leer un libro en su propio tiempo y luego reunirse con un grupo en la iglesia, en el trabajo, en la escuela o en la casa para discutir lo que aprendieron. O pueden llamar a un amigo o mentor al teléfono para discutir sobre el tema. O pueden inscribirse en los listados [electrónicos] de una computadora y comenzar una discusión allí. O invitar a un par de

amigos a ver una película con ellos y discutirla, o a verla con su familia y tener luego un debate familiar.

Las experiencias del aprendizaje independiente, tales como éstas, son flexibles y, en consecuencia, fácilmente adaptadas al laborioso estilo de vida de la actualidad. El proceso catequético de una congregación debe proporcionar materiales y ayuda para que los individuos y familias aprendan a usarlos. Listas de ideas, direcciones sencillas, preguntas para discutir, y relatos sobre cómo otros están usando estos materiales, pueden ayudar a la gente a ver los modos en que pueden incorporarlos a sus vidas. Es útil también crear medios para que la gente encuentre quién está dispuesto a discutir, y para ofrecerles orientación sobre cómo



**«Si más iglesias
practicaran
el tener mentores de una
forma deliberada, sus
nuevos
líderes serían mucho más
efectivos y la causa de
Cristo
se multiplicaría en el
mundo.
Asesorar es esencial para
proporcionar líderes bien
preparados a la Iglesia»**

podrían invitar a otros a discutir lo que desean estudiar. También resultaría útil la ayuda en la selección de los materiales adecuados.

Otro modo de aprendizaje es el de trabajar con un mentor. Este modo es más obvio en algunas culturas étnicas y en ciertos ambientes de trabajo. Nuevamente aquí, la Iglesia puede adoptar este método, especialmente si los miembros de la congregación lo usan en otros aspectos de sus vidas. En algunos ambientes culturales, el mentor es un anciano de la comunidad, que tiene un conocimiento o destrezas específicas que se transmiten a la próxima generación. En un ambiente laboral, un mentor es alguien que hace el trabajo con un aprendiz, compartiendo información y percepciones según van surgiendo naturalmente.

El proceso del catecumenado del adulto se construye sobre este principio. No hay un currículo establecido.

Más bien el indagador y el equipo, trabajando junto con él o ella reflexionan sobre las Escrituras y sus vidas. Los mentores comparten lo que han aprendido y el indagador comparte lo que ha aprendido. Juntos exploran las interrogantes, en busca de conocimiento y comprensión.

Un aparejamiento semejante de ancianos y jóvenes, cristianos de nacimiento y cristianos nuevos, miembro de mucho tiempo y recién llegados, puede crear una relación de mentor. La meta no es poner a uno que sabe con uno que no sabe nada, sino más bien la de establecer una relación donde dos personas puedan aprender juntas, extrayéndose mutuamente experiencias y conocimiento. El papel del mentor llega a ser el de una «partera», no dando las respuestas, sino

haciendo las preguntas e invitando al indagador a reflexionar juntos. El mentor enseña por el ejemplo, llevando una vida auténtica, y alienta el mutuo aprendizaje sometiendo su vida y su fe a la reflexión crítica. Al hacer esto, alienta al indagador a dedicarse a la misma reflexión crítica. Juntos luchan luego por aplicar sus valores y creencias a su vida cotidiana.

LA COMPRENSIÓN DE LA DIVERSIDAD

La atención responsable hacia las varias dimensiones del desarrollo humano debe comenzar por comprender que no todas las personas de una edad específica forman parte de un grupo homogéneo. Aunque típicamente confrontan problemas comunes, también se ocupan de una variedad de experiencias diferentes relacionadas con sus antecedentes sociales, económicos, raciales o étnicos, y su género y orientación sexual.

Hay numerosos grupos raciales, étnicos y grupos culturales que se ven socialmente impedidos de obtener, mantener y ejercer los derechos que Dios les ha dado como seres humanos; por ejemplo, los afroamericanos, las mujeres, los adultos mayores y los homosexuales, tanto hombres como mujeres. Dentro de estos grupos es importante distinguir los subgrupos dentro del grupo mayor. Por ejemplo, los mexicoamericanos y los puertorriqueños comparten el mismo idioma, pero tienen distintas características culturales, así como costumbres y necesidades.

La preparación de los materiales catequéticos y de las necesidades de los catequistas toman en cuenta estas diferencias. En condiciones ideales, los que preparan los medios catequéticos y el catequista que enseña serán miembros del grupo racial, cultural, étnico, o de otros grupo minoritario. Los que no pertenezcan a esos grupos, deben comprender al grupo, y acercarse a él con empatía.

El idioma de un grupo en particular debe usarse, no sólo en lo tocante al vocabulario, sino en lo que respecta a modelos de pensamiento, frases idiomáticas culturales, costumbres y símbolos. Las ilustraciones y los gráficos deben identificarse también con las características del grupo y mostrarlas. Todos los materiales deben afirmar la identidad y dignidad de los miembros de estos diversos grupos.

Los materiales catequéticos también deben tomar en cuenta



los diversos antecedentes educacionales de las personas, y hacer ajustes para convenir con el nivel educacional, y las circunstancias económicas de los diversos grupos, evitando demandas de tiempo, de recursos físicos y de finanzas que no se ajusten a la realidad.

Incluso en congregaciones que son homogéneas, la catequesis debe tener una perspectiva global y multicultural. Todas las personas deben ser alentadas en participar en la vida de toda congregación. Debemos luchar por una conciencia global, por estar atentos a cómo nuestras decisiones afectan a otros y cómo las personas y las naciones de todo el mundo somos interdependientes. También queremos esforzarnos en adquirir una mayor conciencia de los problemas concernientes a la justicia y a la paz, de manera que podamos respetar la dignidad de



todos y, no sólo respetar su dignidad, sino también tener presente su contribución en la Escritura y la teología y tratar de aprender de ellos así como con ellos.

Las personas minusválidas constituyen otro interés especial del ministerio catequético. Entre ellas se incluyen los retardados mentales, los que tienen incapacidades de aprendizaje, los emocionalmente perturbados y los físicamente impedidos. Es importante reconocer que cada persona como individuo tiene necesidades particulares, que deben ser reconocidas y enfrentadas por la congregación. Cada uno de ellos [los minusválidos] tiene dones especiales a compartir con la congregación. Todos tienen diferentes capacidades y cada uno tiene una contribución que hacer. Nos necesitamos mutuamente. El ministerio catequético no debe segregar innecesariamente a los incapacitados del resto de la comunidad; ellos ciertamente deben integrarse tanto como sea posible para nuestro mutuo beneficio. Al mismo tiempo, los materiales y programas catequéticos deben tomar en serio las diversas necesidades particulares de estas personas. Los catequistas también deben ser adiestrados para trabajar con ellos. Es de particular importancia el sostén y la ayuda catequética a las familias de los minusválidos.

La lista de personas con otras necesidades especiales es vasta: los ancianos y los que viven reclusos en sus hogares, los que tienen desventajas sociales y económicas, los analfabetos y carentes de educación, el personal militar, los solteros con hijos, las parejas jóvenes con hijos y sin ellos, los divorciados, las parejas de matrimonios mixtos, los sexuales, los solteros de mediana edad, los viudos, los presos, los que padecen de enfermedades fatales, los que tienen SIDA, las personas sin hogar, y otras. La catequesis debe abordar sus necesidades y proporcionarles enseñanza adecuada y oportunidades de aprendizaje, así como ayudarles a vivir y trabajar con

ellos, ministrar con ellos. Los materiales y programas catequéticos deben crearse en consulta ' con representantes de estas personas con necesidades especiales.

CAPÍTULO

14

EL CONTEXTO

Hogar, escuela y congregación



UN LLAMADO A ENSEÑAR Y APRENDER EL HOGAR

El contexto primero y fundamental en el que debe tener lugar el ministerio catequético de formación, educación e instrucción es el hogar, ese espacio en que las personas residen solas o en grupos relacionados por la sangre o por el compromiso.

Llevar la vida de la fe en el hogar conlleva un esfuerzo consciente para cumplir el Pacto Bautismal de uno. El hogar es un lugar adecuado para orar, estudiar y reflexionar sobre las

**«Los padres que hacen
cuentos hacen conciencia
de
esas cosas que el niño no
ve,
pero que le dicen al niño -
o
a la niña- que parte
desempeña en un inmenso
drama que se extiende a
través de las edades.
Contar
las historias que
proviene
de la tradición
judeocristiana
y enriquecerlas [con**

Escrituras, ofrecer acción de gracias por las bendiciones de Dios, "partir el pan" juntos, y atenderse mutuamente. Es el contexto fundamental en el cual las generaciones participan en la vida de la fe y la practican al ajustar a ella su existencia cotidiana, de manera que cada uno pueda ser para el otro fortaleza en la prueba, consejo en el desconcierto, consuelo en el pesar, y compañero en la alegría. El hogar ha de ser un signo de comunidad reconciliadora, una comunidad en la cual cada uno sea responsable de los otros y donde cada miembro pide y ofrece perdón. Dentro del contexto de su vida común, los que viven juntos luchan personal y comunitariamente por aunar sus voluntades con la voluntad de Dios, y sus espíritus con el Espíritu de Dios, de modo que puedan crecer en amor y paz

con Dios y los unos con los otros. Es así que sus vidas llegan a ser un signo del amor de Cristo, un amor en el cual la unidad se sobrepone a la separación y el perdón enmienda la culpa.

El hogar es el contexto fundamental para vivir el Evangelio y contar la historia de Jesucristo. Aquí las buenas nuevas se comparten de palabra y de obra, no sólo entre los miembros de la familia, sino con los demás que se encuentran, vecinos y amigos, huéspedes y conocidos. El hogar ha de ser un lugar de afecto mutuo para que los que vivan en él puedan

mostrar amor e interés por todos los demás, tratando de servir a Cristo en ellos, amándolos como Dios nos ama y amándose unos a otros.

Y finalmente, el hogar es un sitio donde sus miembros están comprometidos a luchar por la justicia y la paz en el mundo, ofreciendo hospitalidad al extraño y al forastero, y practicando esos simples gestos que indican que uno mora en el reino de Dios. El hogar es un sitio donde se practica la mayordomía de los recursos humanos y naturales y se respeta la dignidad de todo ser humano. Es una comunidad de personas que asume su responsabilidad en la vida de la comunidad mayor, en nombre de la justicia social y de la reconciliación de todas



las personas. Si bien las personas viven en variadas circunstancias, el hogar, aun si fuera un solo cuarto en el que habita una sola persona, debe mostrar estas características. Las familias, vivan juntas o separadas, comparten responsabilidades semejantes.

Para muchos, esta imagen del hogar y la familia parecerá tan idealista como para ser opresiva. La realidad para la mayoría es bastante diferente. Por consiguiente, si bien puede parecer injusto establecer expectativas no realistas, la Iglesia debe ofrecer una visión por la cual luchar, con la ayuda de Dios. En lugar de hacer que las personas experimenten culpa, frustración o depresión, por no haber alcanzado su ideal, debemos recordarnos mutuamente que Dios redime nuestros fracasos.

Un buen modo de ayudar a las familias es reunir las para la instrucción, para compartir experiencias y reflexiones, para prestarles apoyo y ayuda, y para festejar la vida cristiana de fe. Dentro de las familias existe la necesidad, la responsabilidad y la oportunidad de que los adultos se enseñen o catequicen mutuamente, y de que los adultos y los niños también se enseñen o catequicen unos a otros. Además, la catequesis, empezando por los niños, debe abordar problemas relacionados con la soltería y el matrimonio, la preparación para casarse, y la vida como solteros y casados, con hijos o sin ellos. Es esencial la catequesis de los padres, para ayudarle a criar a sus hijos en la vida cristiana de fe. El hogar puede ser el contexto fundamental en la participación y práctica de la vida cristiana de fe y para la reflexión crítica sobre la vida de

uno a la luz del Evangelio; pero si han de cumplir fielmente este mandato, los individuos y las familias necesitarán asistencia y apoyo catequético de la congregación.

LAS ESCUELAS

En nuestra sociedad contemporánea, el hogar, pese a lo importante que es, también tiene una influencia limitada, en tanto las escuelas han aumentado la suya. Históricamente, las escuelas públicas se concibieron para sostener a la familia en la formación cristiana de sus hijos. Si bien algunas lo hacen aún, esperar que la escuela pública forme cristianos ya no es razonable. Los cristianos deben contemplar cada vez más modos de suplir o de contrarrestar -o ambas cosas- las influencias de la escuela pública. La mayoría de nuestros niños en la actualidad y en un futuro previsible asistirán a escuelas públicas. Por consiguiente, es importante que intentemos influir en lo que esas escuelas enseñan, abierta o encubiertamente. Al mismo tiempo, debemos reconocer que, en una sociedad religiosamente plural, la religión necesariamente tendrá que desempeñar un papel insignificante en las escuelas públicas. Por tanto, las congregaciones y familias tendrán que ofrecer programas catequéticos de mayor significación de lo que han podido o querido hacer en los últimos tiempos. En algunas comunidades, las congregaciones ya han iniciado proyectos en el sistema de escuelas públicas, por ejemplo, «adoptando» una clase particular durante un año, o proporcionando espacio u otros servicios relacionados con la misión educativa de la escuela.

Cuando examinamos la creación o el continuo sostén de las escuelas episcopales, podría ser bueno para nosotros imaginarlas como otra expresión del ministerio catequético de la Iglesia. Las escuelas episcopales están llamadas a ser verdaderas comunidades de fe en que los empeños catequéticos de familias cristianas se integran, refuerzan y extienden. Es importante que estas escuelas episcopales diurnas estén directamente relacionadas con una o más congregaciones, y presten servicio a sus miembros. Es importante que comprendan que su objetivo fundamental



es ayudar a crecer en la vida de la fe. Como comunidad, la escuela tiene necesariamente una vida autónoma, pero debe percibirse como contribuyendo a la vida de las congregaciones de las cuales depende y a cuya existencia se integra, de manera que pueda desarrollarse un ministerio catequético ordinario. Es su vocación, ya sea como escuelas diurnas o como internados, el ser

planteles donde la formación, la educación y la instrucción cristianas sean esenciales a su misión. Es importante que estas escuelas se esfuercen por integrar las perspectivas espirituales y éticas cristianas tanto en la vida académica como en la vida social de cada centro. Las escuelas episcopales deben practicar la vida cristiana de fe en todos los aspectos de su existencia; deben practicar el imperativo evangélico de la inclusión en términos de mezcla social, económica, racial, étnica y cultural.

EDUCACION SUPERIOR

Lamentablemente, las escuelas episcopales, con el transcurso de los años, si bien han mantenido la excelencia académica, pueden haber descuidado sus responsabilidades para la catequesis. Este problema es más serio en los centros de enseñanza universitaria relacionados con la Iglesia. Los colegios y universidades episcopales merecen el apoyo y el aliento de la Iglesia siempre que estas escuelas hagan una contribución significativa a la educación superior y se comprometan a hacer buenos cristianos.

Debemos aceptar la idea de que la educación superior en los Estados Unidos está casi enteramente separada de cualquier finalidad religiosa evidente. Sin embargo, los colegios y las universidades son, y seguirán siendo, fuerzas poderosas en la configuración de nuestra sociedad: siguen siendo una frontera decisiva para la misión y el ministerio de la Iglesia, en lo que respecta no sólo de los estudiantes que asisten a ellas, sino también sus profesores, funcionarios y administradores.

La diversidad de estas instituciones es tan grande que no sería posible plantear una sola estrategia. Sin embargo, estos ministerios especializados deben incluirse dentro de los intereses catequéticos de la Iglesia, y merecen su apoyo total. Los ministros episcopales que ejercen en el ambiente universitario, que acaso suelen verse como ajenos al trabajo de una congregación, siguen siendo uno de los ministerios especializados más importantes de la Iglesia. Debe dársele más atención al adiestramiento y apoyo de estas personas.



La congregación es el alma del ministerio catequético de la Iglesia. Las congregaciones



que existen cerca de los colegios y universidades deben suponer tales escuelas como una parte significativa de su misión y ministerio. Deben hacer un esfuerzo serio para integrar a estudiantes, profesores, administradores y personal burocrático en la vida congregacional, tomando en cuenta sus intereses, preocupaciones y

necesidades. Deben tener en mente que en la actualidad existe un mayor pluralismo entre las personas que participan en la educación superior que nunca antes.

LOS SEMINARIOS

El seminario tiene una particular responsabilidad de cerciorarse de que los futuros clérigos sean doctos y diestros en catequesis, en planificar ministerios catequéticos en las congregaciones, en enseñar a adultos, y en la instrucción de los maestros laicos. Para cumplir esta responsabilidad, los seminarios deben considerar el contar con miembros permanentes de la facultad para que impartan catequesis, y exigir un mínimo de dos cursos: un semestre sobre catequesis y planificación catequética, y otro sobre el papel del maestro y el instructor/entrenador de maestros. Pueden ofrecerse cursos de educación continua sobre varios aspectos de la catequesis, tales como catequesis litúrgica, ética, pastoral y espiritual.

LA ESCUELA DOMINICAL

A principios del siglo XIX, la escuela dominical se convirtió en el contexto básico para la catequesis de la Iglesia en los Estados Unidos. Resultó un experimento exitoso porque se ajustaba bien a una sociedad en la cual el hogar, la escuela pública, el vecindario y otras asociaciones voluntarias tales como los niños exploradores (Boy Scouts), y la Asociación de Jóvenes Cristianos (YM./YW. C.A.), así como los medios de prensa, se apoyaban y complementaban mutuamente. Era una época en que la vida en los Estados Unidos podía decirse que tenía, en general, un carácter cristiano protestante. Sin embargo, en nuestra

**«Nuestra pregunta
nunca
debe ser ¿cómo
podemos
convertir a nuestros
hijos
en cristianos? Debe
ser,
más bien, ¿cómo
podemos
ser cristianos con**

sociedad contemporánea, una sociedad más religiosamente plural y secular, la escuela dominical tiene una influencia cada vez más limitada.

Lo que necesitamos es una nueva estrategia en la cual la congregación se percibe como la agencia de la catequesis. Es hora de contemplar seriamente la idea de una sociedad entre el hogar, la congregación y la escuela de la iglesia dentro del contexto de la catequesis. Si esto ha de suceder, tendremos que reconocer que todos los aspectos de la vida de una congregación es un aspecto de la catequesis, y que el aprendizaje prosigue constantemente. Debemos tener un propósito respecto a todo lo que hagamos. Dentro de esta estrategia, seguirá habiendo un papel importante para una escuela dominical para todas las edades, incluidos los adultos.

LA CONGREGACIÓN

Las cartas de San Pablo fueron dirigidas a congregaciones, no a individuos. La participación en la vida de una congregación es esencial para ser cristiano. Desde el principio, la Iglesia se supuso que fuera una comunidad de fe en la cual «todos los que habían creído estaban juntos y tenían en común todas las cosas» (Hch. 2:44). Dedicaban su tiempo a la enseñanza de los apóstoles y la vida comunitaria, y a la celebración de la Eucaristía y las oraciones cotidianas (Hch. 2:42). La comunidad presupone el compartir creencias, actitudes y valores; el compartir una experiencia.

Es importante imaginar una congregación como un todo y no como una suma de individuos o incluso de familias y grupos, porque la totalidad incluye todas las edades y todas las condiciones de personas que están mutuamente comprometidas. El elemento dinámico en la vida de una congregación está en la interacción de sus miembros. Algunas de las cosas más significativas acerca de la vida cristiana de fe se aprenden de la conversación entre los miembros acerca de decisiones morales que han tomado en situaciones particulares, de la respuesta que han tenido sus oraciones, y de la manera en que Dios ha estado con ellos. La catequesis va a estar dondequiera y en cualquier ocasión que la comunidad se reúna para adorar o que alguna parte de la comunidad se congrege para participar en alguna actividad. Por tanto debemos ampliar el contexto de catequesis para incluir todos los aspectos de la vida congregacional y hacer patente el propósito de vivir juntos la vida cristiana de fe en todo lo que hagamos. El tuétano de la vida congregacional debe ser el reunir a personas de todas las edades y condiciones para el culto comunitario. Nada es más importante para hacer cristianos. Nada merece más nuestra atención.

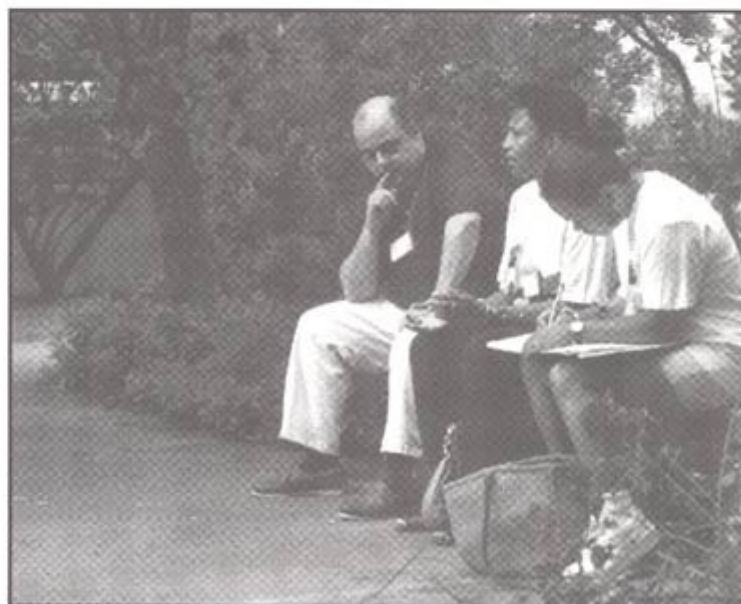
Es importante que la congregación ordene la totalidad de su vida y todas sus actividades en torno al año litúrgico, es decir, el relato evangélico. Es importante que la congregación reflexione de una manera crítica sobre todos los aspectos de su vida a la luz del Evangelio, y que se mantenga siempre reformando su vida a fin de ser más fiel al Evangelio. Es importante que todos los miembros de la congregación participen en la adquisición de conocimientos y habilidades para ser fieles cristianos en su vida y quehacer diarios. Y aun más importante, debemos recordar que una congregación es la portadora fundamental de la fe cristiana y el contexto fundamental para la formación y transformación de las personas en la vida de la fe. La congregación debe llegar a constituir deliberadamente una comunidad de fe, una comunidad catequética dedicada a capacitar a personas a vivir en su bautismo.

CAPÍTULO

15

EL CATEQUISTA

Persona, funciones y adiestramiento



UN LLAMADO A ENSEÑAR Y APRENDER

Cuando los cánones describen los deberes del clero, expresan: «Será deber del clero a cargo de una cura de almas asegurar que los niños, jóvenes y adultos se instruyen en las Sagradas Escrituras, en los temas contenidos en Un bosquejo de la fe, comúnmente llamado el Catecismo, y en la doctrina, disciplina y culto de la Iglesia y en el ejercicio de su ministerio como personas bautizadas».

El clero también tiene el deber de preparar personas para el bautismo, la confirmación, la recepción y la reafirmación de los pactos bautismales, y «antes de bautizar infantes o niños prepararán a los padrinos, instruyéndoles tanto como a los padres tocante a la significación del Santo Bautismo, las responsabilidades de los padres y padrinos en el adiestramiento cristiano del niño bautizado, y cómo estas obligaciones puede ser debidamente cumplidas».

«Un catequista debe ser una persona sacramental, alguien que lleva la gente a Dios».

*John H. Westerhoff, III, en
A
Faithful Church: Issues in
the
History of Catechesis. ed.*

En el rito de ordenación de presbíteros, el obispo se dirige al ordenando, durante el examen, diciendo: «Has sido llamado ahora para trabajar como pastor, sacerdote y maestro» (LOC, 1979, p. 401). La enseñanza en la Iglesia está en conformidad con otros deberes pastorales y sacramentales. El rector es llamado a ser un maestro principal de la congregación. Puesto que la Iglesia ha hecho una inversión en la educación teológica del sacerdote, el sacerdote tiene una responsabilidad especial de transmitir la tradición así como de interpretar su significado e importancia para nuestro día. La predicación y la enseñanza son inseparables, y la instrucción de adultos es esencial para una verdadera parroquia. El sacerdote tiene una responsabilidad especial por ambos.

El rector también está encargado de la responsabilidad de supervisar el ministerio catequético de toda la congregación y de preparar a los laicos adultos para que sean catequistas (maestros). Un rector que es buen educador es un buen educando. La educación continua en las disciplinas teológicas y en las necesidades catequéticas debe ser una parte regular de su vida; la congregación ha de alentar y sostener tales actividades.

En la Constitución y Cánones de la Iglesia Protestante Episcopal, hay un canon sobre la autorización del obispo a personas laicas como lectores, líderes pastorales, predicadores laicos, ministros laicos de la Eucaristía y catequistas. El catequista en este caso es un laico autorizado a preparar a personas para el bautismo, la confirmación, la recepción y la reafirmación de los votos bautismales. Estos catequistas han de ser adiestrados, examinados y encontrados competentes en *La Santa Biblia*, *El libro de Oración Común*, *El Himnario*, la historia de la Iglesia, la doctrina de la Iglesia tal como se establece en los credos y en el Catecismo, y los métodos de la catequesis.



Adiestrar a una o más personas para ser autorizadas [a ejercer] como catequistas llega a cobrar especial importancia en congregaciones donde no se cuenta regularmente con un liderazgo ordenado. Sin embargo, en la mayoría de las congregaciones, los catequistas en el proceso del catecumenado de adultos o los maestros [regulares] de catecismo necesitan de una autorización en conformidad con este canon en tanto preparan a personas para el bautismo o enseñan bajo la dirección del clero de la congregación.

Cada cristiano, incluidos los niños y los jóvenes, es un catequista o maestro, en eso compartimos una vida de fe común y una mutua influencia. El catequista principal de la Iglesia es el obispo y, como representante del obispo en una congregación, al presbítero (o sacerdote) se le otorga una responsabilidad principal en el ministerio catequético de la congregación como un todo. Más allá de eso, todas y cada una de las congregaciones deben identificar, llamar y preparar a laicos que tengan la vocación y los dones de catequista, es decir de maestro, para este importante ministerio dentro de la congregación. Acaso todos los maestros deberían ser confirmados y autorizados por el obispo para [ejercer] este papel de maestros, y ser conocidos como catequistas.

Sin duda, el Espíritu Santo de Dios es el maestro/catequista, pero los siervos de la Iglesia de Cristo son mediadores de la obra del Espíritu Santo. Los que aceptan el llamado a ser maestro/catequista deben considerar el hacer este ministerio dentro de la Iglesia su ministerio fundamental en lo tocante a tiempo y energía. A menos que los maestros/catequistas tengan las

gracias y los dones necesarios, así como la dedicación, el talento, el tiempo y la energía para dedicarse a la oración y el estudio, el adiestramiento y la preparación, nuestro ministerio catequético será menos que fiel en el cumplimiento de su misión. A veces resulta difícil fijar el número de maestros o catequistas que hacen falta. Debido a ello, solemos ignorar a qué se parecería el maestro o catequista modelo. Si bien este ideal podría estar fuera de nuestro alcance, es importante tenerlo [este modelo] como una meta.

Los maestros o catequistas deben ser confirmados por el rector y comiso ser cuidadosamente seleccionados, nados para su cargo en la Eucaristía comunitaria. Los catequistas merecen honor y aprecio al reconsiderar anualmente, con ayuda del rector, su continuidad en este papel y, si resultan confirmados, renovar sus votos de cumplir fielmente su ministerio. Instalaciones, equipo, suministros y medios de calidad son importantes para el ministerio catequético de la Iglesia; pero nada, ni nadie, es más importante que el maestro/catequista como persona.

Los niños, los jóvenes y los adultos pueden dedicarse o no al estudio de la vida cristiana de fe tan diligentemente como quieran, pero siempre estudiarán atentamente las vidas de los catequistas de la Iglesia. Los maestros/catequistas deben, por consiguiente, ser modelos de lo que la Iglesia desea que otros lleguen a ser. Así es como Santiago, el primer obispo de la Iglesia de Jerusalén, amonesta en lo que la tradición sugiere que fue un sermón para los recién bautizados: «Hermanos míos, no haya entre ustedes tantos maestros (en griego: catequistas), pues ya saben que quienes enseñamos seremos juzgados con más severidad» (Stg. 3:1; VP). De manera que las cualidades éticas y espirituales del catequista son de la mayor importancia.

Los catequistas deben ser escogidos porque de alguna manera son ejemplos de personas que creen en la vida de fe tanto como personas espiritual, moral, emocional e intelectualmente maduras. También deben tener el don de la enseñanza, esa rara capacidad de compartir con otros y de preparar ambientes que posibilitan su desarrollo en la vida de fe. Finalmente, necesitan de la



gracia para dar a su ministerio una cantidad significativa de tiempo y energía.

Una congregación sana no sólo escoge sabiamente a sus maestros/catequistas, sino que también les proporciona la preparación, apoyo continuo y oportunidades de liderazgo que necesitan para que puedan desempeñarse

bien e incluso mejorar en su ministerio. Los principiantes necesitan la oportunidad de observar a catequistas más experimentados y aprender de ellos, así como ser supervisados y auxiliados por ellos.

Las personas que están dedicadas al ministerio catequético de la Iglesia y desean servir, pero no tienen los dones y las gracias necesarias, pueden ser usadas conforme a sus dones en apoyo de los papeles [que desempeñan]. En todo caso, es esencial, al considerar el ministerio catequético de la Iglesia, que comencemos con las personas y no con las tareas o programas.

Los maestros/catequistas llamados por Dios y escogidos por una congregación son voluntarios en el sentido de que no reciben ninguna remuneración por su servicio, pero no deben ser tratados a la ligera, como si no esperáramos mucho de ellos. Cada catequista y la congregación deben estar muy conscientes de las mutuas expectativas, y reservar una ocasión para la revisión y la renegociación. Debe ofrecérseles la asistencia material y personal y el apoyo necesario para que se sientan satisfechos. Deben estar de acuerdo en los objetivos catequéticos, los medios del currículo establecidos por la congregación, así como los medios y métodos a usar para lograrlos. Además, debe existir una mutua responsabilidad. Permitir una catequesis deficiente o una conducta irresponsable de parte del maestro/catequista sugiere a los educandos que ellos y ese quehacer no son importantes.

Habiendo elegido cuidadosamente a los que desempeñarán el papel del maestro/catequista en una congregación, la congregación debe entonces ayudar al catequista a adquirir el conocimiento y las destrezas necesarias para cumplir con sus responsabilidades. En lo que respecta al saber, deben ser versados en la vida cristiana de fe así como en el conocimiento de la materia que impartirán. En lo que respecta a habilidades, el catequista debe tener la capacidad de asistir a personas individuales de manera que les ayude a crecer en esa vida de fe.

Ser un maestro/catequista es una tarea histórica. La vida cristiana de fe se arraiga en el pasado y siempre está a punto de iniciar a nuevas generaciones en ese pasado. Es también una tarea escatológica porque tiene por objetivo ayudar a personas que se han incorporado a ese pasado para vivir en el presente en nombre del futuro de Dios.

Los maestros/catequistas. son agentes políticos porque son parte del ministerio de la Iglesia y responsables ante el Obispo, la Iglesia, y su vida de fe, y por tanto deben conocer bien

**«He encontrado que
donde
hay unión espiritual con
otra
gente, el amor que uno
siente por ellos mantiene
el
círculo intacto, y
robusto el
vínculo entre ellos y
nosotros, ya estén
muertos o
vivos.»**

«El catequista se esfuerza por ayudar a otros a darse cuenta de que el Señor es siempre la fuente de todo conocimiento y el dador de la vida».

la vida cristiana de fe tal como ha sido interpretada por la Iglesia. Son agentes morales porque tienen la posibilidad de influir con sus vidas en otros y por tanto han de examinar continuamente sus propias vidas y esforzarse en crecer en la vida de la fe. Son agentes artísticos porque preparan ambientes en los que tanto ellos como los que ellos catequizan pueden crecer en la vida de la fe.

El ministerio de los maestros/catequistas no debe circunscribirse a la escuela dominical, aunque ésta sea un contexto importante para su ministerio. Los catequistas, bajo la supervisión directa del rector, constituyen un recurso para el ministerio catequético total de la Iglesia. Pueden ser de ayuda significativa en el desarrollo y dirección de experiencias catequéticas alternativas que son un complemento de la escuela dominical (por ejemplo, preparación para el matrimonio y catequesis de familia, eventos intergeneracionales, liturgias especiales, preparación de personas para los ritos de reconciliación, unción de enfermos, moribundos y difuntos).

Los maestros/catequistas, por tanto, deben estar preparados para planificar y diseñar, así como para dirigir actividades catequéticas y para controlar los adecuados recursos catequéticos que les sean útiles. Como tales, deben ser capaces de nombrar los propósitos, metas y objetivos catequéticos, determinar qué experiencias catequéticas tienen más probabilidades de ayudar a la consecución de estos fines; organizar estas experiencias de manera que puedan resultar más efectivas, y determinar si estos fines se alcanzaron y cómo las experiencias podrían revisarse para que resultaran más eficaces.

Sin embargo, a pesar del papel esencial de los maestros/catequistas, este ministerio no puede ser dejado a su cuenta y riesgo, sino que debe ser una dimensión consciente de la vida de toda la congregación para actividades particulares de enseñanza y aprendizaje.



UN LLAMADO A ENSEÑAR Y APRENDER

PLANIFICACION FIEL

No existe un único modo de administrar u organizar el ministerio de enseñanza y aprendizaje de la Iglesia. Sin embargo, resulta claro que las antiguas estructuras ya no pueden ser razonables o adecuadas para lograr los objetivos de la catequesis. Los principios organizativos que siguen son normas a considerar:

La planificación fiel para la catequesis es la que se centra en personas más bien que en programas. Ningún programa debe establecerse sin tomar en consideración seriamente a todos los que participarán en él.



La planificación fiel tiene como sus objetivos fundamentales la misión y crecimiento de la Iglesia en la vida de la fe, y la preparación de las personas y la comunidad para dedicarse a la misión y ministerio de la Iglesia.

La planificación fiel conserva la integridad entre los fines y los medios, entre los objetivos y los métodos. Su meta es la restauración de todas las personas a la unidad con Dios y de unas con otras en Cristo, y elude participar en métodos o programas catequéticos que distancien o mantengan la alienación entre personas o grupos.

La planificación fiel conlleva el que se lleve a cabo con un propósito y requiere la plena participación y el generoso apoyo, personal y económico de todas las campañas catequéticas de la Iglesia.

La planificación fiel es un proceso continuo que se revisa, evalúa y atiende periódicamente (luego de este capítulo hay un apéndice que contiene una guía de planeamiento para uso de la congregación local).

La planificación fiel exige la integración de las contribuciones únicas y específicas de todas las campañas nacionales, regionales, diocesanas y congregacionales, manteniendo la mutua responsabilidad en cada uno de estos niveles de su misión y ministerio comunes.

Nacional e internacional

Las diversas unidades de la vida de la Iglesia asumen las responsabilidades que les corresponden y ordenan su vida para cumplirlas. En principio, ninguna unidad debe quedar sin alguna persona o grupo de personas con una responsabilidad específica en el ministerio catequético de la Iglesia. A nivel nacional e internacional, la Iglesia tiene dos recursos importantes: el personal del Centro de la Iglesia Episcopal en Nueva York que se ocupa de los ministerios de los niños, los jóvenes, los jóvenes adultos y los adultos; y los seminarios episcopales.

En conformidad con nuestra presente estructura orgánica, el Obispo Primado exige que un pequeño número de personas bien informadas sea responsable del ministerio catequético de la Iglesia desde una perspectiva nacional. Compuesto de especialistas en catequesis y campos afines, este grupo puede mantener a la Iglesia informada de manera óptima sobre los rumbos de la catequesis; estimular, sostener, evaluar e informar de la investigación [en este terreno] y sus implicaciones;

**«Este es el ministerio
de la
Iglesia... recordar
juntos el
clamor del corazón,
confesar juntos nuestro
sufrimiento y
proclamar
nuestras esperanzas en
la**

identificar necesidades específicas y especificar los caminos futuros que se sugieren para este ministerio; determinar posibles estrategias y medios para su implantación; diseminar información tocante a experimentos e innovaciones catequéticas; y proporcionar asesoría, especialmente con grupos regionales o provinciales, emprendiendo esas actividades que no pueden hacerse a nivel provincial, diocesano o congregacional.

Los seminarios también son responsables de proporcionarle a la Iglesia un recurso intelectual, una «mente», así como los medios de equipar a los futuros líderes para su ministerio catequético, y de preparar a líderes catequéticos laicos, especialmente para las congregaciones. Para cumplir esta encomienda, todos los seminarios deberán considerar seriamente el contar con un miembro de la facultad, experto en teología, que se especialice en catequesis desde una perspectiva teórica y de investigación. Además, los seminarios deberán contemplar [la inclusión de] programas de rango académico y otros expedientes para preparar líderes en catequesis.

Provincial

Hay muchas cosas que podrían hacerse mejor en el nivel regional o provincial de la Iglesia Episcopal. Debido a diferentes necesidades regionales, los programas provinciales les ofrecen a las diócesis una oportunidad única de trabajar juntas en pro de metas educativas

comunes. Además, los sistemas provinciales en áreas tales como educación, evangelismo, o ministerios de la juventud, han desempeñado un papel importante en el sostén de los programas diocesanos al tiempo de informarle a toda la Iglesia Episcopal de las necesidades de los programas.

Los programas de los sistemas o redes provinciales pueden ofrecer oportunidades en la forma de compartir ideas, de conferencias, eventos y adiestramiento para líderes religiosos. A través de las estructuras provinciales, las diócesis de una región pueden ser facultadas a trabajar juntas en intereses comunes sin tener que «reinventar la rueda» cada vez que surja una nueva necesidad.

Por tanto, cada provincia necesita un grupo de personas cuidadosamente escogidas y provenientes de cada diócesis para abogar por el desarrollo de un ministerio catequético de calidad en la provincia, al cual coordinarán y asistirán. Como tales, estas personas deben operar de acuerdo con sus propio liderazgo diocesano, otros líderes provinciales, los funcionarios del Centro de la Iglesia Episcopal, y la facultad del seminario en la provincia.

Diocesana

La diócesis está en el corazón de nuestra identidad como episcopales. Por consiguiente, todas y cada una de las diócesis requieren al menos de una persona con responsabilidad para el ministerio catequético. Aunque el obispo ha de ser nuestro catequista principal, en la mayoría de los casos él o ella tendrán necesidad de alguien que ayude, y que resulte de valor para este singular ministerio. El obispo debe asegurar que se han establecido los objetivos y las prioridades catequéticas; que existen las estructuras necesarias para la comunicación, el programa y los recursos; y que se dispone de los programas adecuados para apoyar la calidad de la catequesis en las congregaciones. La diócesis bien puede exigir un comité -concilio, comisión o equipo de trabajo- catequético para ayudar al obispo y al líder catequético del obispo en la planificación, diseño, evaluación y ejecución de este ministerio. Cada diócesis también necesita contemplar el tener un centro de medios catequéticos para ayudar a las



congregaciones. La diócesis también debe ofrecer medios para la preparación de catequistas, junto con los miembros de las juntas parroquiales y los comités catequéticos congregacionales, a fin de que éstos cumplan con sus responsabilidades. Esta asistencia es de particular importancia como un servicio para nuestras muchas congregaciones pequeñas.

Las diócesis también deben identificar o brindar centros de conferencias residenciales y casas de retiro para la preparación de catequistas, y la oferta de programas catequéticos para suplir a los que se ofrecen en las congregaciones.

La diócesis debe autorizar, alentar y motivar a maestros/catequistas en todos los niveles, mediante visitas, sesiones de adiestramiento, boletines informativos e institutos diocesanos. La diócesis debe proponer modelos catequéticos alternativos adaptados a las necesidades de congregaciones y escuelas locales, suplir las directrices para organizaciones y programas congregacionales, recomendar los materiales de un currículo catequético, ofrecer [cursos] de educación continua y formación a líderes catequéticos y maestros/catequistas, proporcionar modelos de planificación -y asesoría sobre la misma- para la integración de la catequesis en congregaciones y escuelas, establecer instrumentos para la planificación y la evaluación, y mantener a la diócesis siempre al tanto de su ministerio catequético. Dado que la mayoría de las congregaciones episcopales son pequeñas, habrá que prestarle especial atención a los recursos que son accesibles a estas congregaciones.

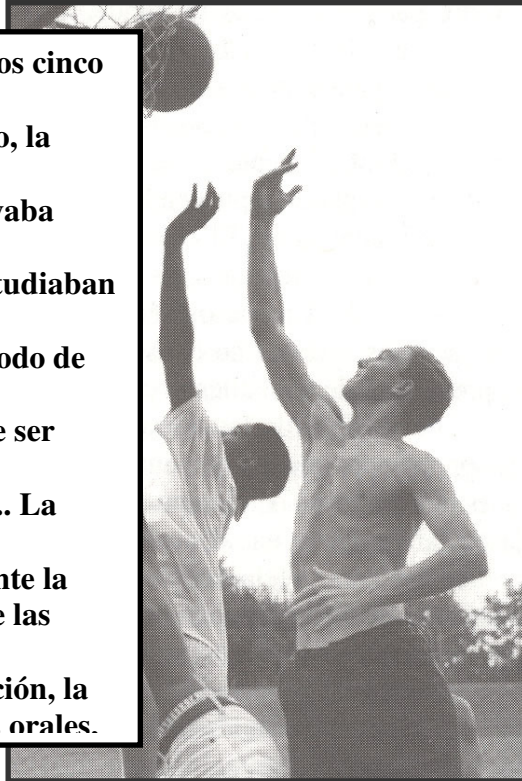
Congregacional

Consciente de que la junta parroquial es responsable del ministerio catequético local, cada congregación debe contar con una persona en la junta parroquial, elegida por el rector, para abogar por este ministerio. Además, esta persona, o bien preside -o coordina con la presidencia- un comité compuesto de personas que tienen dotes de planificar o de exponer el ministerio catequético, o ambas cosas. Es probable que congregaciones más numerosas cuenten con un director o coordinador del ministerio catequético con un adiestramiento apropiado. Las congregaciones más pequeñas deberán combinar sus recursos, o la diócesis debe proporcionar una persona para ayudarlas en su ministerio catequético. Cada rector debe asumir su responsabilidad como el principal catequista de la congregación y como la persona responsable de su ministerio



catequético. El rector también es responsable de escoger los catequistas y, junto con

«Durante los primeros cinco siglos después de Cristo, la instrucción en grupos conllevaba inquiridores (catecúmenos) que estudiaban y oraban por un período de hasta tres años antes de ser admitidos a los sacramentos ... La enseñanza tenía lugar mediante la interpretación de las Escrituras hebreas, la predicación, la trasmisión de dichos orales.



el coordinador catequético de la congregación, prepararlos para su ministerio.

Los maestros/catequistas, autorizados por el rector y comisionados por la congregación deben ser apoyados y alentados en el deber. Esto incluirá una

cumplimiento de su continua formación espiritual así como instrucción en Escritura, teología, ética, historia de la Iglesia, ciencias sociales y teoría y práctica catequética. Significará también el supervisarles y ofrecerles apoyo y asistencia material y personal.

La recuperación del catecumenado de la Iglesia primitiva se ha expresado en numerosas adaptaciones de ese proceso cuando los adultos acuden al bautismo o se reincorporan a la vida congregacional. Esto es, (1) un período inicial de indagación que se centra en la historia del que indaga, la historia de la congregación y la historia bíblica o drama de la redención; (2) un período de formación en la fe y vida cristiana; (3) un período intensivo de preparación para entrar o reentrar en el pacto bautismal; (4) luego del bautismo, o de la renovación bautismal, viene un aprendizaje de la misión que dura toda la vida, es decir, lo que significa ser saciado en la mesa de Cristo y ser persona de Cristo en el mundo. Los ritos de El Libro de Oficios Ocasionales marcan las etapas de este cuádruple proceso. Tales oportunidades catequéticas contribuirán a la renovación de la Iglesia.

